

BREVE HISTORIA de...

SIMÓN BOLÍVAR

Roberto Barletta Villarán

La gran gesta del Libertador, un hombre único, obsesionado por la gloria y la inmortalidad. Conozca su controvertido proyecto americanista y la sangrienta guerra de independencia. La legendaria vida de un mito vigente en las naciones americanas hasta hoy



Breve historia de Simón Bolívar

Breve historia de Simón Bolívar

Roberto Barletta Villarán



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Simón Bolívar
Autor: © Roberto Barletta Villarán

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

ISBN-13: 978-84-9967-243-4
Fecha de edición: Noviembre 2011

Impreso en España

A María Consuelo Villarán Spagnol, por su fervor por la lectura y su pasión por escribir, mi amada madre y mi compañera de viaje.

A Irene Mineko, por nuestro querido Angelo Doménico, un pequeño sabio en un mundo de caminantes.

Índice

1

La forja de un libertador

Los Bolívar: historia y raíces

Esteban Palacios firma la carta, luego la relee con detenimiento y espolvorea secante sobre la tinta fresca. La misiva tiene el cometido de informar a su padre, don Feliciano Palacios, sobre el avance detallado de sus gestiones ante la Corte de Madrid. Esteban ha recibido un encargo de larga data, incluso su presencia en la metrópoli española se había justificado por aquella solicitud en beneficio de sus dos sobrinos, los dos hijos varones de Concepción Palacios y de Juan Vicente de Bolívar y Ponte.

El encargo dado a Esteban nacía de un deseo imperecedero de los Bolívar: realizar las gestiones para obtener para los niños Bolívar los títulos de nobleza que enaltecieran su apellido. Para el primogénito de los Bolívar, Juan Vicente, como su padre, se estaba gestionando el marquesado de San Luis y para el pequeño Simón se esperaba tener el título de conde de Casa Palacios. Lo que jamás hubiera imaginado Esteban Palacios era que estaba tramitando un título de conde de la más rancia monarquía a quien sería el libertador de medio continente americano y el autor de una de las guerras más cruentas que haya conocido la historia.



A la izquierda, la casa natal de Simón Bolívar, el que sería el Libertador, en Caracas. A la derecha, el Museo Bolivariano.

Desde 1737, Juan de Bolívar –abuelo de quien sería el Libertador Simón Bolívar– había decidido obtener títulos de nobleza para su familia. Los Borbones habían puesto a la venta

privilegios nobiliarios que permitirían a los españoles americanos incrementar su estatus social y su posición en las colonias. Para acceder a ellos, Juan de Bolívar depositó 22.000 doblones de oro en las arcas de los frailes de San Benito, orden beneficiaria del marquesado de San Luis. Pero ahora, ya en 1792, el trámite ha resultado intrincado y penoso, el abuelo y el padre de Simón han muerto sin ver título nobiliario alguno y Esteban Palacios tiene a su cargo aquel trámite endemoniado que exige, además de los doblones pagados para la gracia real, acreditar una pureza de sangre que sus sobrinos no tienen: y es que en la sangre y abolengo hispanos de los Bolívar había sangre negra cruzada, sangre que debía ocultarse, que debía disimularse.

Los Bolívar habían ocupado cargos de importancia desde su llegada al Nuevo Mundo. En la península, en el lejano siglo XIII, la familia feudal de los Bolívar defendió con tenacidad sus derechos ante las pretensiones de la realeza castellana. Al final, en el año de 1470, los ejércitos reales redujeron a los feudatarios rebeldes de Vizcaya y la torre señorial de los Bolívar fue desmantelada y menoscabado su poder. Uno de los descendientes de esta orgullosa estirpe localista decide emanciparse y viaja a la recién conquistada América. Este viajero lleva el mismo nombre de su famoso descendiente: Simón Bolívar llamado el Viejo, que llega primero a Santo Domingo entre 1550 y 1560, para llegar luego a Santiago de León de Caracas, provincia de Venezuela.

Desde su llegada, Bolívar el Viejo se hace notar por su ascendencia sobre los demás colonos, se gana la confianza de los caraqueños y pronto se le envía a España para llevar peticiones a favor de las colonias americanas. En esas circunstancias, Bolívar el Viejo aprovecha para obtener el permiso de importar varias toneladas de esclavos al año y para solicitar información sobre el linaje de su familia. Entonces, en julio de 1574, Bolívar recibe la respuesta esperada: su sangre es noble, y desde entonces luce con el orgullo de su estirpe vasca el apelativo de rigor. Ahora se haría llamar Simón de Bolívar.

En 1593, su hijo, otro que llevó orgulloso el nombre de Simón, recibió la encomienda de los indios de Quiriquire en el valle de San Mateo y ahí se fundó la hacienda que sería el lugar preferido de la familia hasta el siglo XVIII. Pero para ese siglo los Bolívar ya habrán nutrido su sangre vasca con las sangres oriundas o florecidas en el Nuevo Mundo.

Todo comenzó con Josefa Marín de Narváez, bisabuela del Libertador, quien había sido la hija natural de un tal Francisco Marín de Narváez y una mujer de quien casi no se tiene referencia, sólo que era una «doncella principal» -como así la nombra el propio Marín-, pero cuyo nombre calla «por decencia». ¿Cómo la hija de esta relación, y en aquel siglo, entró a formar parte de una familia tan notable como la de los Bolívar?

En 1663, Francisco Marín compró a la Corona las minas de Cocorote y el señorío de Aroa, lo cual le generó una notable fortuna. En 1668 nació Josefa y cinco años más tarde, al morir Francisco Marín en Madrid, legó todos sus bienes a la pequeña. Los sucesos se dieron entonces como consecuencia de la riqueza heredada inesperadamente por Josefa. Según el testamento dejado por Marín, su hermana se haría cargo de la tutela de Josefa, sin embargo, el alcalde ordinario entregó la niña a Pedro Jaspe, alguacil mayor de la Inquisición y alcalde de Caracas. Apenas cumplidos los trece años, Pedro Jaspe rápidamente casó a Josefa con su sobrino, un tal Pedro Ponte.

Ponte declara sinceramente en su testamento que cuando contrajo matrimonio con Josefa no tenía «caudal ni bienes algunos», y describió a continuación las varias haciendas, múltiples esclavos y casas aportados por su acaudalada mujer al matrimonio.

Pedro Ponte y Josefa Marín fueron los padres de María Petronila de Ponte y Marín de Narváez, quien sería la esposa de Juan de Bolívar. Esta unión fue el origen indudable de buena parte de la fortuna familiar de los Bolívar, pero también del aspecto mestizo y mulato del Libertador, aspecto

que daría lugar a que más de uno lo tratara de «zambo». Juan de Bolívar, quien había soñado y pagado por títulos nobiliarios para su estirpe, había sembrado con su matrimonio el mayor obstáculo para lograrlos.



El padre del Libertador, don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, nació en la Victoria el 15 de octubre de 1726, y murió el 19 de enero de 1786. El retrato perteneció a don Gabriel Camacho Clemente.

La familia Bolívar era pues paradigma de españoles americanos: celosos de las tradiciones hispanas, leales al rey y a la fe católica, aristócratas, enormemente ricos y blancos hasta donde las circunstancias de vivir en las colonias lo habían permitido. De dicha casa y heredad, de donde sólo podía esperarse lealtad al rey, nacería paradójicamente quien sería la cabeza de la rebelión de las colonias americanas.

Juan Vicente de Bolívar y Ponte, nacido en 1726 y futuro padre del Libertador, vivía en Caracas, en la casa heredada de doña Josefa. Era un hombre de buen talante, de facciones suaves y profundos ojos oscuros. La fortuna heredada de los Bolívar y los Ponte le dieron una vida amplia y disipada. A los veintiún años fue elegido diputado caraqueño en España y se pasó cinco años en la Corte madrileña. A su regreso a Venezuela, fue gobernador, juez, comandante de la Compañía de Volantes del río del Yaracuy, coronel del batallón de Milicias de Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua y oficial de la Compañía de Nobles Aventureros.

Pero Juan Vicente de Bolívar fue también un hombre de su tiempo, época en la cual los españoles americanos veían a la Corona cada vez más lejana de sus propios intereses. Juan Vicente y los nobles de Caracas protestaron entonces contra los ultrajes que decían recibir del intendente y su repulsa iba incluso contra «todo pícaro godo», y añadían que el procónsul español «sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles».

Entre los aristócratas venezolanos había un resentimiento con la Corona, animado por el desconocimiento hacia su clase y privilegios, así como por todo aquello que consideraban como mal

gobierno. Desde una visión actual podríamos llamarlos reformistas que se quejaban por «el lamentable estado de esta provincia», pero que proclamaban la prudencia y evitar inconcebibles excesos como los de Túpac Amaru en el Cuzco o los de José Antonio Galán en Santa Fe.



Retrato de María de la Concepción Palacios de Aguirre y Ariztía-Sojo y Blanco (1758-1792), madre de Simón Bolívar, que recibió una educación esmerada y al quedar viuda se hizo cargo de la administración de los bienes familiares.

Pero además de estos asuntos, en la mente de quien sería el padre del Libertador Simón Bolívar había también otros menesteres mucho más carnales. En el momento de testar, Juan Vicente deja pagadas nada menos que dos mil misas para poder gozar de la salvación eterna. Y es que durante su larga soltería prolongada hasta los cuarenta y seis años, Juan Vicente mereció que el virtuoso obispo caraqueño, Diego Antonio Díez Madrileño, le abriera un expediente por su conducta y desmanes pecaminosos. En 1765, el obispo había recibido múltiples denuncias de mujeres solteras y casadas en contra de Juan Vicente, a quien acusaban de valerse de su autoridad y poder para obtener sus favores sexuales; el padre de quien sería el Libertador de América vivía sin desposarse con una y otra mujer, pero además forzaba bajo amenazas a toda aquella dama con la que se encaprichaba, fuera ésta casada, virgen o viuda vestida con penas y lutos. El obispo censuró la conducta de Juan Vicente y lo amonestó en privado, evitando siempre el escándalo.

El culpable entonces contrajo nupcias con una dama de nombre Concepción Palacios. En realidad, una niña de catorce años.

Dueño de sus deseos

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar, o Simoncito para sus allegados, nació el 24 de julio de 1783. Era el cuarto de las dos niñas y dos niños que tuvo Juan Vicente de Bolívar con Concepción Palacios. Las mayores eran María Antonia y Juana, los vás-tagos menores fueron bautizados como Juan Vicente y Simoncito. Físicamente el pequeño Simón se parecía a la mayor de sus hermanas; ambos tenían la tez pálida y los cabellos oscuros como el padre. En cambio, Juana y

Juan Vicente eran sonrosados y de cabellos más claros.

La advocación a la Santísima Trinidad en el nombre de Simoncito era tradicional en la familia por influencia de don Pedro Ponte; este último había donado una capilla a la Catedral de Caracas dedicada al Santo Misterio y había construido una iglesia dedicada a la Trinidad, que se terminaría de construir precisamente el año en que nació el pequeño Simón. Pareciera que este hecho fortuito fue auspicioso para la fortuna del pequeño: fue bautizado por su tío y a la vez sacerdote, Juan Félix Jerez Aristeguieta y Bolívar, dueño de una fortuna importante, una gran casa en Caracas —entre la catedral y el palacio del obispo— y de cuatro haciendas que sumaban 125.000 árboles de cacao, con su respectiva esclavitud.

El clérigo pone al pequeño Simón delante en la lista de los posibles beneficiarios a heredar todos sus bienes. De ese modo, Simoncito recibe una gran fortuna antes de haber cumplido los tres años. Pero era como si esa riqueza inesperada e inaudita estuviera conspirando contra el futuro señalado por el destino.

El testamento conlleva una serie de obligaciones: que su beneficiario mantenga y haga crecer la devoción por el misterio de la Concepción; que se case «con persona noble e igual»; que le ponga a su hijo «Aristeguieta» como apellido materno en honor al testador; que no admita en la posesión de la herencia a ningún clérigo ni a hijo ilegítimo; y que el beneficiario habite la casa en Caracas que había sido la morada del testador. Todo aquello no era difícil de cumplir; pero luego establece sanciones: excluye «del goce y posesión de este vínculo a todo aquel que por su desgracia cayere en el feo y enorme delito de lesa majestad divina o humana», y si ello ocurriere estando en posesión de la herencia, ordena sea separado de su goce y haber. En otros términos, Simón Bolívar, para mantener el goce de la fortuna heredada, debía mantenerse fiel a Dios y a la suprema majestad del rey de España.

En cuanto a la madre de Bolívar, una apenas púber Concepción Palacios, era de familia de abolengo pero de escasa fortuna. Frente a los 258.500 pesos —sin contar el valor de varias haciendas— aportados por su marido al matrimonio, ella sólo aportó dos esclavas. Concepción era de tez blanca y a decir de sus pocos escritos conocidos, era mujer práctica y se llegó a convertir en una buena administradora de los bienes familiares. Desde que nació Simoncito, Concepción le solicitó a una amiga íntima, doña Inés Mancebo de Miyares, que amamantara al pequeño mientras le conseguía ama de cría.

Doña Inés Mancebo, que era cubana y de una fidelidad absoluta al rey de España, jamás habría imaginado que muchos años más tarde —en 1813—, ese pequeñuelo que lactaba entre sus brazos, impediría que todos sus bienes fueran confiscados durante la independencia por haberse alimentado de su pecho.

El ama de cría de Simoncito fue una esclava negra de nombre Hipólita; ella fue en realidad quien despertó en el pequeño, en el adolescente y en el hombre, un verdadero sentimiento filial. Bolívar recordaría siempre los cuidados prodigados por Hipólita durante su infancia en la hacienda de San Mateo. Así le escribiría a su hermana María Antonia en 1825:

> Te mando una carta de mi madre Hipólita para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre: su leche ha alimentado mi vida, y no he conocido otro padre que ella.

Si bien no puede desconocerse la autenticidad del sentimiento que expresa Bolívar, sí debe tomarse en cuenta el excesivo brillo que el Libertador le pondrá siempre a sus palabras y gestos. Y

es que el primer biógrafo de Bolívar fue el mismo Bolívar, él creó y plasmó el mito de Simón Bolívar. Su visión romántica, hiperbólica e histriónica de sí mismo y de su vida quedaría plasmada en cartas, discursos, documentos y anécdotas. Todos ellos no nos llevan al Bolívar histórico, sino a un Bolívar mítico que su propio autor creó; a la imagen de Bolívar, tal como él deseaba pasar a la posteridad.

Habremos pues de pasar un tamiz sobre la retórica de Bolívar, para tratar de llegar a su verdadera personalidad y carácter. Deberemos filtrar aquello que el Libertador subrayó y exageró para acercarnos a sus verdaderas motivaciones. Y es que si viéramos a Bolívar como a un moderno vendedor de su imagen, habría que decir que se excedió y que terminó siendo visto como soberbio e insufriblemente egocéntrico.

Pero por ahora Bolívar es Simoncito y de pronto su mundo cambiará bruscamente. Su padre había fallecido el 19 de enero de 1786, cuando él contaba menos de tres años. Desde entonces Concepción se había hecho cargo de la hacienda familiar y de la administración de la fortuna de cada uno de sus hijos. Pero el esfuerzo que ello conllevaba se tropezó con su débil salud y era poco el tiempo que la mujer podía prodigarle a sus cuatro vástagos, por lo que tuvo que recurrir a la asistencia de su padre y a la de sus dos hermanos, Esteban y Carlos Palacios.

Concepción organizaba el mundo de Simón y su madre Hipólita se hacía cargo de brindarle sus preciados afectos. Entonces y, de repente, el 6 de julio de 1792 fallece Concepción y para Simoncito este hecho significó el resquebrajamiento total de su entorno personal. Don Feliciano Palacios, padre de Concepción, se convirtió en el cabeza de familia y los Bolívar se vieron sujetos al poder de los Palacios.

Don Feliciano empezó por dar en rápido matrimonio a sus dos nietas; no representaba beneficio alguno tenerlas consigo y exigían más bien una supervisión especial. Así que a María Antonia, de quince años, la casó con Pablo Clemente Palacios; y a Juana, de sólo trece, con Dionisio de Palacios Blanco.

El pequeño Simón vio cómo su madre ya no estaba y sus hermanas lo dejaban; su mundo se desmembraba y su tutoría quedaba en manos de la aridez del abuelo. Más adelante, ya de adulto, Bolívar se referiría sólo muy vagamente a su madre. Era como si la culpara de haberlo dejado sin afectos femeninos.

Así, la única «madre» que Simoncito conoció fue su esclava Hipólita. Pero aquella era una «madre» que a la vez era esclava y por lo tanto estaba subordinada a los deseos y caprichos del niño de la casa. Era una «madre» que no podía suplir a una verdadera madre que sabe sumar al afecto, el rigor. Simoncito se acostumbró al gobierno de su propia voluntad y al predominio de sus deseos.

Esto, para una sociedad altamente jerarquizada como la caraqueña, era poco menos que un desgobierno. Era costumbre que por las mañanas al saludar y por las tardes al acostarse, los niños recibieran hincados de rodillas la bendición de sus padres y besaran la mano de su progenitor antes de levantarse del suelo. Los Bolívar mantenían estas tradiciones y eran considerados «mantuanos puros», lo cual significaba que las mujeres de la casa tenían el derecho de ir a la iglesia con el manto típico de la clase más alta. Tanto los Bolívar como los Palacios gozaban del privilegio de participar del tedeum en la catedral y de visitar al capitán general en las fechas del besamanos.

Don Feliciano administró los bienes de sus nietos Bolívar, de tal modo que sin dejar de ser eficiente, permitiera beneficiarlo a él y a sus dos hijos. Esteban ya estaba en España, gozando de todos sus gastos cubiertos con las rentas de la herencia de Juan Vicente y gracias a la solicitud de los títulos nobiliarios a favor de sus sobrinos. De Carlos existen suficientes testimonios que delatan un uso desmedido y poco probo de la fortuna de Simoncito.

Don Feliciano quería solucionar todo lo referido a los privilegios y abolengos de los Bolívar y los Palacios. Pero finalmente dice no saber «cómo compondremos el nudo de la Marín». Se refería a cómo disimular la presencia de Josefa Marín, con su sangre parda –mezcla de blanco y de negra– metida en la genealogía de los Bolívar y que impedía mostrar una «limpieza de sangre» ante la Corona. En medio de esto, a don Feliciano le sobrevino la muerte en octubre de 1793, a un año del fallecimiento de su hija Concepción.

¿Aprendiz de brujo?

Simoncito se hizo la fama de independiente, voluntarioso y malcriado demasiado rápido. Vivía entonces la familia en Caracas, en la alegre mansión de la plaza de San Jacinto, que habían heredado los Bolívar de «la Marín». Ahí jugaba Simoncito con sus hermanos mientras alternaban con temporadas en la hacienda de San Mateo.

Bolívar era un niño disperso, altanero y más dedicado a las distracciones que a cualquier temática de estudio. De talante altivo e inquieto, a pesar de su corta edad siempre encontraba una réplica, a veces insolente, a flor de labios. En cuanto a su educación, el Libertador diría en carta a Santander del 20 de mayo de 1825:

> No es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese; me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que usted conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar.

Una vez más deberemos examinar y filtrar las palabras de Bolívar. Don Miguel José Sanz —abogado y consejero de la familia— fue contratado como maestro de Simoncito. Concepción pensó que la influencia de aquel académico de carácter sería positiva para el pequeño díscolo, llevándolo a la lúgubre casa del licenciado.

Sanz era un hombre hosco y autoritario, demasiado rígido para entender al niño o generar en él otra cosa que no fuese rechazo. Un día Sanz le dijo a Simoncito que era un «barrilito de pólvora», y Bolívar le respondió que entonces se alejara, «que podía quemarlo». Otro día, estando Simoncito a la mesa y pretendiendo intervenir en el diálogo entre Sanz y unos invitados, el jurisconsulto le espetó: «Cállese usted y no abra la boca». Como el niño dejara de comer, Sanz lo inquirió, a lo que el pequeño contestó con pacífica insolencia: «Porque usted me ha dicho que no abra la boca».

Concepción recibió de vuelta a Simoncito, anonadada por el rostro despavorido de Sanz, quien sin ambages le auguró al niño el peor de los destinos imaginables.

Desfilaron entonces, en la frustrada intención de instruir, educar y disciplinar a Simoncito, el padre Andújar, don Guillermo Pelgrón, el doctor Vides y don Andrés Bello. En cuanto a la «academia de matemáticas» a la que se refiere Bolívar y puesta por el padre Andújar, eran en realidad clases particulares en las que Simoncito era el único alumno. Respecto a las clases «de bellas letras y geografía» del famoso Bello, debió de ser nada o casi nada lo que pudo aprender Simoncito. Andrés Bello era sólo tres años mayor que él, sin embargo ya había estudiado humanidades y filosofía en el seminario de Santa Rosa, y matemáticas y física en la universidad. Andrés Bello era la antítesis de Bolívar, si este era en realidad todo impulso y genio espontáneo,

aquel era ordenado, académico y metódico.



La lección de Andrés Bello a Bolívar, de Tito Salas (1930). Óleo. Casa Natal de Simón Bolívar, Caracas, Venezuela. Andrés Bello fue uno de los maestros que intentó instruir a Bolívar.



Don Andrés Bello, de Raymond Monvoisin. (1844). Sala Consejo de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Uno de los humanistas más destacados de América, siendo filólogo, filósofo, poeta, educador y jurista.

Todos los maestros vieron en el pequeño Bolívar un caso perdido. Pero para Bello, quien sería

luego un filólogo, poeta y autor de una gramática de lustre universal, la experiencia con Bolívar no fue mala, fue desastrosa. Andrés Bello desarrolló tal animadversión hacia Bolívar que ni aún la gloria obtenida por el Libertador mucho después pudo reconciliarlo con la imagen de aquel infante insoportable.

Bolívar escribiría sobre Bello: «Yo conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío; fue mi maestro, cuando teníamos la misma edad, y yo lo amaba con respeto». Sea como fuere, es seguro que si en aquellos años tempranos Bolívar «lo amaba con respeto», dicho sentimiento ni fue percibido ni fue recíproco en Bello. Bolívar diría también: «Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme; es decir, ganarlo para Colombia».

Al fallecer Concepción, don Feliciano Palacios pensó en nombrar como maestro a un joven escribiente que le ayudaba en la administración de la fortuna de los Bolívar. El joven era un tal Simón Carreño Rodríguez, quien se haría llamar de distintas maneras a lo largo de su larga vida: primero como «Simón Rodríguez» por rechazo a su hermano mayor, el músico Cayetano Carreño, y luego como «Samuel Robinson» para perderse en Europa tras un complot revolucionario del cual formó parte. Finalmente pasó a la historia como Simón Rodríguez y es a él a quien se refiere Bolívar cuando dice que «Robinson fue mi maestro de primeras letras y gramática». En verdad era imposible que lo fuera, primero porque Simón Rodríguez lo tomó bajo su instrucción cuando Simoncito ya tenía nueve años, y de hecho no le pudo haber enseñado las primeras letras; segundo porque Rodríguez enseñaría a Bolívar cualquier otra cosa menos gramática.



Simón Rodríguez, el maestro del Libertador. Retrato hallado en Valencia por el doctor Víctor M. Ovalles. En *Crítica histórica al Diario de Bucaramanga,* por Pinzón Uzcategui. Caracas, 1924.

De hecho, Simón Rodríguez ha pasado a la historia como el maestro humanista, republicano y

liberal del Libertador, pero lo más probable es que esta versión sea también una exageración fantástica de ambos, del maestro y del alumno.

Rodríguez tenía veintiún años cuando fue preceptor de Simoncito, había estado en Europa, era ilustrado, inteligente y carismático, por lo que Don Feliciano esperaba que el joven aportara un influjo positivo sobre el pequeño rebelde. Pero Simón Rodríguez era además extravagante y cínico. Había leído a los filósofos franceses de la Ilustración y sobre todo el Emilio de Rousseau. Para aplicar en Simoncito los postulados rousselianos, lo llevó a la hacienda de San Mateo para acercarlo a la naturaleza. Según Rousseau, para obedecer al alma debía ser vigoroso el cuerpo; por lo tanto, a Simoncito le despertaban al amanecer y llevado a menudo a largas excursiones a través del campo. En los descansos, Rodríguez le hablaba de los conceptos de Libertad, de los Derechos del Hombre y le leía las Vidas Paralelas de Plutarco para que emulara a los grandes hombres. Con la ayuda de los peones de la hacienda, Rodríguez le enseñó a Simoncito a montar a caballo, nadar y a manejar el lazo.

Pero ¿fue este temprano contacto con las ideas de la Revolución francesa el que marcó la vida del Libertador? ¿Cuál fue la verdadera influencia de Rodríguez en Bolívar tras cinco años de formación? El mismo Bolívar se refiere a Simón Rodríguez sin guardarse loas ni alabanzas. En 1824, escribe sobre Rodríguez que «es un genio, un portento de gracia». Luego añade: «Cuando yo lo conocí valía infinito. Mucho debe de haber cambiado para que yo me engañe». En una carta dirigida al propio Rodríguez, le dice:

> Con qué avidez habrá seguido usted mis pasos dirigidos muy anticipadamente por usted mismo. Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande […] no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles.

A tenor de lo que serían los intereses de Bolívar en los años siguientes, apenas desapareció Rodríguez de su vida, son difíciles de asumir todas las poéticas afirmaciones del Libertador. No puede desconocerse que para Simoncito, la educación recibida por aquel maestro -para su tiempo, estrafalario- era la única que podía haberle generado algún beneficio y provecho. Bolívar era un niño hiperactivo, por lo tanto el continuo ejercicio físico lo llevó a descargar sus energías de manera constructiva y provechosa. Sin embargo, de los conceptos inculcados por Rodríguez, fue el de «libertad» el que más caló en su naturaleza romántica. El contacto con la naturaleza lo hizo más fogoso en sus ansias de disfrute y de vida, en sus deseos de belleza y de placer. ¿Pero qué hay de la «república», la «igualdad», la «justicia» y la «fraternidad»? Demasiadas abstracciones para un preadolescente Bolívar práctico y creativo, para aquel jovenzuelo de aspiraciones mucho más egoístas y sensuales.

Simón era entonces un jovencito pequeño, de cuerpo delgado, musculoso y resistente. Sus ojos grandes, encapotados y oscuros resaltaban penetrantes bajo la sombra de sus cejas espesas. La boca pequeña, la nariz alargada y los cabellos ensortijados y revueltos le daban algo del aspecto sensual de su padre.

Así, a pesar del anecdótico mundo de ideas que había compartido con Simón Rodríguez, Bolívar fue siguiendo los designios de su clase y estirpe. El 14 de enero de 1797 ingresa como cadete al batallón de Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua, siguiendo los pasos de su padre, quien había sido coronel. En su hoja de servicios de diciembre de ese año se aprecia en Bolívar el rendimiento de un cadete de aplicación normal y promedio. Es calificado por sus superiores del

siguiente y lacónico modo: «Valor, se supone; aplicación: la demuestra; capacidad: buena; conducta: ídem; estado: soltero».

Así, mientras Bolívar trataba de adornarse de los méritos usuales de la nobleza de un español americano, Simón Rodríguez llevaba a la práctica sus ideas revolucionarias. En febrero de 1796, un grupo de españoles de ideas republicanas trataron de llevar a cabo una revolución contra la Corona. La gesta fue la primera rebelión igualitaria de Venezuela: estaban implicados oficiales, eclesiásticos, soldados veteranos, blancos, pardos, hacendados, abogados y comerciantes. La conjura fue develada y de los dos caudillos de la rebelión, Manuel Gual logró escapar hacía Europa y José María de España fue ejecutado en la plaza mayor de Caracas.

Simón Rodríguez, quien estaba nítidamente implicado en aquella revolución, logró escapar apenas descubierta la conspiración, saliendo de Caracas en julio de 1797.

FANTASÍAS: METRÓPOLI Y VIDA CORTESANA

Carlos Palacios no ocultaba su alarma por la desmesura mostrada por Simón durante su travesía hacía España:

> El Simón ha gastado infinito en su viaje superfluamente y así es necesario contenerlo como te he dicho, lo uno porque se enseñará a gastar sin regla ni economía y lo otro porque no tiene tanto caudal como se imagina él.

Si bien no deja de sonar cínico que el propio Carlos, quien gastaba plácidamente la fortuna de Simón, hiciera ahora esta advocación, no era menos cierto que Simoncito estaba haciendo gala del derroche propio de su clase y estatus.

Don Manuel Francia, suegro de María Antonia —hermana de Simoncito—, había sido el propulsor de las acciones legales emprendidas para despojar a los Palacios de la administración del fabuloso patrimonio de los Bolívar. Consiguió que se acusara a Carlos como reo de Estado, pero Esteban tuvo las suficientes relaciones en Madrid como para controlar la acusación.

Esteban escribió a Carlos diciéndole que la coyuntura era muy favorable para que Juan Vicente y Simón fueran a Madrid. La idea era que los jovenzuelos completasen su instrucción en la península y ganaran posiciones en la Corte. De hecho, Esteban desconocía la educación poco ortodoxa que estaba recibiendo Simón.

El 26 de noviembre de 1798, Simón Bolívar asciende a subteniente y ya está listo para dar el gran salto. Cumplir, en definitiva, su más cara ambición: viajar a España, sumergirse en la Corte y en su boato, gozar de los placeres preparados por la península para los jóvenes de su clase y abolengo. En su ardiente imaginación aparecen fiestas, princesas y la famosa villa de la cual provino su estirpe. Atrás quedan sus recuerdos, aquellos que muchos años después lo llenarían de romántica nostalgia.

En enero de 1799, Bolívar zarpó en el buque de guerra San Ildefonso. El viaje no podía ser directo; había guerra entre la Corona española e Inglaterra así que debían hacer escala en Veracruz, México.

Al llegar a Veracruz, estando bloqueada La Habana, el almirante del San Ildefonso no pudo más

que esperar semanas enteras antes de reanudar el viaje. Tan próximo de la famosa Ciudad de México, Bolívar solicitó los permisos para dirigirse a la capital. En ella tuvo la oportunidad de conocer la que era entonces una de las ciudades más opulentas del mundo, con su imponente arquitectura, sus palacios e iglesias. Bellas estatuas, porcelanas, oro, plata y diamantes, todo era lujo y boato donde quiera que Simón se dirigiera a tenor de su apellido y relaciones.



Simón Bolívar en 1798, como debió verse con el uniforme de subteniente del Batallón de Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua, en la provincia de Venezuela.

Por una carta del propio Bolívar sabemos que se alojó en casa del oidor Aguirre, para quien traía una carta del tío del mismo, obispo de Caracas. El oidor seguía al virrey en la escala de gobierno, por lo que Bolívar tuvo ocasión de alternar con la flor y nata de la aristocracia de Nueva España. Como resultado, Simón terminó endeudándose con más de uno para sostener su ritmo de viaje: en México le prestaron 400 pesos y el capitán del San Ildefonso le prestó otros 3.000 reales.

Bolívar había llegado a Madrid a finales de mayo. Esteban fue más indulgente y le escribe a su hermano:

> Llegó Simoncito, tan guapo después de haber estado en México y La Habana que aunque no tiene instrucción alguna tiene disposición para adquirirla, gastó en su viaje no poco; llegó derrotado y ha sido preciso equiparlo nuevamente.

Estaba claro que el tío ya tenía un perfil muy definido del sobrino: bien parecido, desprovisto de una instrucción siquiera aceptable, con buena disposición para adquirirla y de una frugalidad absoluta para gastar lo que no tenía. Esto último es lo que menos parece importarle a Esteban: «llegó derrotado y ha sido preciso equiparlo nuevamente», dice con uso bufón, aludiendo a que ya lo había proveído de los fondos de rigor.

Respecto a su educación, la primera carta que Bolívar escribe a su tío Carlos desde Ciudad de

México no era mejor que la escrita por un niño de diez años. Más tarde, Bolívar dirá a su favor y a su estilo:

> Me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranje-ros, con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio Márquez de Uztaris, en cuya casa vivía.

Si bien es cierto que Simón finalmente mostró disposición para el estudio, tanta o más la tuvo para la vida cortesana.

Para entonces, Esteban Palacios vivía bajo la protección y auspicio de Manuel Mallo, del cual era incluso huésped eterno. Mallo era un caraqueño asentado en Madrid, que había logrado una plaza como mayordomo de Semana en la Corte, cargo que decidían los reyes por sí y ante sí. La posición de Mallo no le daba más que una estabilidad de vida con cierto confort, sin embargo su nivel de ingresos, su fortuna e influencias en la Corte se incrementaron muy por encima de lo que su cargo permitía. Por ello, desde entonces, se tejieron los rumores de una relación de favores amorosos con la reina María Luisa.

El origen de las murmuraciones nacía de la apostura y donaire de Manuel Mallo, muy cotizados por las féminas, y de que el ministro Godoy fuera el favorito de la reina. Este escenario novelesco tejido de chismes palaciegos se incrementaba con que la reina fuera para entonces, y para decirlo con palabras de su época, «una vieja desdentada».

No se podrá decir, en definitiva, hasta qué punto esta historia de rivalidad entre Mallo y Godoy, por la predilección de la reina anciana de tez amarillenta, es falsa o verdadera, pero aquella estancia de Bolívar en la Corte madrileña —relacionada con los líos de alcoba real— tendría ulteriores consecuencias. La vida frugal de Simón Bolívar en el Madrid de finales del XVIII fue consecuencia también de la llegada de su tío Pedro.

Poco después de la llegada de Simón, apareció en Madrid y en la casa de Mallo el hermano menor de Esteban y Carlos. Era Pedro Palacios, conocido por todos como Perico, quien estaba a la búsqueda de galones, gloria cortesana y placeres mundanos. Siendo ya tres en la casa de Mallo, los Palacios y Bolívar se mudaron inmediatamente a una casa en la calle de Jardines.



Manuel Godoy, duque de Alcudia, príncipe de la Paz, de Francisco de Goya y Lucientes (1801). Óleo sobre tabla. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. Fue el favorito y primer ministro de Carlos IV.

En cuanto a sus avances académicos, todo indica que Bolívar debió de ser consciente de sus carencias y vacíos, mostrando auténtica dedicación. De los idiomas extranjeros que Bolívar dijo haber estudiado, en realidad el único fue el francés: «Le despertaba el maestro de esgrima» recordaría su tío Esteban, «al cual seguía el de la lengua francesa, y por último el de danza: una parte de la tarde la ocupaba en la clase de matemáticas; a todo se prestó con docilidad».

Sería distinta la influencia de Perico, quien se convirtió en el maestro de aventuras de Simón. Juntos se dedicaban con dilección, apenas caía la tarde, a tertulias y calaveradas de todo calibre: las de salón, con refinamiento y cortejos elegantes a las jovenzuelas más finas, así como las de fondas, correrías y galanuras. En todas ellas, destacaba el apuesto criollito de poca estatura con frac de paño azul, envuelto en una capa de terciopelo negro o elegante carmesí, causando grata impresión en el sexo opuesto.

Por entonces, Madrid era ciudad hermosa y singular, con vida exultante y vivos colores. Venía España de la grata prosperidad obtenida por Fernando VI y por el reinado creativo de Carlos III; coronándose la ciudad en el reinado de Carlos IV como una ciudad aristocrática a la vez que popular, alegre y solemne, de danzas andaluzas y refinados conciertos con melodías de Mozart, Haydn y Boccherini. Ahí, para un par de criollitos atractivos y de magnífica bolsa, eran pocas las puertas que no se abrían de par en par.

Serían famosos los criollos americanos en Madrid. Las tonadillas de la época recogen su presencia en el jolgorio y la febril diversión:

De la América he venido,
entre el ayre y entre el agua
en un barco de madera.

Al punto que salté en tierra
hallé una buena muchacha,
con una mantilla de motas
que el corazón me robaba.
Me dijo que si quería
irme con ella a su casa.

Al americano se lo percibe como alegre y pícaro, tanto que se prestaba con frecuencia al doble sentido en cuanto a sus virtudes amatorias: «No me toques / que llevo peineta / llevo cachirulo / basquiña de flecos / y al lado mi chulo». En este mundo de diversiones non sanctas, se imbuyeron con deleite un Simoncito de dieciséis años y su joven tío Perico.

Pero también, y gracias a la influencia de Mallo, se abrieron para Bolívar los ambientes de seda y buen vestir, ágapes en medio del oro y el refinamiento afrancesado de la aristocracia madrileña. Entonces Simón frecuentó bailes y conciertos, la buena música y las espléndidas reuniones dadas por las grandes familias de la ciudad.

Todas estas correrías y galanuras tenían que reflejarse en las cuentas y facturas de Simón. El primer año de su estancia en Madrid, Bolívar gastó un total de 36.775 reales, de los cuales un tercio, 12.258 reales, no tienen justificación. La suma, de hecho, es importante: en la fonda de San Sebastián, una de las mejores de Madrid, un pastel de tres pichones y dos libras de carnero costaba sólo 12 reales, y una gallina empanada, siete reales y medio.

Carlos protestó: «Me dices que te quita mucho tiempo por atender a su educación […] así que es preciso hablarle gordo o ponerlo en un colegio si no se porta con aquel juicio y aplicación que es debido». Esteban, condescendiente con su sobrino y ahijado, responde: «Le tengo un amor indecible y aunque me tome mucha sujeción lo hago con gusto mío».

Al final, Esteban sigue su criterio, Simón Bolívar no sería encerrado en un internado como siempre pretendió su tío Carlos, quien seguía siendo, a pesar de todo, el mal administrador de toda su fortuna.

UNA SOMBRA LLAMADA MARÍA TERESA

En un amplio salón de la Corte juegan dos adolescentes: uno es Simoncito de Bolívar, quien sería luego el Libertador Simón Bolívar, el otro es el príncipe de Asturias, quien sería luego el rey Fernando VII. Están jugando, ante la atenta mirada de la reina María Luisa, una partida de pelota a pala, divertimento usual de los jóvenes nobles.

De repente, en pleno fragor de la disputa, Bolívar arranca el sombrero de la cabeza del príncipe. Irritado, el futuro rey de España espera una disculpa de su oponente, pero el criollito erguido se niega, para él no hubo falta. Bolívar recordaría mucho este incidente en el futuro: «¿Quién le hubiera anunciado a Fernando VII que tal accidente era el presagio de que yo le debía arrancar la más preciosa joya de su corona?», contaría diciendo, además, que la reina le dio la razón.

Simón se había relacionado con el círculo cercano a los reyes y a la flor y nata de la aristocracia peninsular. De la casa situada en la calle de Jardines se había mudado con sus tíos a la calle del Príncipe. Ahí los Palacios aprovecharon la excelente disposición del marqués de Uztaris para hacerse cargo de la formación de Simón, mudándolo a solicitud del marqués al n.º 8 de la calle de Atocha.

Bolívar calificará al marqués de Uztaris de «sabio» y dirá que viviendo bajo su techo había estudiado bajo su atenta dirección, pero no habla sobre el encuentro que tendría lugar en aquella casa, donde hallaría a su amor idílico y su devoción por toda su vida. Su nombre era María Teresa.

Uztaris era un hidalgo criollo y caraqueño que había logrado notoriedad en las altas esferas sociales madrileñas; tenía una apreciable fortuna y se había embebido de una sólida instrucción filosófica a través de las ideas de la Ilustración. Con los Bolívar, el marqués tenía amistad familiar y un lejano parentesco, lo que facilitaba la relación con aquel mozalbete de diecisiete años, a quien condujo a su biblioteca y a las veladas políticas y literarias que se llevaban a cabo en su casa.



Matrimonio de Bolívar con doña María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, en Madrid el 26 de mayo de 1802. Cuadro de Tito Salas. Casa natal de Bolívar, Caracas Venezuela.

En la magnífica biblioteca de Uztaris, Bolívar leyó a poetas, historiadores y a los grandes oradores clásicos y contemporáneos. Ahí formó Simón Bolívar su apetito voraz por la lectura, así como el estilo hiperbólico de sus cartas y discursos. Según el propio Bolívar, de los antiguos, fue Plutarco quien más lo impresionó.

Pero además, en los salones de la casa se llevaba a cabo una enseñanza viva a través de discusiones que intercalaban la brillantez académica y el fragor de las ideas. En aquel ambiente conoció Simón a María Teresa Josefa Antonia Joaquina Rodríguez de Toro y Alayza, hija del noble caraqueño y marqués Bernardo Rodríguez de Toro.

María Teresa, por todas las descripciones que existen de ella, ni tenía la dulzura de rasgos de una madona, ni tenía el atractivo exuberante de una maja. Llama la atención que para un enamorado de la exquisitez femenina como lo fue Bolívar, aquella jovencita de tez pálida, ojos pequeños y boca delgada lo encandilase con pasión fanática. Así, muy a su estilo y carácter, Bolívar quiso casarse de inmediato con ella.

María Teresa era casi dos años mayor que Simón, era huérfana de madre y había sido criada por su padre de una manera conservadora y monástica. Era tierna y a la vez extremadamente madura. Bolívar debió de ver en ella la compensación afectiva de todas las mujeres que habían faltado en su joven vida, en particular la figura de su madre ausente. De inmediato dio a conocer al marqués sus deseos de contraer nupcias con su hija. Este se espantó, por supuesto; socialmente la unión era perfecta y provechosa, pero lo asustaba la extrema juventud del precipitado muchacho. Dio su consentimiento, pero sujeto a los permisos que debía obtener Simón de su familia y del rey; luego

planificó un viaje a Bilbao llevándose a María Teresa, para poner un poco a prueba la constancia del joven pretendiente.

Simón haría todo lo necesario para consumar sus deseos, pero su primer gran obstáculo vino de donde menos podía esperarlo.

Su tío y padrino Esteban Palacios había caído en desgracia. Por razones no claras, fue apresado y conducido al monasterio de Montserrat, al parecer por algún asunto vinculado al declive de Mallo. Entonces Bolívar tuvo que recurrir directamente a su familia en Caracas. En carta dirigida a su tío Carlos, Bolívar evidencia dos cosas: su aprovechamiento en el arte de escribir y una temprana muestra de astucia política. Le recuerda a la familia Palacios que, de morir manteniendo bajo su propiedad la herencia de Jerez Aristeguieta, , esta pasaría a favor de la rama familiar de sus tíos. Esta era una manera de presionar elegantemente a los Palacios de Caracas, quienes autorizaron la boda de inmediato.

Resuelto esto, Bolívar decidió ir en busca de María Teresa. El 20 de marzo de 1801 el rey y Manuel Mallo les concedieron el permiso para viajar a Bilbao. Del rey se entiende que extienda su aprobación, pues Simón era aún oficial del Ejército, pero que Mallo intervenga indica que ante la ausencia obligada de Esteban, aquel mantenía poder en la Corte y sobre la persona de Bolívar.

Antes de su partida, tuvo lugar un incidente que fue alejando a Bolívar de aquello que buscaban los jóvenes criollos de su clase, esto es, una carrera política en la Corte. Ante las sospechas y desconfianzas surgidas contra los criollos nobles ante la inminente caída de Mallo, se dieron disposiciones que buscaban la requisa de cualquier documento que pudiera perjudicar a la reina. En ese contexto, una mañana en que Bolívar transitaba a caballo bajo el arco de la Puerta de Toledo, una patrulla le ordenó detenerse. Simón vestía su uniforme y el jefe de la guardia ordenó que se le registrara, por lo que sus hombres tomaron las bridas del caballo. Bolívar mostró su indignación y exclamó que no era posible que siendo él oficial, lo registraran oscuros esbirros. El jefe de la guardia le mencionó las Ordenanzas Reales, que prohibían el lujo excesivo en el uso de diamantes y que el americano era ostentoso hasta en los encajes de los puños de su chaqueta. Bolívar entonces desenvainó la espada y embistió contra los gendarmes dando tajos y mandobles en el aire. La patrulla huyó precipitadamente.



Don Esteban Palacios y Blanco, uno de los tíos carnales maternos de Bolívar, nació en Caracas en 1767 y murió en 1830. Fue padrino de confirmación del Libertador. En 1799 era ministro de la Contaduría de Hacienda, en Madrid. En 1810 fue diputado en las Cortes de Cádiz; regresó a venezuela en 1825. Reproducción de un grabado de Fourquet.

Estaba claro que lo sucedido podía tener consecuencias en el futuro de Bolívar y en sus expectativas en la Corte, así como en lo inmediato por aquel acto de desacato y rebeldía. El marqués de Uztaris le recomendó acelerar su viaje a Bilbao y Bolívar salió raudo al encuentro de María Teresa.

En Bilbao, en compañía de su prometida y de su padre, Simón Bolívar disfrutó meses apacibles de placer familiar con aquella familia criolla, noble y caraqueña, en suma, una coincidencia plena con lo que él era y lo que quería ser. Pasó con ellos la Navidad de 1801.

Entre enero y abril de 1802, Bolívar viajó a Francia y a París, presumiblemente pensando en negocios futuros y para comprar sus regalos de boda. Ahí tuvo la oportunidad de admirar la magnificencia de Napoleón en su hora de gloria. Francia y España habían firmado una suerte de tregua con Inglaterra en Amiens; por ella, además, Trinidad era cedida por España a favor del reino inglés en perjuicio de la patria de Bolívar. Pero más allá de la anécdota de este fugaz encuentro con la Francia napoleónica, no se tiene más noticia de Bolívar en París que sus cartas a Caracas solicitando dinero adicional para sus gastos. Pretender que fuera entonces cuando cuajaron en él las ideas republicanas, está fuera de la realidad. El propio Bolívar diría luego: «mi cabeza sólo estaba llena con los vapores del más violento amor».

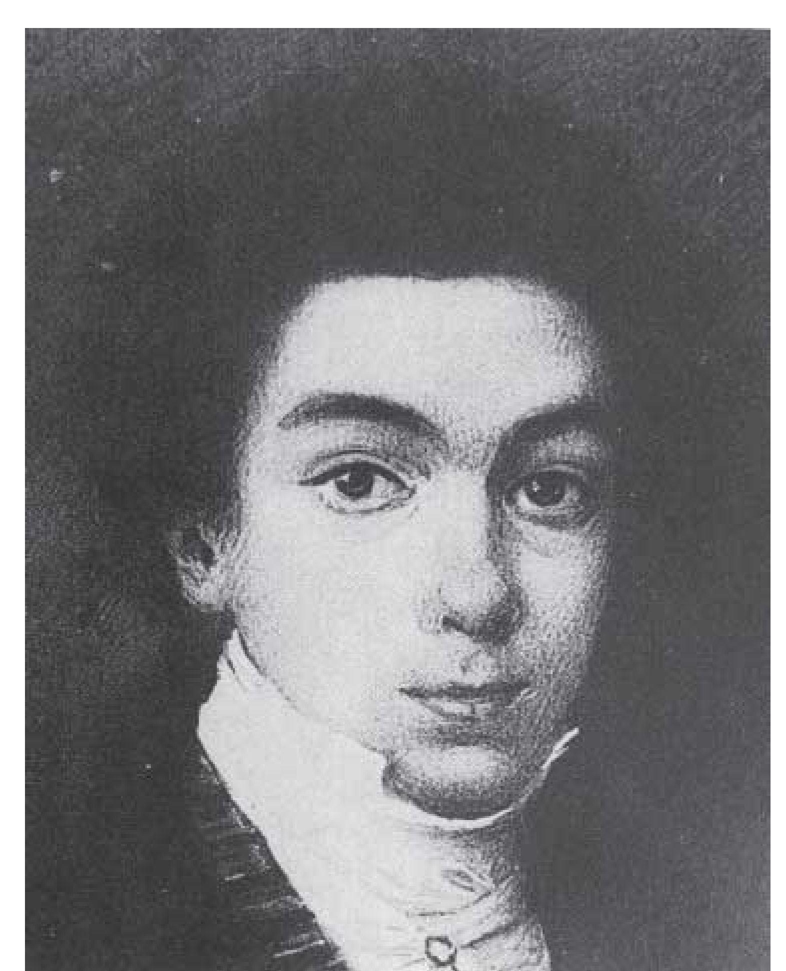
Como oficial de Su Majestad, Bolívar solicitó la licencia necesaria para contraer nupcias, que le fue concedida el 15 de mayo de 1802. Obviamente esperó sólo diez días para la consumación final, casándose con María Teresa el 26 de mayo en la parroquia de San Sebastián. En el buque que salió con los novios del puerto de La Coruña, un amplio camarote había sido decorado primorosamente para servir de marco adecuado a la extenuante entrega de los recién casados.

Simón Bolívar había decidido su destino. Ahora, instalado en Caracas y en la hacienda de San

Mateo, hacía la vida de un perfecto criollo rico e hijo de una de las mejores familias sembradas por la madre patria en el Nuevo Mundo. Su mujer, su María Teresa, se había convertido en el ancla de su futuro.

Cuando el destino de Bolívar estaba jugado, ocho meses después, en enero de 1803, una fiebre tan tropical como perniciosa se llevó la vida de la amada esposa. Bolívar nunca se entregaría con más ahínco a sus ensueños románticos: «quise mucho a mi mujer» diría en el futuro «y a su muerte juré no casarme jamás. He cumplido mi palabra». Nunca tendría mayores motivos para pensar en los designios del destino, aunque finalmente aflorase siempre su ego: «Miren ustedes lo que son las cosas; si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra cosa; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo». O su visión poética de su vida: «La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar del arado de Ceres».

Bolívar tenía entonces diecinueve años y medio, era rico y desafortunado. Había perdido a su familia natal muy temprano, había formado un hogar aún muy joven y la vida se lo había arrancado. Simón está ahora a tientas, casi a ciegas y en la búsqueda de un destino, pero un destino que él considere, pueda verdaderamente merecerlo.



Miniatura de marfil con la imagen de Simón Bolívar a los 17 años (1800-1801). Fundación John Boulton, Caracas, Venezuela.

ALMA Y MOTIVACIONES

Para acercarnos a las profundas motivaciones que convirtieron a don Simón de Bolívar en el

Generalísimo y Libertador Simón Bolívar, debemos acercarnos a los dos elementos que determinarían su futuro: primero, su carácter, siempre a la búsqueda de la gloria, lo que hoy entenderíamos como el éxito; segundo, la influencia recibida del único familiar que lo había guiado, directa o indirectamente desde su infancia, su tío Esteban Palacios.

El mito que Bolívar tejió de sí mismo nos lleva a un Bolívar mesías e incluso, al Bolívar profeta de sí mismo. De acuerdo a dicho mito, Bolívar nació prácticamente predestinado para ser el Libertador de América; así, su carácter rebelde y hasta insolente de infante es traducido como un germen contestatario contra el statu quo monárquico. Su relación con Simón Rodríguez es presentada como su formación inicial en las grandes ideas libertarias y emancipadoras. Su educación, como si hubiera sido la de mayor rigor académico dentro de América y España. Incluso su relación con Uztaris habría hecho de Bolívar un enciclopedista, y su temprano viaje a París lo habría llevado a adoptar -con rapidez inaudita- las ideas republicanas.

Toda esa lectura de la vida de Bolívar responde a la construcción que él mismo hizo años más tarde de cómo deseaba pasar a la posteridad. Pero esta construcción de una perfecta sincronía de causas y efectos no iba acorde con su verdadera personalidad. Su carácter y temperamento no le permitían seguir una línea simple, tal como él nos ha hecho creer. Bolívar era del tipo de personas nacidas para ser líderes; de no haber pasado a la historia como el Libertador de América, habría sido el mejor alcalde en la historia de San Mateo o el dandi más díscolo de su tiempo. Jamás habría ocupado un papel secundario, pero tampoco habría seguido un camino recto para lograrlo.

Bolívar se sentía capaz de proponerse cualquier objetivo y de alcanzarlo, y no se equivocaba. Su magnetismo personal le permitía involucrar y apasionar a los demás en todo aquello que se propusiera, así esto fuese algo superficial o incluso vulgar. Su energía le dio no sólo un permanente aspecto juvenil, sino además imagen de hombre inteligente, dinámico y exitoso. Pero por debajo de aquella aparente seguridad, siempre anidó en Bolívar una lejana búsqueda de reconocimiento y afecto, aquello que en apariencia no podía necesitar.

Por ello le fue tan difícil tolerar la competencia, la veía como una sombra, como una contracorriente que le traía la amenaza del fracaso. Muchos años después, en la lejana ciudad americana de Guayaquil, Bolívar se enfrentaría con otro general, con otro Libertador con quien debía de sumar esfuerzos para la causa americana y a quien se propondría excluir: un tal José de San Martín. Bolívar siempre dio la imagen de una fortaleza que no admitía competencia.

En suma, Bolívar fue un líder brillante, pero también un vanidoso empedernido, ligero aunque profundo, hedonista pero seductor. Todo esto al mismo tiempo y sin descanso.

Ahora, y a partir de la compleja personalidad de Simón Bolívar, podemos hacer una lectura adecuada a su reacción ante la muerte de María Teresa. Es verdad que dicho suceso fatal se convirtió en el disparador de su futuro político, pero no como se pretende.

De manera convencional, Bolívar dijo a sus biógrafos que estaba ungido con el germen beatífico de la libertad de América y del sistema republicano, y que la muerte de María Teresa sólo lo empujó hacia los intereses incubados en él desde su más tierna edad. Pero esto realmente no concuerda con la esencia de Bolívar. De haber albergado Bolívar el deseo libertario en aquel entonces, no cabe duda de que habría abrazado ese proyecto abandonando o posponiendo cualquier unión sentimental.

En Bolívar no caben las medias tintas; de haber pensado embarcarse en el proyecto independentista en 1802, se habría casado con él en lugar de casarse con María Teresa. El hecho de que jamás hubiera contraído nupcias nuevamente tiene que ver con lo mismo, con su compromiso con alcanzar la gloria y no con el hecho de cumplir cualquier promesa a la difunta esposa.

¿De qué modo habrá influido entonces la muerte de María Teresa en las decisiones que adoptará

Bolívar en el futuro? Como ya hemos visto, el fracaso iba en contra de su naturaleza, era el monstruo que le corroía las entrañas. La muerte de María Teresa fue eso para él, el fracaso de aquel proyecto de recuperar lo que muy temprano había perdido: una familia y una madre. De hecho, esto tuvo que generar en él una disconformidad brutal y el firme deseo de adoptar un destino que le permitiera el éxito y la gloria. Hasta el deceso de su esposa, nunca pensó en la política como un destino posible. Un Bolívar muy transparente nos dice: «Volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación».

El fracaso del Bolívar familiar fue el que nos trajo a un Bolívar en búsqueda de la revancha, del espacio en el cual pudiera ser notable y glorioso. En ese sentido, su tío Esteban sería el portador del mensaje definitivo.

Parte de la historiografía de Bolívar ve en la prisión de Esteban un motivo de resentimiento del sobrino y ahijado para con la monarquía española. Es difícil aceptar esta interpretación; el propio Esteban jamás se opuso a la Corona española, ni aún en los peores momentos en los que fue encarcelado en el monasterio de Montserrat, nada menos que el que había recibido décadas atrás la donación de los Bolívar para el marquesado de San Luis. En realidad, la influencia de Esteban sobre Bolívar se daría en la vivencia de un profundo desengaño, muy distinto al que habitualmente se cree.

Simón tenía una predilección particular hacia Esteban. Una de las pocas veces en que Bolívar recuerda su infancia es en una carta dirigida a Esteban —años después— al saber que este vuelve a Caracas:

> ¡Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre tan parecida a Ud., resucitó de la tumba, se ofreció a mi imagen. Mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino, se reunieron en un punto para decir que Ud. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que Ud. me daba cuando era inocente.

No pudo serle indiferente a Bolívar el grave altercado que llevó a Esteban a prisión. Al escribirle a Perico sobre la situación de su tío, le dice: «Mis oraciones son pocas y poco eficaces por el sujeto que las hace; pero no por eso dejaré de aplicarlas todas al buen resultado del celoso interés que usted tiene en este negocio».

Aquella relación con Esteban llevó a Bolívar a tener muy en cuenta las enseñanzas de aquel y su visión del mundo, creemos que más que la de cualquier otro. Y la vida de Esteban Palacios no es en verdad otra cosa, que el caminar frustrado de un criollo de estirpe noble, en medio de la alta nobleza hispana.

Así, Esteban le transmite a Bolívar su progresiva desazón por la carrera política en la Corte. Ya en 1793 le escribe a su padre sobre «lo inútil que son los servicios hechos en América y que es un disparate meterse en ellos, que no hay más recompensa ni merito que adquirir dinero, esto no lo sabe sino el que sabe lo que es la Corte y la ve por dentro».

Al obtener para Carlos y a su solicitud el título de alférez real, le escribe escéptico a su hermano sobre esos honores, «que sólo traen consigo gastos y obligaciones gravosas». Y luego agrega: «Yo estoy sirviendo de guardia de Corps al rey sin más esperanza que la de cumplir con la obligación que me impuso mi educación y nacimiento».

En suma, el mensaje de Esteban al jovenzuelo Bolívar fue siempre de desesperanza y frustración frente a lo que le había de tocar por su nacimiento y hasta qué limitadas alturas podría llegar; le

señalaba a su sobrino los favores de la Corte, pero también sus límites como español americano. Le dijo al niño y al joven Simón Bolívar que su nobleza no era nobleza, que era blanco pero no lo suficiente, y que de ninguna manera podría aspirar a un destino glorioso como criollo.

La muerte de María Teresa fue para Bolívar un temprano fracaso. Si ahora buscaba el éxito y la gloria, no podría ser dentro de la Corona española.

EN BUSCA DE UN DESTINO

Aquella dama era dueña de una belleza magnética, sus ojos adormilados y sus cejas pobladas le daban un aire de inocencia y candidez, pero su nariz perfilada, sus labios acaramelados y su busto erguido la hacían desafiante y erótica. Siempre estaba sonriendo y jugueteando en medio de sus invitados, los que disfrutaban de uno de los salones más concurridos de París. Su nombre era Fanny Dervieu de Villars, confesaba veintiocho años y estaba casada con un hombre que le doblaba la edad, un hombre que había sido comandante de la ciudad de Lyon y jefe de su Guardia Nacional, pero que ahora huía de los espacios sociales y prefería entretenerse lánguidamente con sus estudios de botánica.

De repente se abren las puertas de la estancia, el rumor alegre del grupo de jóvenes que entra ahoga la música y el murmullo susurrante de la conversación. En medio de ellos está el criollito, Fanny se gira para saludarlo y de pronto queda embelesada por su garbo; Simón ha venido con una chaqueta azulina de dorados botones labrados y un magnífico sobretodo.

El cuerpo pequeño del joven despide las fragancias más caras y ardientes de Francia, todos los demás varones del salón quedan minimizados, eclipsados. Bolívar viene acompañado por una corte de jóvenes que le rinden pleitesía para engalanarlo, entonces el galán se desprende de todos, se inclina ante Fanny y sus labios aprietan su blanca mano sin dejar de mirarla a los ojos.

Bolívar había dejado Caracas con más sinsabores añadidos a la viudez. Por más que había tratado de aclarar las cuentas con su tío Carlos respecto a la administración de su fortuna, todo había sido en balde. Al final le escribe a su tío:

> Si a mi llegada a esta ciudad vuestra merced hubiese rendido las expresadas cuentas, yo habría tenido lugar de examinarlas, y a esta fecha, ya estaríamos fuera de este cuidado; pero puesto que la falta ha sido de vuestra merced, los perjuicios que de esta demora le resulten no se me deben atribuir a mí; y así sólo estoy pronto a darle el recibo circunstanciado de las cuentas, efectos y bienes, que he recibido.

La vieja situación del manejo de la fortuna de Simoncito seguía vigente, pero ahora encontraba a un Bolívar de otro nivel, con una instrucción de hecho más acabada, con experiencia europea e incluso con el dolor de la pérdida. Está claro que las cuentas no entregadas por Carlos Palacios ocasionaron a este último una sanción en cuanto a la disposición de fondos futuros.

A finales de 1803 Bolívar desembarcó en Cádiz. En poco tiempo pasó a Madrid y ahí se reunió con el padre de María Teresa, a quien le llevaba los tristes recuerdos de su hija. En el futuro, el Libertador recordaría aquella escena de lágrimas viriles: «Jamás he olvidado esta escena de delicioso tormento, porque es deliciosa la pena del amor», diría abstrayéndose de sí mismo en tercera persona tal como sería su costumbre. Bolívar tenía una vanidad profunda, los rasgos externos —atuendo, lujo y apariencias— eran para él más relevantes y mucho más estables e inmutables que

los conceptos y las ideas. Por ese motivo y durante toda su vida, Bolívar viviría al margen de sí mismo, como si no viviera en su cuerpo y se estuviese viendo actuar a sí mismo. Esta característica lo hará observar sus actos, vida y emociones de manera muy singular.

En Madrid se publicó un bando que requería a los forasteros a que dejaran la ciudad por causa de una carestía temporal de alimentos. Bolívar usó ese pretexto para enrumbar hacía París; en el fondo quería alejarse de todos aquellos amigos que lo habían visto otrora radiante, amante y amado. De aquellos que lo habían visto triunfante y que hoy lo tenían por fracasado. Dirá Bolívar:

> Muerta mi mujer y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia, y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía y yo seguía sus variados movimientos.

Bolívar llega a París a principios de mayo de 1804. Desde su llegada, se convirtió en una de las figuras más conocidas de las noches parisinas, embebido en el mejor vino y entre los brazos de las más hermosas mujeres de la ciudad. Los grandes lugares de diversión, como las galerías del Paláis Royal, le abrieron sus puertas de par en par. Las mesas de juego se tragaban su dinero y ante su rostro frígido y demacrado, las madrugadas se abrían a la luz del día. Entonces conoció a Fanny Dervieu de Villars.

Fanny gustaba de ver en su salón a gente distinguida, culta y a hombres bellos o de gran inteligencia; si eran sabios para escucharlos, si eran hermosos para jugar a la seducción. Bolívar se fascinó con ella y congeniaron rápido, pero cada uno coqueteaba con otras y otros provocándose e inflamándose aún más de ardor. Entonces Bolívar se propuso deslumbrar a la dama haciendo gala de sus mejores atuendos y de su joven ingenio y elocuencia. Ella no se resistió demasiado; ambos cayeron en la cuenta de que debían de tener algún parentesco por los «Aristeguieta»; en realidad lo creyeron, lo quisieron creer o simplemente fue la excusa perfecta para que Bolívar pudiera entrar sin restricciones a la casa de la familia Dervieu de Villars.

La presencia del apuesto mozo siempre al lado de Fanny se hizo notar con rapidez. Esto no le fue ajeno al señor de la casa. Dicho acontecimiento será recordado muchos años después por uno de los hijos de Fanny: «Mi padre habitaba en Bouhinad, una casa en la cual había un gran jardín. Cuando Bolívar se paseaba por él, destrozaba todo lo que encontraba: ramas de árboles, ramas de la viña, flores, frutas, etc.». Viéndolo entonces el maduro dueño de la casa, le gritó: «¡Arrancad las flores y las frutas que queráis pero, por Dios, no arranquéis estas plantas por el solo placer de destruir!». Así, Bolívar dejó las frutas del jardín en paz y tomó a la señora de la casa, sin mayor restricción que sus propios deseos.

Bolívar debió de conocer al barón de Humboldt en el salón de Fanny. Sobre dicho encuentro también se han tejido muchas historias que hablan acerca de un Humboldt que confirma anonadado el genio de Bolívar y que admira su determinación por la libertad de América.

Los hechos se produjeron de otro modo. Humboldt había estado disertando sobre las maravillas naturales de América; él llegaba de un viaje que daría lugar a su brillante libro intitulado Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. Al lado de Humboldt estaba el sabio naturalista Bonpland, cuando de repente la conversación derivó en un lugar común en aquellos días: el triste destino de una América agonizante, bajo un dominio español sombrío, reaccionario y medieval.

Al escuchar esto, Bolívar tomó la palabra y exclamó exultante: «Brillante destino el del Nuevo Mundo si sus pueblos se vieran libres del yugo y qué empresa tan sublime». Pero ante la retórica, Humboldt contestó secamente que «aunque en América las circunstancias eran favorables para tal

empresa, allí faltaban hombres capaces para realizarla».

De hecho, la frase, en medio de un grupo de españoles americanos y en particular delante de aquel criollito petulante, terminaba siendo procaz y desafiante. Así, de hecho, la tomó Bonpland, quien para superar la incomodidad del momento adujo que «las revoluciones producen a sus hombres».

A pesar de situaciones tan claras, parte de la historiografía sobre Bolívar pretende que Humboldt, en el fondo, quedó admirado por la convicción del joven criollo. En cambio, el propio Humboldt escribe sobre Bolívar en una carta de 1853: «Jamás lo creí llamado a ser jefe de la cruzada americana. Lo que más me asombró fue la brillante carrera de Bolívar a poco de habernos separado». E incluso en carta de Fanny dirigida a Bolívar en 1826, dice: «Ha estado aquí el barón de Humboldt […] No sé cómo hará el señor barón para llamarse vuestro amigo; en aquella época en que el éxito de vuestra empresa era dudosa, él y el señor Delpech eran vuestros detractores más celosos».

No era para menos; si alguien pareciera el menos indicado para ser el Libertador de América, ese era Simón de Bolívar.

2

Del amanecer al ocaso

El germen de las ideas

Humboldt se había sumado a la corte de detractores de aquel criollito de vida frugal y licenciosa. Era tal la afición de Bolívar por la diversión y la juerga, que incluso años más adelante, en medio de sus campañas militares y cuando su cuartel militar se instalaba en algún pueblo o ciudad, casi todas las noches se bailaría en la guarnición. El Libertador amaba el vals y lo usaría incluso como fuente de inspiración; podía desprenderse del trabajo y del estudio de estrategias militares, danzar infatigable y luego retornar al gabinete con mayor brillo y mejores ideas.

Pero no era sólo por su aspecto libertino por lo que Humboldt tenía una opinión negativa de Bolívar. Humboldt tenía demasiado clara la situación de las colonias americanas como para pensar que aquel caraqueño sería el llamado a llevar a cabo su liberación de España.

En efecto, el sabio explica en sus escritos cómo había sido posible que un pequeño número de españoles hubieran controlado América por tantos y tantos siglos:

> […] en todas las colonias el partido europeo se nutre necesariamente de una gran masa de nacionales. Intereses de familia, el deseo de una gran tranquilidad no interrumpida, el temor de lanzarse a una empresa que pudiera fracasar, impiden a estos abrazar la causa de la independencia, o aspirar a establecer un Gobierno local y representativo aunque dependiente de la madre patria.

También señala Humboldt que entre los propios criollos existe un pequeño núcleo de familias que por herencia o por arraigo ejercen una verdadera aristocracia municipal, y que aquel grupo prefiere «privarse de ciertos derechos a tenerlos que compartir con todos […] aborrecen toda Constitución fundada sobre una igualdad de derechos; temen sobre todo la pérdida de sus condecoraciones y de esos títulos que tanto trabajo les ha costado adquirir, y que son parte tan esencial de su dicha doméstica». A esta clase y estrato sociales pertenecía por supuesto aquel jovenzuelo de Simón Bolívar, a aquellos de mayor raigambre con España y a los más comprometidos con su Imperio. ¿Qué podría impulsar a ese criollo de rancia ralea a oponerse a sus hermanos de la península?

Como si fuera poco y para colmo, Bolívar andaba ahora con un sujeto considerado como un maniático y un estrafalario ante los ojos de Humboldt y de muchos otros. Se trataba de nuevo de Simón Rodríguez o Carreño, o del ya famoso Samuel Robinson.

Después de su fuga tras la conspiración de Caracas, Simón Rodríguez había estado en Jamaica y Baltimore ejerciendo mil oficios disímiles hasta zarpar hacia Europa. El futuro Libertador había sabido de su presencia en París y había corrido a buscarle. El antiguo y aún joven maestro se había

ganado el cariño eterno del alumno. Su huida de Caracas debió de dejar en Bolívar un hondo vacío afectivo y el reencuentro produciría frutos memorables.



Fanny Dervieu du Villars. Miniatura de Meuret. De la colección de doña Leonor Vargas Cheyne de Vélez. Publicada en *Cromos*, Bogotá, 13 de diciembre de 1930.

Con Rodríguez, Bolívar volvió a la lectura de los grandes filósofos de su tiempo: Hume, Espinoza, Hobbes, Rousseau y Voltaire. Pero también de Helvecio y Holbach, quienes enaltecían el placer y el más absoluto libre albedrío para gozarlo, lo cual encajaba a la perfección con su modus vivendi y con el de otros jóvenes ricos en la península.

En ese sentido Bolívar, llevando la filosofía a la práctica, había llevado su indisciplina y la vida hedonista hasta su límite. Su apetito carnal era voraz, como un caldero hirviendo colmado por un torrente de deseo; una lujuria sin duda heredada de su padre Juan Vicente. Pero ni la gloria en los salones de juego ni el éxito en la conquista de damiselas lograban complacer su ego.

Su aspecto empezó a deteriorarse, se le veía demacrado y ni siquiera Fanny lograba calmarlo y encaminarlo. Él la empezó a llamar Teresa en lugar de Fanny, pues buscaba en el recuerdo de su María Teresa un punto de apoyo en lo único estable que había tenido en la vida.

Pero el contexto histórico se prestó a la perfección para su rescate, para que pudiera salir del hoyo en el que andaba. Sólo el anzuelo de la gloria y la fama pudo hacer el milagro.

El 18 de mayo de 1804, apenas llegado Bolívar a París, Francia adopta la Constitución imperial por la cual la Corte del primer cónsul se transforma en Corte imperial. El ambiente es absolutamente político y Bolívar se llena de la imagen de Napoleón, tanto es así que a veces salía llevando la chaqueta y el sombrero, puesto al estilo Bonaparte. El propio Humboldt y Gay-Lussac lo tildaron entonces de orate.

El 2 de diciembre de 1804 Napoleón se corona en Notre Dame. ¿Podía perderse Bolívar

semejante acontecimiento? Creemos que no, que él estuvo ahí. Simón Rodríguez lo niega: «Aquel día —dirá muchos años después— tan notable y feliz para los gabachos, Bolívar y yo no salimos del hotel». Pero ¿qué podía sentir aquel joven criollo ante la coronación de Napoleón Bonaparte? ¿Tuvo algo que ver la imagen de Napoleón en el destino de Bolívar?

A ese respecto, O'Leary recoge las palabras del Libertador:

> Yo lo adoraba como al héroe de la República, como la brillante estrella de la gloria, el genio de la libertad […] Se hizo emperador, y desde aquel día lo miré como un tirano hipócrita […] ¡Qué terribles sensaciones de indignación produjo en mi alma este melancólico espectáculo, dominado como estaba de un fanático amor a la libertad y a la gloria! Desde entonces no pude reconciliarme con Napoleón; su gloria misma me parecía un resplandor del infierno, las lúgubres llamas de un volcán destructor cerniéndose sobre la prisión del mundo.

Pero el Bolívar de 1805 estaba vivamente influenciado por Simón Rodríguez. De hecho, lo que decía y pensaba no era lo que sentía realmente hacia Napoleón. En 1828, Peru de Lacroix deja registrada la siguiente confidencia del Libertador sobre Napoleón:

> Más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que, como él, quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa.

Esta confesión es absolutamente verosímil, más aún porque en aquellos años no se hablará más que del supuesto deseo de Bolívar por hacerse emperador vitalicio.

A todo lo dicho y para tener un panorama completo, debemos agregar otras confidencias que Bolívar le hizo a Peru de Lacroix por aquellos días. En ellas acepta tácitamente haber estado presente en la coronación de Napoleón:

> Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular […] me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo liberase.

En aquel diciembre de 1804, Simón Bolívar supo perfectamente dónde buscar su gloria, ahora el problema era cómo y cuándo llevar a cabo su gran deseo. Él luchará ahora por su gloria y por su éxito, aunque aquella búsqueda de honores imperecederos desencadenase una brutal guerra civil entre hermanos de sangre.

La primera edad de la revolución

«Húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril me dijo: juro que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español»; el viento agitaba los cabellos de Simón Rodríguez al recibir conmovido las palabras alucinadas de su discípulo y amigo Simón Bolívar. El propio Libertador recordaría el hecho veinte años más tarde: «¿Se acuerda usted de cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria?».



Simón Bolívar en 1802, cuando conoció a Fanny Dervieu en París.

Bolívar había salido con Simón Rodríguez con dirección a Italia en marzo de 1805. El objetivo del viaje era múltiple; apartarse de los excesos que ya mermaban la salud de alumno recuperado, emular las viejas caminatas de los años párvulos, distraer la mirada en los paisajes y en las ruinas del gran Imperio romano, e incluso ver la coronación de Bonaparte en Italia.

Los amigos partieron a caballo y se apuraron en llegar a Milán para ver a Napoleón coronarse rey. Desde una pequeña loma, Bolívar lo vio colocar sobre su cabeza la corona de hierro de los reyes de Lombardía y apreció la sencillez del atuendo de Bonaparte, quien llevaba una casaca larga sin ornamentos y un sombrero sin galones. Le gustó.

Mientras pasaba revista a sus tropas, el futuro Libertador y Rodríguez sintieron la mirada de Napoleón observándolos con un pequeño catalejo. Tal vez el francés pensó que eran espías. Pudieron haberse quedado más tiempo observando la ceremonia desde aquel punto, pero un eventual percance con la guardia francesa los hizo retirarse presurosos.

Los dos hombres visitaron entonces Venecia, Verona, Bolonia, Florencia y finalmente siguieron

a Roma. Ahí, para obtener una vista general de la ciudad antigua, subieron al Monte Sacro. El lugar tenía también significaciones históricas: a él habían llegado los plebeyos de Roma, que huían de las exacciones y abusos de los patricios. Era un lugar inspirador; a las emociones vividas en los últimos meses y que habían provocado en Bolívar la voluntad de llevar a cabo su gesta heroica, se sumaba ahora la visión de la ciudad eterna desde la cima de aquel monte consagrado a la libertad. Entonces juró y aquel juramento fue para Bolívar un compromiso para con su propia historia; sin embargo, también fue una forma de coronarse simbólicamente emancipador de toda la América española, una manera velada de emular al Bonaparte emperador.

No sabremos nunca cuáles fueron las palabras exactas pronunciadas por el futuro Libertador en el Monte Sacro. De hecho, cuarenta años después, Rodríguez plasmó toda una teatralización de lo sucedido por escrito; pero el sentido del juramento debe haber sido el mismo, un juramento profético, como lo habría de recordar para siempre el caraqueño.

Pero mientras Bolívar juraba en Roma, un hombre más añoso y empedernido venía trabajando por la liberación de América. Su nombre era Francisco de Miranda y en 1797 se había autoproclamado primer representante de los sudamericanos en Gran Bretaña. Era un hombre alto, de contextura recia, tez oscura y de cabellos grises que llevaba largos, empolvados y atados por detrás. Gustaba de las patillas largas a la española y nunca parecía estar quieto, aún sentado tenía un pie o la mano en movimiento.

Miranda, en medio de su obsesión por llevar las ideas libertarias a su patria, se había encontrado con un testamento singular; el ministro de los Estados Unidos en Londres, Mr. King, había recibido unos papeles del jesuita peruano Vizcardo y Guzmán poco antes de la muerte de este. Entre aquellos documentos se encontraba la «Carta a los Españoles Americanos», texto que llegaría a ser famoso por la difusión que le daría Miranda desde entonces. La carta instaba a los americanos a emanciparse de España y sus copias impresas fueron repartidas desde Trinidad hacia el resto de América.

Vizcardo y Guzmán había muerto sin ver en los ingleses un apoyo a la libertad de América. Ahora le tocaba a Miranda vivir exactamente lo mismo; Gran Bretaña le negaba entonces los permisos para embarcarse, usándolo como cebo y señuelo ante una España rival y enemiga.

Pero toda América era también un bocado de cardenal para los ingleses. Anunciada la Paz de Amiens en 1801, quedó claro que los ingleses dejarían el continente —sólo de momento— en manos españolas o francesas.

Por fin Inglaterra pensó que Miranda podía ser parte de una estratagema de provocación contra España. Cuando en noviembre de 1805 Bolívar alardeaba ante Fanny y en los salones de París sobre su juramento en Monte Sacro y su futura liberación de América, Miranda desembarcaba en Nueva York para armar una verdadera expedición a Venezuela.

Pero Miranda acabó descorazonado; sólo contó con tres barcos pequeños, mosquetes en desuso, bayonetas sin punta y espadas mohosas. La tripulación era demasiado joven, inexperta y para colmo tuvo que lidiar con otros dos líderes puestos por Inglaterra para la expedición. Trataron de desembarcar —el 27 de abril de 1806— cerca de Puerto Cabello en Venezuela. Dos goletas y 60 hombres fueron capturados por las defensas del puerto, 10 invasores fueron fusilados, 40 acabaron en prisión y Miranda fue calificado por el Cabildo de Caracas como «monstruo abominable». Uno de los combatientes en su contra fue nada menos que Juan Vicente de Bolívar, hermano del futuro Libertador.

Simón Bolívar se inquietó al conocer las noticias. El 23 de junio le escribe a su amigo Dehollain:

> Todas las noticias que nos dan sobre la expedición de Miranda son algo tristes, puesto que dicen que tiene el proyecto de alzar el país, lo que pudiera causar mucho mal a los habitantes de la colonia. Pero a pesar de todo, bien quisiera estar allá, porque mi presencia en mi país me podría evitar muchos perjuicios: pero la suerte quiere que me encuentre tan lejos de mi patria, y sin los menores recursos.

Por supuesto que dentro de su proyecto de vida y de gloria, la presencia de Miranda era para Bolívar poco menos que una amenaza. ¿Era acaso un mal para los habitantes de Venezuela la independencia de la metrópoli? ¿No era ese mismo su objetivo? En realidad, Bolívar comenzaba a temer que Miranda le arrebatase la gloria que quería para sí.

Francisco de Miranda logró rehacerse con los pertrechos y las fuerzas navales inglesas. El 25 de julio de 1806 comandó una escuadrilla de seis buques y dos cañoneras que, sumando 77 cañones en total, se adentró por el golfo de Paria. La expedición constaba de tan sólo 400 hombres, número que no garantizaba para nada su éxito, pero Miranda esperaba sumar a sus paisanos, que debían de adherirse a la causa.

Los invasores se apoderaron del fuerte de Vela de Coro e izaron la bandera revolucionaria; luego siguieron a Coro adonde la población, en vez de unírseles, escapó despavorida. Miranda pudo haber tomado Caracas, que estaba desprevenida y mal armada, pero dudó, se quedó esperando los refuerzos que nunca llegaron y en agosto se retiró decepcionado hacia Aruba.

El rebelde fue vencido por sus propios hermanos españoles americanos. Aquellos a quienes Vizcardo y Guzmán se había dirigido con tanto ahínco.

Construyéndose una imagen

A finales de 1806, Simón Bolívar salió de París con dirección a Estados Unidos y Caracas. Se despidió de Fanny y, por más que ella trató de disuadirlo, fue en balde. En realidad, ni la mismísima María Teresa lo habría detenido en Europa.



La familia de Carlos IV de Francisco de Goya y Lucientes (1800). Óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid.

Apenas llegó a Caracas trató de involucrarse con los grupos que buscaban desprenderse, de uno u otro modo, del yugo español. Para los revolucionarios caraqueños, la figura de un Simón Bolívar antimonárquico y republicano era inverosímil. Su imagen de dandi de bolsa ligera, amante de la buena vida europea y seductor de plebeyas y cortesanas, no conjugaba con su nuevo discurso emancipador. Sin embargo, la oportunidad se presentaría ideal para sus fines.

El 30 de noviembre de 1806 los ejércitos napoleónicos habían tomado Lisboa y luego fueron ocupando las plazas militares del norte de España. El pueblo exigía que Godoy dejara el Gobierno y la opinión popular manifestaba que Napoleón iba a ir en ese sentido y a poner al príncipe Fernando en el trono. Pero esto nunca sucedió y al final fue el propio pueblo amotinado en Aranjuez el que se encargó de obligar a Carlos IV a abdicar a favor de su hijo Fernando y de sacar del Gobierno a Godoy.

El 24 de marzo de 1808 Fernando VII entró en Madrid pero el 10 de abril huyó ante la presión francesa. Las intenciones de Bonaparte fueron ineludibles, y tanto Carlos IV como Fernando VII terminaron abdicando a favor de Napoleón.

En ese contexto, y en diversas ciudades y regiones de España, se crearon Juntas de Gobierno para oponerse a la invasión napoleónica. Los criollos separatistas en América vieron en la invasión de Napoleón a España el escenario perfecto; gracias a ella, el poder español quedó menoscabado y hondamente desprestigiado. Adi-cionalmente, Inglaterra declinaría en tomar las colonias americanas, ya que estaba concentrada en contrarrestar a Napoleón.

Para julio de 1808, Bolívar era parte de un grupo considerado por los mayores como adicto a lo que denominaban ciertas truhanerías. Las reuniones de dicho grupo constituían juntas o congresos criollos que propugnaban la guerra de independencia y hasta —se decía— el asesinato del capitán

general de Caracas. El mismo Perico Palacios, presente primero en aquellas reuniones privadas celebradas en casa de los Bolívar, se alejaría de ellas discrepando. Y es que era imposible pensar en una guerra de independencia que no terminase en una guerra civil; para entonces, los lazos de sangre, amistad y parentesco se habían extendido en todas las colonias, vinculando a españoles americanos y españoles europeos. Más aún, los bandos eran confusos, había peninsulares republicanos que apoyaban la independencia de América, criollos que buscaban mayor autonomía sin escisión de España, otros que buscaban la independencia plena y hasta los monárquicos que aspiraban a una independencia que no dejara de reconocer al rey Fernando VII.



Fernando VII con manto real, de Francisco de Goya y Lucientes (1814-1815). Óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid.

Los movimientos políticos generados por los criollos en América, nacieron entonces con el pretexto de repeler el imperialismo napoleónico y de reivindicar a Fernando VII. Don Vicente de Emparán fue designado como capitán general de Caracas por deseo de Napoleón. Su Gobierno, ilustrado y afrancesado, fue derrocado por los criollos caraqueños el Jueves Santo del 19 de abril de 1810: al grito de «¡A muerte los franceses!» y de «¡Viva la patria, la religión y Fernando VII!». Sin una gota de sangre derramada, se instaló la denominada Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII. Ni Simón Bolívar ni su hermano Juan Vicente participaron en su asunción al poder. Ambos, ya separatistas radicales, no creyeron en lo que para ellos era una fórmula tibia de independencia sin independencia, y una falsa república a la sombra de los republicanos peninsulares.

Sin embargo, y a pesar de haberse sustraído inicialmente de los acontecimientos, Bolívar buscó la manera de vincularse con la Junta. Él consideró que el paso dado era inconsistente y temporal, pero no eran tanto sus convicciones las que lo movían y como su apetito de figuración personal.



Simón Bolívar en 1810. Este sería su aspecto cuando estuvo en la misión diplomática en Londres por encargo del novel gobierno caraqueño.

Para entonces la Junta tenía la necesidad de obtener fondos para equipar y sostener al ejército y enviar misiones al exterior, lo que era urgente para presentar la posición del Gobierno venezolano ante las potencias estratégicas de Inglaterra y los Estados Unidos. Entonces, la familia Bolívar ofreció financiar dichas misiones diplomáticas. Varios miembros de la Junta se opusieron, eran misiones delicadas, sobre todo la que iría a Inglaterra. Pero Bolívar no se anduvo con ambigüedades; Juan Vicente solicitó la jefatura de la misión a los Estados Unidos y para él la jefatura de la misión a Inglaterra. La Junta finalmente aceptó, pero trató de organizar el viaje de tal modo que se cumpliesen sus objetivos sin distorsiones.

La Junta acompañó a Bolívar de las personas idóneas: Luis López Méndez, quien recibió las instrucciones oficiales, y Andrés Bello, que fue designado como secretario. Bello tuvo que tolerar como jefe, a quien fuera su gravoso alumno y quien ahora era el insufrible líder de la misión.

Los tres comisionados desembarcaron en Portsmouth el 10 de junio de 1810. El marqués de Wellesley, ministro de Estado de Londres, los recibió en su casa particular y no en el Ministerio. Para Gran Bretaña la Junta no representaba un Gobierno extranjero reconocido. Inglaterra era en aquel momento aliada de España contra Napoleón y no haría ahora nada parecido a lo hecho en favor de Miranda cuatro años atrás.

Las instrucciones de la misión venezolana eran solicitar la mediación del Gobierno británico para evitar un conflicto directo con España y abrir las facilidades para el comercio con Inglaterra. Esto último era muy apetecible para los ingleses, que habían buscado —por las buenas o por las malas— el comercio con América por cientos de años.

No está claro si Bolívar siquiera leyó las instrucciones dadas por la Junta, si las obvió adrede, o simplemente pasó por encima de ellas. Primero se explayó en un discurso en su perfecto francés, describiendo los hechos previos a la instalación de la Junta el 19 de abril, luego detalló la oposición de Venezuela al Consejo de Regencia que gobernaba España, y finalmente la decisión que había

tomado Caracas de declarar arbitrarias todas las resoluciones del Gobierno español.

Wellesley lo miró circunspecto, le dijo que lo escuchado significaba en la práctica que lo que había decidido la Junta era la emancipación de España y eso era algo que su Gobierno no podía apoyar, más aún tratándose de un movimiento dentro del territorio de su aliado español. Entonces Bolívar le entregó sus credenciales al ministro y, ante el asombro de todos, le entregó también por descuido las instrucciones elaboradas por la Junta. Wellesley las leyó y lo miró de nuevo. ¿Acaso la Junta de Caracas no llevaba el nombre de Fernando VII y proclamaba la defensa de sus derechos? Las instrucciones que tenía a la vista, ¿no prohibían abordar el tema de la independencia venezolana?

Wellesley dijo que el Consejo de Regencia español era el órgano de mayor fuerza y representativo de la resistencia española contra Napoleón; el desconocimiento de sus potestades por parte de la Junta sería romper con España e impulsar la independencia. Obviamente, una Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII no podía dejar de reconocer al Consejo de Regencia que buscaba restituir su autoridad.

Wellesley fue entonces muy claro, era necesaria la firme unión de las partes libres de la monarquía para repeler a Francia. Esto era de interés prioritario para Inglaterra y España. Por supuesto, las partes libres de la monarquía no eran otras que las colonias americanas. En el informe oficial remitido a la Junta, los comisionados comunicaron que «del modo más amistoso [Wellesley] nos aconsejó que llegásemos a un acuerdo con la Regencia, prometiendo al mismo tiempo que se nos daría satisfacción sobre todas las ofensas, y que se reformarían aquellos abusos locales o temporales en práctica con nosotros; a cuyo fin ofrecía que la Gran Bretaña intercedería de la manera más formal».



Fernando VII, ante un campamento, de Francisco de Goya y Lucientes. Fue rey de España entre marzo y mayo de 1808, y tras la expulsión de José Bonaparte desde diciembre de 1813 hasta su muerte.

Al final, el ministro Wellesley les dijo que hablando sólo como un amigo sincero prevenía a los comisionados de que había en Inglaterra muchos intrigantes ansiosos de acercárseles, así que debían

de tener cuidado ya que la misión que los había traído exigía una gran circunspección. Por supuesto que la alusión de Wellesley, era al ya célebre Francisco de Miranda.

INDEPENDENCIA Y TRAGEDIA

Para todos los sectores políticos de Venezuela, el nombre de Fernando VII había llegado a ser oportuno e indispensable para mantener la comunión de ideas alrededor de un solo movimiento. Para los republicanos y separatistas, invocar a un rey sin trono, desterrado y sin capacidad de mando era el pretexto perfecto para tomar el poder con legitimidad formal y sin romper con la alianza entre España y Gran Bretaña. Para los monárquicos y los fieles a la Corona, la figura de Fernando VII se había convertido en una especie de mito, una imagen deificada del poder en el exilio. Así, a pesar de las puyas permanentes entre ambos bandos, todos terminaban conformes.

Bolívar había logrado sus objetivos en el viaje a Londres. Conocía hasta dónde podía llegar Inglaterra en el tema americano y había convencido a Miranda para que retornara al país. Para el futuro Libertador, las bases de la independencia ya estaban dadas y le dijo a Miranda que era indispensable su presencia y su experiencia. En realidad, mucho más que Venezuela, era Simón Bolívar quien necesitaba de Miranda.

Este en efecto, tenía la imagen pública y la experiencia militar que Bolívar no tenía, había estado como oficial en las campañas de la Florida y como general francés en las guerras revolucionarias, amén de haber enarbolado sus consabidas rebeliones contra España en América. Su presencia en Venezuela no le quitaría a Bolívar nada, menos aún el protagonismo que en la realidad no tenía. Pensó entonces que al ir a su lado, él lo impulsaría como líder de la revolución.

La inminente presencia de Miranda en Caracas causó incomodidad y desconcierto en todos los sectores. Era una suerte de héroe y precursor, pero los propios criollos mantuanos lo habían vencido y rechazado pocos años atrás y los aristócratas no lo querían ver. Sólo los más jóvenes y extremistas, Bolívar y la denominada Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía, lo recibieron con regocijo.

Miranda desembarcó con su uniforme de gala de general revolucionario francés: frac azul bordado en oro, sombrero de tres picos y botas con espuelas de oro macizo.

La Junta lo recibió con los honores formales y lo nombró teniente general, pero Miranda aspiraba al cargo de general y a un sueldo equivalente de acuerdo con las ordenanzas de España. No estaba contento. El propio nivel de oficiales y tropas, sin estudios, capacidad ni manejo de estrategias, le pareció demasiado pobre, más bien paupérrimo. El Congreso nombró un triunvirato para el gobierno del Ejecutivo, sin elegir a Miranda. Este comentó con sorna: «Me alegro de que haya en mi tierra personas más aptas que yo para el ejercicio del supremo poder».

La Junta se desintegró el 28 de marzo de 1811, transfiriendo sus facultades al triunvirato elegido por el Congreso. Miranda, por su lado y con el apoyo de Bolívar, logró la presidencia de la Sociedad Patriótica. Esta organización de carácter civil, conformada por unos doscientos socios y con reuniones exaltadas y tumultuosas, la integraban jóvenes jacobinos y varios diputados del Congreso interesados en contrastar en un foro más público y espontáneo, sus ideas y proyectos rechazados por el Parlamento.

En junio, la creciente influencia de Miranda permitió a Bolívar obtener un escaño en el Congreso por la provincia venezolana de Barcelona. Entonces se desencadenaron los hechos: el 3 de julio Miranda sostuvo ante el Congreso la necesidad de la independencia. Lo hizo, según se expresa en el acta de la sesión, «con razones muy sólidas, que formaron un enérgico y largo discurso». El

padre Maya —opositor tenaz del separatismo— recordó a todos los congresistas que habían sido elegidos para «formar el cuerpo conservador de los derechos de Fernando VII», y recriminó a los miembros de la Sociedad Patriótica —Bolívar entre ellos— por su actitud beligerante. Desde las tribunas superiores del Congreso, los bulliciosos radicales trataban de amilanar a los congresistas.

En realidad, las razones para postergar la declaración de la independencia eran múltiples. En primer lugar, el efecto en Inglaterra y su eventual reacción contra Venezuela. En segundo lugar, la actitud del Consejo de Regencia en España que ya había declarado la Junta como un acto de insubordinación. Por último, estaban las posibles consecuencias de una declaratoria de la independencia en las provincias leales al rey, lo que daría lugar a la formación de dos bandos y al peligro de que estallara una guerra civil.

Sin embargo y a pesar de todos los motivos, Miranda, con exultante elocuencia, conminó al Congreso a correr los riesgos y gozar de las ventajas de la libertad, lo que le hizo ganar vivas y aplausos.

Horas después, en el ámbito de la Sociedad Patriótica, el orador fue Simón Bolívar. Su discurso fue una pieza magistral de oratoria:

> No es que haya dos congresos —dijo refutando a los que criticaban la existencia de la Sociedad Patriótica—. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España, ¿qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos decididos a ser libres? Estas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. Que los grandes proyectos deben prepararse en calma. ¿Trescientos años de calma no bastan? La Junta Patriótica respeta como debe al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana.

A la mañana siguiente, el 4 de julio, el Congreso recibió la iniciativa de la Sociedad Patriótica elevándola en consulta al Ejecutivo. El mismo día, el Ejecutivo la devolvió aprobando la propuesta. Esa noche Caracas celebró con júbilo el aniversario patrio de los Estados Unidos. Al día siguiente la multitud presente en el Congreso vitoreaba a los republicanos y callaba con silbidos a los realistas. El presidente del Congreso informó de la aprobación del Ejecutivo y Miranda exigió que se redactara y firmara de inmediato la declaratoria de independencia. Sometida a voto la moción, sólo el padre Maya estuvo en contra. Los aplausos eran atronadores. El documento pasó oficialmente al Ejecutivo el día 8 intitulado «Declaración de Independencia de la Confederación Americana de Venezuela».

Pero la nación se constituía sobre bases débiles y quebradizas. Venezuela había tomado el nombre de Estados Unidos de Venezuela para aplacar formalmente los intereses de las provincias. De esa manera, Venezuela se articulaba en estados y con ello aceptaba una potencial descomposición de la nación.

Rápidamente las rentas del país fueron menguando ante el desequilibrio ocasionado por la presencia de casas inglesas y estadounidenses, que con su experimentado aparato comercial hacían presa fácil a los productores venezolanos de cacao, café, carne salada o zurrones de añil. Ante la

escasez de rentas, la única respuesta de Caracas fue producir papel moneda y, en consecuencia, los productores de las provincias prefirieron no hacer negocios con la capital para no recibir papeles sin valor.

La arroba de carne que valía cuatro reales de plata subió hasta 48 de papel. El descontento se generalizaba y pocos días antes de la declaración de la independencia —el 1 de julio de 1811— el Gobierno dictaba un reglamento para la Libertad de Prensa que en su artículo 8 prohibía «los escritos subversivos del sistema adoptado y establecido en Venezuela, el cual consiste principalmente en su libertad o independencia de cualquier otra potencia o soberanía situada fuera de su territorio»; y que añadía que «los autores, editores e impresores que publicaran escritos contrarios al sistema de Venezuela, indicado en el artículo 8, serán castigados con el último suplicio».

Como era de esperar, con las discusiones para elaborar la Constitución Política del Estado naciente, se avinieron también las iniciativas separatistas de cada provincia. El territorio unido bajo el dominio español, bajo el nombre de Capitanía General de Venezuela, daba lugar ahora a que los odios y rivalidades entre las ciudades y regiones emergieran de manera violenta, por lo que cada una quería constituir un Estado soberano e independiente. A esto se sumaba el descontento por el manejo republicano de las finanzas públicas, ahora en manos de políticos, filósofos y filántropos, que poco o nada conocían del manejo económico de un país. Bolívar fue entonces insultado por los delegados del interior con el calificativo de «caraqueño» y Miranda con el apelativo de «extranjero».

En la ciudad de Valencia estalló un motín contra el Gobierno republicano. Españoles, pardos y negros se levantaron al grito de «¡Viva Fernando VII! ¡Viva la religión católica! ¡Muera la Independencia!».

Ante la ausencia de mandos preparados para la contienda, el Gobierno nombró al propio Miranda como generalísimo de los ejércitos de la República. Cuando el famoso general recibió a los ejércitos bajo su mando, no vio otra cosa que un populacho de hombres mal armados y sin la mínima marcialidad. Entonces preguntó sin ambages a un funcionario que estaba a su lado dónde estaban los ejércitos que un general de prestigio podía llevar a la batalla sin comprometer su dignidad. Por ello la opción de Miranda fue clara y directa, prefirió a militares extranjeros contratados por el Gobierno, por encima de los patriotas venezolanos que carecían de capacidades académicas para la guerra. El propio Bolívar fue rechazado por él para una jefatura, a pesar de ser formalmente coronel del Regimiento de las Milicias de Aragua, grado que en realidad le venía por estirpe y no por eminentes méritos.

Miranda logró la recuperación de Valencia; este logro militar lo catapultó en imagen y liderazgo, pero por primera vez se vio también el derramamiento de sangre venezolana. Rendidos los rebeldes por falta de víveres y de agua, fueron acribillados por las tropas republicanas. Doce realistas —fieles al rey de España— presos en las cárceles de Caracas fueron fusilados, sus cuerpos decapitados y las cabezas colocadas en jaulas sobre postes en los caminos hacia la ciudad. Eran escarmientos para asegurar la independencia y la república, eran ejecuciones de vecinos honestos y notables, era la primera sangre perdida en una guerra fratricida que apenas despertaba a la luz.

El 21 de diciembre de 1811, el Congreso promulgó una Constitución federalista que no dejó contenta a ninguna de las facciones en disputa. Las consecuencias eran previsibles. Ahora —para Bolívar y Miranda— los peligros del federalismo demandaban rigor contra los conspiradores y la pena de muerte contra los americanos y españoles realistas, que ahora preparaban la contrarrevolución en Coro y Maracaibo.

Bolívar alzaba ahora la bandera de la mano dura y la anticipación. Lamentablemente para Venezuela, Bolívar, Miranda y la Sociedad Patriótica habían enarbolado primero la bandera de la

imprevisión.

El calvario de Puerto Cabello

El mundo tembló y la sacudida resquebrajó el país en pocos minutos. Cuando los supervivientes vieron de nuevo sus calles y plazas, se encontraron con fachadas derruidas, balcones en el suelo y edificios en ruinas. Entonces apareció una figura emergida entre los escombros, era un joven ligero en mangas de camisa que afanosamente trataba de auxiliar a los hombres, mujeres y niños sepultados bajo el desastre. Era Simón Bolívar con el rostro enrojecido por el esfuerzo y los cabellos ensortijados cubiertos de polvo. Ahí, en medio de aquel infierno, lanzó su mirada encendida y, como enajenado, espetó: «Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». El terremoto se produjo el 26 de marzo de 1812, pero antes ya se movían incontenibles los acontecimientos.

A finales de 1811 e inicios de 1812 desembarcó en las costas occidentales de Venezuela un contingente de soldados españoles y cuatro oficiales de Santo Domingo para ponerse a las órdenes del general Ceballos. En realidad todo el occidente del país era contrario a la república. Para las clases populares, el rey tenía una imagen protectora frente a los oligarcas criollos y para los propios criollos de aquellas regiones, quienes gobernaban Venezuela imprimían papel moneda sin valor, generaban desbordamientos populares y controlaban el orden público con un sistema de terror. Entre aquellos oficiales españoles que llegaron a Venezuela, estaba Domingo de Monteverde.

La República se hallaba entonces en el más completo desorden y en la lucha de facciones. La represión a todo aquel que fuera denunciado como traidor iba en aumento con groseras injusticias contra hombres de bien que terminaban engrilletados o fusilados. El general Ceballos decidió enviar a Monteverde con 264 hombres en ayuda y defensa de Siquisique, cuya población reclamaba la presencia del ejército realista.

El 17 de marzo de 1812, Siquisique izó la bandera real y recibió a Monteverde con vítores de algarabía y redoble de campanas. Lejos de obedecer las órdenes de Ceballos y de sólo resguardar el pueblo, Monteverde desató la contrarrevolución española. El oficial español fue incorporando combatientes a su paso por cada pueblo y ciudad. Una vez tomada Carora, se le permitió a la soldadesca el saqueo de la ciudad y esta sería una de las razones que aplicaría Monteverde a lo largo de su campaña, valiéndose del rencor del pueblo llano contra los criollos terratenientes.

Entonces sucedió el terremoto. La iglesia de La Trinidad, aquella iniciada por Pedro Ponte y acabada de construir por la familia Bolívar el año que nació Simoncito, quedó reducida a sus cimientos. El terremoto se produjo el Jueves Santo de 1812, así como había sido un Jueves Santo de 1810 cuando se instaló la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, que dio lugar a la independencia y a la República. Ante esta coincidencia, afloraron de inmediato las creencias del pueblo; el terremoto fue asumido como un castigo divino por la instauración en Caracas de un Gobierno impío y ateo, que había ido contra el soberano reconocido por Dios. De hecho, el terremoto le sumó fuerza y mística a la contrarrevolución de Monteverde.

En abril de 1812 el Gobierno otorgó poderes dictatoriales al Concejo Ejecutivo de los Tres. La situación se iba haciendo desesperada ante un Monteverde que avanzaba sin freno. Ante el posible descalabro del Gobierno, la opinión general se orientaba hacia quien hasta la fecha había conducido oportunamente al ejército. Así, Francisco Miranda recibió plenos poderes bajo el título de generalísimo, con la esperanza de recobrar todo el terreno perdido por la República desde la

declaración de la independencia.

Monteverde tomó Barquisimeto y recobró Valencia, la que lo recibió con miles de aclamaciones. Miranda no tenía cómo defender sus posiciones y se retiró a La Victoria, a 60 leguas de Caracas. Las fuerzas de Monteverde también habían menguado por los ataques del ejército republicano. En un acto de arrojo casi suicida y sin refuerzos, Monteverde se lanzó al ataque de La Victoria para acabar con los ejércitos de Miranda. En realidad, cualquiera de los dos podía abandonar su causa o ganarla por un golpe de suerte; era casi un juego de póquer en el que cada uno fingía tener las mejores cartas.



Fernando VII cautivo. Durante este período, su imagen pública fue utilizada en América por republicanos y monarquistas por igual.

Y fue el caraqueño quien se quebró primero. La decisión de capitular y firmar un armisticio fue cuajándose lentamente en su voluntad. Vió el derramamiento de sangre de compatriotas y peninsulares, y cómo él mismo había contribuido directamente a ello. Supo de los abusos de José Félix Ribas, quien confiscó los bienes de españoles y hasta de mantuanos inocentes como gobernador a cargo de Caracas y cómo los sometió a todos a los grilletes. Pero otro factor se anidó en su ánimo: era conocedor de la Constitución liberal de 1812, y tuvo expectativas en ella para fundar una relación igualitaria entre España y sus colonias.

Sin embargo, dichas razones no habrían sido suficientes, había en Miranda un profundo desengaño y hasta un evidente desprecio por sus compatriotas; él se había convertido en una suerte de estadista inglés o francés, en medio de una corte de aldeanos americanos. Para él, aquellos criollos no podían gobernarse a sí mismos, sólo los veía capaces para el caos, la traición y la incontrolable guerra civil. Ya tenía la decisión tomada, sólo le faltaba el pretexto para devolverle a España aquella República por la que él mismo había luchado durante tantos años.

Entonces, encontró el pretexto perfecto en la persona de Bolívar.

Puerto Cabello era una base clave en la defensa del gobierno republicano, era depósito de municiones y de víveres para la tropa, así como uno de los dos puertos de conexión con el extranjero. Es más, Monteverde se hallaba encerrado entre La Victoria y Puerto Cabello, lo cual había puesto a

la contrarrevolución realista en una grave desventaja estratégica.

El 30 de junio de 1812, el castillo de San Felipe en Puerto Cabello disparó un cañonazo, se enarboló la bandera roja realista y se convocó un cabildo para apresar a Bolívar. Fueron las propias fuerzas republicanas las que, conjuntamente con los españoles presos y liberados, retomaron la fidelidad al rey. Bolívar se confinó entonces en el cuartel de Milicias en la ciudad.

A las tres de la madrugada del primero de julio, la ciudad era bombardeada por los traidores apertrechados en el castillo. Bolívar informa entonces de los acontecimientos a Miranda y le solicita que ataque inmediatamente al enemigo por la retaguardia. Nunca sucedería. Al día siguiente y varios días después, Bolívar vio cómo desertaban sus hombres, que se pasaban al bando contrario sin pestañear. El día 6 perdió la plaza, y salvó la vida con su plana mayor, sintiendose responsable, aunque no culpable. El día 12 le escribe a Miranda:

> ¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma y escribir a usted habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado […] Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar.

Dos días después, un Bolívar igual de desgraciado añade:

> Después de haber perdido la última y mejor plaza de estado, ¿cómo no he de estar apocado, mi general? ¡De gracia no me obligue Ud. a verle la cara! ¡Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta!

Miranda contestó refiriéndose al primer informe sobre la pérdida de Puerto Cabello:

> Mi querido Bolívar: Por su oficio de 1.° del corriente me he impuesto del extraordinario suceso ocurrido en el castillo de San Felipe. Esto hace conocer a los hombres. Espero con ansia nuevo aviso de usted, y mañana le escribiré con más extensión.

Pero Miranda ya estaba en plenas negociaciones para suscribir su capitulación ante Monteverde. Éste recibió —lleno de satisfacción— la entrega de Venezuela cuando ya se sentía derrotado. La amnistía se firmó el 25 de julio y se circunscribía a los territorios aún no ocupados por las fuerzas realistas; Venezuela sacaría partido de los beneficios aprobados por las Cortes y se respetarían las personas y los bienes de los miembros de la República derrocada. Miranda se dirigió a Caracas para informar al ayuntamiento sobre la firma de la capitulación; no se había hecho pública la noticia, pero iba de boca en boca.

De manera confidencial, Miranda salió hacia el puerto de La Guaira, donde la corbeta Shapphire que lo llevaría a Curazao lo esperaba con su equipaje de libros y mapas, lista para zarpar de inmediato. Miranda, con su indolencia acostumbrada y poniendo su estatus por encima de todo, decidió pasar la noche en el puerto.

Aquella noche se produjo uno de los hechos más contradictorios de la independencia americana. Eran las tres de la madrugada, las voces resonaron junto al lecho de Miranda, tres figuras estaban a su lado, en pie y en la penumbra. Se le ordenó que se vistiera. Miranda se puso algo encima y levantó una linterna de mano a la altura de su cabeza. Ahí, en medio del contraste entre la luz amarilla y la oscuridad de la noche, se dibujaron inconfundibles los ángulos precisos, las cejas y los bigotes

finamente recortados del rostro de Simón Bolívar.

A Miranda le bastó un segundo para inmortalizar su opinión irreductible sobre aquellos españoles americanos: «Bochinche, bochinche —dijo con voz lánguida e indiferente—, esta gente no sabe hacer sino bochinche».

De la admiración a la traición

¿Por qué Simón Bolívar entregó a Francisco de Miranda? Desde aquel acontecimiento se contaron múltiples versiones que lo exculpan, lo justifican o simplemente lo ponen a la altura de un judas.

Tras la capitulación y la firma del armisticio, Monteverde incumplió sus términos iniciando una interminable persecución de los republicanos bajo la premisa antijurídica de que el armisticio no era válido para los traidores al rey. En medio de aquellos hechos, Monteverde entregó a Bolívar un pasaporte para su salida hacia países extranjeros, uno de los pocos otorgados por el nuevo dictador.

No existe ningún motivo para restarle valor a la carta del propio Monteverde dirigida al Gobierno español. Dicho documento está fechado el mismo 26 de agosto, día que expide el pasaporte. En ella escribe con prolijidad:

> Los que fueron contagiados, pero de algún modo obraron opuestamente a la maligna intención de los facciosos, deben ser perdonados de su extravío y aún tenerse en consideración sus acciones, según la utilidad que haya resultado de ellas al servicio de S. M. En esta clase se hallan Manuel María de las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar. Casas y Peña eran los que estaban encargados del gobierno de La Guaira […] Casas con el consejo de Peña y por medio de Bolívar había puesto en prisiones a Miranda […] Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas, ni de Bolívar y Peña, y en virtud no se han tocado sus personas, dando solamente al segundo sus pasaportes para países extranjeros, pues su influencia y conexiones pueden ser peligrosas en estas circunstancias.

El último extremo del documento suena a fórmula de rigor; si se hubiera temido sobre la posterior conducta de Bolívar, jamás se le habrían dado los pasaportes. Francisco Iturbe realizó las gestiones formales ante Monteverde y este creyó firmemente que podía contar con un Bolívar traidor y acabado para la revolución americana. También es verdad que la entrega de Miranda no obedeció a un acuerdo previo de Bolívar, Casas y Peña con Monteverde. Simplemente los tres prendieron al héroe de la revolución. ¿Por qué?

Bolívar respondería a esa pregunta a lo largo de su vida, incluso lo haría espontáneamente desde el fondo de su conciencia. Bedford H. Wilson, su secretario, diría en 1833 que «hasta la última hora de su vida [Bolívar] se gozó de aquel suceso, que siempre afirmaba haber sido acto exclusivo suyo para castigar la conducta traicionera de Miranda al capitular a fuerzas inferiores e intentar después embarcarse sabiendo que no se respetaría la capitulación».

De acuerdo con aquella versión, se supone entonces que Bolívar quiso castigar la traición de Miranda por capitular ante fuerzas inferiores. ¿Podemos creer en esta afirmación? En realidad consideramos que sí quiso castigar a Miranda y lo consideró un traidor, pero no por capitular ante Monteverde. De hecho, en aquel entonces nadie habría visto más poderosos a los realistas que el propio Bolívar, que venía con el ánimo desangrado por perder Puerto Cabello pocos días atrás. De

hecho, en julio de 1812 no podía conocer las reales fuerzas de Monteverde. Entonces, ¿en qué sentido sería Miranda un traidor?

En realidad el futuro Libertador debió haber visto en Francisco de Miranda a un traidor a la causa libertaria más radical, aquella que ambos habían defendido desde la Sociedad Patriótica y hasta la declaración de la independencia. Miranda había rendido sus propios principios y, con su captura, Bolívar quiso castigar la cabeza del entreguismo. Esto puede ser cierto, ¿pero es suficiente para explicar la entrega de Miranda?

El Libertador dice que Miranda quiso embarcarse sabiendo que no se respetaría la capitulación y por ello lo prendió. Esto no tiene sentido; el mismo barco que llevaba las pertenencias de Miranda también cargaba con los bienes de Bolívar; si este podía salir del país, ¿por qué no el otro?

Todo es realmente insuficiente para entender a Bolívar. En verdad el futuro Libertador habría tenido razones mucho más oscuras. Descartemos que su actuación buscara gozar de la indulgencia de Monteverde; los pasaportes fueron obtenidos después con la habilidad de Iturbe valiéndose de su entrega. Entonces, ¿Qué pasó dentro del alma de Bolívar para que entregara a España a quien era un símbolo de Venezuela?

Definitivamente Miranda no merecía la captura y el encarcelamiento, y Bolívar lo sabía. Aún bajo la premisa de que hubiera sido un traidor a la causa independentista, Miranda ya era un héroe en vida, había luchado por Venezuela y por la libertad de América. Si alguien estaba moralmente autorizado para cerrar el capítulo de aquella República inmadura, ese era precisamente Miranda.



Castillo de San Felipe en Puerto Cabello, donde estuvo preso Miranda.



Miranda en la carraca, de Arturo Michelena (1896). Galería de Arte Nacional, Caracas, Venezuela. La imagen lo representa en el calabozo del Penal de las Cuatro Torres en San Fernando, donde falleció de apoplejía, mientras planeaba su fuga, el 14 de julio de 1816.

Pero este había favorecido que Bolívar recordara muchas cosas, había hecho que afloraran en él emociones perdidas, lo había hecho sentirse americano y criollo entre los propios americanos. Bolívar, quien se sentía superior por su abolengo y por su formación europea, que había buscado en América la gloria que las cortes europeas jamás podrían darle, se había convertido ahora, y por Miranda, en un pequeño americano sin futuro.

Con él al mando, el futuro Libertador de América supo que jamás se convertiría en cabeza de la revolución y en el héroe de la nación. Miranda, con su soberbia, había llegado hasta los cielos de la política venezolana y de los ejércitos del país; en cambio, Bolívar se había sumido en una derrota que le marcaría por siempre. Las palabras que Bolívar decía de sí mismo en las cartas a Miranda tras la pérdida de Puerto Cabello, eran las que en su fuero interno creía brotaban de la mente del generalísimo.

Como consecuencia, Bolívar, que había convertido el hambre de gloria en el motivo de su vida, había quedado vacío de esperanzas ante el liderazgo de Miranda. Él, que lo había traído a Venezuela para crecer a su sombra, había sido eclipsado bajo la copa de aquel árbol demasiado grande.

Si Bolívar —con Puerto Cabello— le dio a Miranda el pretexto para la capitulación, Miranda —con la capitulación— le dio a Bolívar el pretexto para su traición. Una traición producto de un deseo desordenado y brutal por abrazar la gloria.

Al fin, Bolívar le ofreció a Monteverde su regreso a Europa para ponerse a los servicios militares de Wellington, lo cual le serviría de puente para volver a las órdenes de la Corona española. Esto fue lo que dijo y lo que prometió ¿realmente lo creyó? Puede que sí, es posible que en medio de su desconcierto interior se fraguase en él esta mentira. Como si por un instante pudiese dar marcha atrás en su vida y llegar a la gloria tan deseada del brazo de Fernando VII y del triunfante Monteverde.

Bolívar acabó en Curazao con un grupo de exiliados caraqueños. Con quien nunca más ya podrá contar será con su hermano Juan Vicente. Un año atrás, cuando este volvía de sus dilatadas gestiones ante el Gobierno de los Estados Unidos —como jefe de la representación diplomática de la Junta—, naufragó y perdió la vida. Nunca sabremos si la conducta de Bolívar respecto a Miranda habría sido otra si hubiese tenido a alguien de su fuero familiar para ponderar hechos y tomar decisiones.

Pero con la muerte de Juan Vicente, surgía también el asunto de su herencia. Simón Bolívar no podía acceder a dicha fortuna —mucho más cuantiosa que la propia—, pues jurídicamente debía escoger entre dicho vínculo y la fortuna heredada del padre Aristeguieta, de la que además se había convertido en ilegítimo poseedor al rebelarse contra la autoridad del rey de España.

En la práctica, Bolívar mantuvo la heredad que ya poseía y tomó la heredad de su hermano en administración. Este era el comienzo en la vida del Libertador, de una tensa relación con la Ley y con quien la represente; y de su frustración al tratar de imponer sus conceptos legislativos.

Monteverde, con mil ardides y sin otra justificación que no fuera la persecución política y la ambición de riquezas, encarceló a más de setecientas personas vinculadas con la República y decomisó todos sus bienes. La alarma y el terror se generalizaron en medio del creciente desprestigio de Monteverde. Entonces, este confiscó también los bienes y rentas de Bolívar, tanto las propias como la opulenta herencia de Juan Vicente.

Esperanza en Nueva Granada

> Yo soy, granadino, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados […] A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada la reconquista de Caracas.
>
> Cartagena de Indias. Fecha, 15 de diciembre de 1812
> Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño

Transcurrieron sólo cuatro meses desde aquella entrevista en la que Bolívar, con Monteverde e Iturbe al frente, recibía los pasaportes para su salida de Venezuela. En aquel momento, el documento conocido ahora como el Manifiesto de Cartagena, habría sido imposible de imaginar.

El futuro Libertador, afincado en Curazao, no sólo sufrió penurias económicas y materiales, sino que dejó reposar sus principios ideológicos, maceró sus ideas políticas y sus convicciones ideológicas. De manera nítida y escrupulosa, revisó sus días, sus campañas militares, los enormes errores cometidos y sus pocos aciertos. Entonces, creyó ver clara y limpia la oportunidad que la situación le ofrecía.

Venezuela había formado parte del Virreinato de Nueva Granada hasta que los Borbones la separaron y crearon una intendencia independiente en 1776. Nueva Granada había sufrido un caos similar al de Venezuela y Antonio Nariño había tomado el poder de manera autocrática, aunque siempre bajo la imagen de Fernando VII. Las ciudades granadinas estaban divididas a favor de la causa realista o la causa republicana. Mientras Santa Marta enarbolaba su fidelidad al rey, Cartagena, en el extremo opuesto, se había declarado independiente de España y hasta de Nueva Granada.

Los ejércitos realistas de Santa Marta, insuflados de valor por los triunfos de Monteverde, bloquearon Cartagena. La capacidad de respuesta de los republicanos era mínima y el escenario era más que propicio para un Bolívar que trataba de volver a la escena militar y política. Junto con José Félix Ribas, el coronel español Manuel Cortés Campomares y cinco notables venezolanos más, llegó a Cartagena para ponerse al servicio de la ciudad.

Fueron bien recibidos por el francés Labatut, quien desempeñaba el cargo de jefe militar; todos, menos Bolívar. Labatut era amigo de Miranda y lo tenía por un felón, así que, forzado a acogerlo por el mando político, no dudó en enviarlo al lejano pueblo de Barrancas. En teoría, el caraqueño quedaba fuera de las acciones contra Santa Marta, sin embargo él ya tenía un plan preconcebido.

Antes de partir a lo que sería su primera gran campaña revolucionaria, Bolívar se consagra como ideólogo y político. Su Manifiesto de Cartagena marcará un hito en su madurez personal y política, en él expresa la necesidad de romper las bases realistas como única alternativa de lograr la independencia americana. La reconquista de Caracas, dice, parecerá «inconducente, costosa y quizá impracticable […] pero es imposible desconocer su necesidad». Pero su discurso va más allá: establece un conflicto entre americanos e hispanos, mencionando como parte de las causas de la debacle venezolana «una entupida indulgencia para con los ingratos y pérfidos españoles». A partir de ahora, la guerra ya no sería entre realistas y republicanos; Bolívar estaba creando un artificio que

ha perdurado en España y las Américas hasta el siglo xxi: que la guerra de independencia fue una guerra entre americanos y españoles, y no una guerra civil entre americanos contra americanos y españoles contra españoles.

En definitiva, Bolívar trazó en su Manifiesto las líneas maestras de su pragmatismo político y los cimientos de su pensamiento autocrático. Se refiere a «ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados». ¿Qué tipo de líderes esperaba entonces Bolívar? Estaba claro que bajo sus críticas estaba también Miranda, quien había elaborado una Constitución Política para Venezuela, con utópicos incas y curacas al mando. ¿Qué deseaba Bolívar? Sin duda la escisión de España, pero bajo un liderazgo fuerte y unificado, patriótico pero autocrático. Un liderazgo único que llenara de gloria a un solo hombre.

El Libertador hizo entonces del pueblecito de Barrancas su base militar, entrenó a la población obteniendo un contingente de hombres mal armados y peor disciplinados, pero eficientes. Desobedeció entonces las órdenes de Labatut, y con 200 hombres se dirigió a Tenerife para expulsar a los realistas del Alto Magdalena y tener acceso a las provincias limítrofes con Venezuela.

El 23 de diciembre se dio la batalla. Feroces y sangrientos, los hombres de Bolívar sitiaron las defensas de la ciudad y tomaron la plaza obteniendo embarcaciones y piezas de artillería. En Mompox fue recibido con algarabía por la población y obtuvo refuerzos que elevaban su número de efectivos a casi quinientos. Cuando se esperaba que consolidara sus posiciones, se internó por sorpresa por el interior y el primero de enero de 1813 atacó Chiriguano. Bolívar ya tenía una fuerza respetable. Volviendo al Magdalena y siguiendo su campaña relámpago, se apoderó de Talamaleque para, finalmente, ser recibido en Ocaña como un héroe y con la ciudad engalanada. Aquí instaló Bolívar su cuartel general.

En Cartagena el entusiasmo fue general y absoluto; las protestas de Labatut, quien bregaba por llevar a Bolívar a consejo de guerra por desobediencia, eran ignoradas. En treinta días, a Bolívar le había cambiado la fisonomía de la guerra interna. Pero ¿qué había cambiado? En realidad estaba aplicando la estrategia veloz, sorpresiva y sangrienta que vio desarrollar a Monteverde en Venezuela. Pero mientras Monteverde actuó improvisadamente, él atacó con planificación; y si Monteverde se había desgastado en varios frentes a la vez, él había actuado focalizando sus fuerzas. Bolívar había resultado ser un alumno aplicado.

A finales de enero, Bolívar supo de los planes de Monteverde para recuperar Nueva Granada para el Imperio español. Lejos de resultar una amenaza, esta era una ocasión inmejorable para obtener la decisión de los granadinos de unirse a Venezuela para su liberación. Decía Bolívar: «La suerte de Nueva Granada está íntimamente ligada a la de Venezuela». Como no tenía autorización para ingresar en territorio venezolano con ejércitos granadinos, esperó la solicitud de auxilio de alguna provincia granadina.

El 8 de febrero le llegó la autorización para actuar en defensa de Pamplona y en apoyo del coronel Castillo.

Con 400 hombres, Bolívar atacó a los realistas de San José de Cúcuta. Con su triunfo militar vino el saqueo, algo más al estilo de Monteverde. En realidad, ni a Monteverde ni a él les interesaba el ominoso aprovechamiento de los bienes ajenos, pero se trataba de gratificar a la soldadesca, de evitar deserciones y de aceptar que la guerra para aquella gente de pueblo era más una forma de ganarse la vida que un tema de convicciones. Las tiendas, comercios y negocios fueron tomados sólo por el hecho de pertenecer a españoles, o a quien pareciera serlo. Bolívar estaba ahora a las puertas

de Venezuela.

Bolívar fue nombrado ciudadano de Nueva Granada y brigadier general del Ejército de la Unión. Ahora tenía un ejército de 1.000 hombres mejor entrenados, vestidos y con experiencia militar. Escribió al presidente del Congreso: «Ya tiene Vuestra Excelencia terminada la campaña de Cúcuta y liberada una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la asolaban. Ahora sólo nos resta vencer a los opresores de Venezuela».

Bolívar recibió el 7 de mayo de 1813 la autorización para liberar las provincias venezolanas de Mérida y Trujillo, bajo el compromiso de jurar fidelidad a Nueva Granada y de restituir en Venezuela a aquellas autoridades destituidas por Monteverde. Simón Bolívar se enfrentaba a su reto mayor: liberar a su patria con un ejército de 700 efectivos. Era una fuerza exigua si se tienen en cuenta los 6.000 hombres con que contaba Monteverde.

3

Revolución: gloria y horrores

La Guerra a Muerte

Las calles de Caracas estaban engalanadas de guirnaldas. Coronas de flores, ramas de laurel y olivo pendían de balcones y portales. En la recepción, doce bellas doncellas vestidas con túnicas y vestidos con los colores de la República esperaban al Libertador. Es el 6 de agosto de 1813 y un Simón Bolívar de treinta años llega a Caracas en su mayor momento de gloria. Las aclamaciones de miles de personas se mezclan y confunden con el repique de las campanas y los festivos disparos de artillería. Las cárceles se han abierto y republicanos presos salen macilentos y enjutos de las mazmorras. Un carro al estilo romano lleva a Bolívar a la Casa de la Municipalidad para las ceremonias. Ahí las hermosas caraqueñas coronan al Libertador con laurel, y en ese momento Bolívar debió de recordar su juramento en Monte Sacro y tal vez la coronación de Napoleón.

En tres meses Bolívar había doblegado con audacia inaudita las fuerzas de Monteverde. Su determinación lo hizo pasar por encima de la autorización dada por el Congreso de Nueva Granada y de la opinión de sus lugartenientes. El coronel Castillo fue el primero en oponerse altanero a la invasión de Venezuela. Bolívar no lo olvidó y se volverían a encontrar. El mando recayó entonces en el joven sargento granadino Francisco de Paula Santander. Este informó a Bolívar del mal estado de las tropas y de una posible deserción general, ante lo que el Libertador fue más que directo: «No hay alternativa —le dijo—, o me fusila usted o lo fusilo yo».



Francico de Paula Santander (1792-1840), llamado *El Hombre de las leyes*. Fue estadista, militar y político; fue prócer de la Independencia de Colombia y héroe de la batalla de Boyacá.

La situación se había vuelto ambivalente: la libertad se confundía con anarquía; la República, con desgobierno, y el respeto a los derechos del individuo, con el desorden social. Cuando la ciudad de Mérida vio la retirada del coronel realista Correa, su población se apuró en proclamar su independencia de España nada menos que bajo el mando de un español. Se trataba de Vicente Campos Elías: «Yo destruiría a todos los españoles -solía decir- y luego me suicidaría para que no quedase uno solo de esta maldita raza».

Esta misma filosofía de muerte la aplicó Bolívar en su campaña. Era plenamente consciente de lo limitadas que eran sus fuerzas militares, pero pensó que los pueblos se sumarían a su causa y que la dispersión de los ejércitos de Monteverde, distribuidos en diversos pueblos, jugaría a su favor. También sabía que columnas y ejércitos enteros podían pasarse de un lado al otro sólo para ir con el ganador, y este era un factor que siempre iba en contra de uno de los bandos. Para Bolívar, este fue el momento de inclinar aquella situación en su beneficio.

En diversas localidades de Venezuela, los mandos españoles habían actuado de manera sangrienta contra las familias criollas, tomando y saqueando casas y haciendas. Hombres y mujeres muertos y cruelmente mutilados habían sido el resultado de actos criminales no autorizados por los jefes y superiores peninsulares. Bolívar implementó una política similar justificando su conducta en el desarrollo de la conciencia americana, y haciendo suyas las ideas del oficial radical Antonio Briceño respecto del Proyecto de Guerra a Muerte.

El espíritu de dicho proyecto era el de «destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos», pero limitándose a los peninsulares alzados contra la República. Sin embargo, en la práctica se trataba de una guerra de exterminio; era obvio que en el fragor de la ocupación de villas y ciudades, el ataque a los españoles —sólo por el hecho de ser españoles— no diferenciaría a los alzados en armas de los pacíficos lugareños. El objetivo del decreto de Trujillo del 15 de junio de 1813 fue doble: el amedrentamiento a los peninsulares y el apoyo decidido a los criollos. El texto de

Bolívar en su decreto de Guerra a Muerte marcaba para siempre su estrategia ideológica y militar: zanjar para siempre la diferencia entre España y América, cortar los vínculos ancestrales entre unos y otros.

> Españoles y canarios —decía— contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables […] sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos […] Contad con la inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades; el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia.

El propósito era evidente, oficializaba una política injustificable de exterminio. Monteverde, sorprendido ante el avance de Bolívar, se quedó paralizado en Caracas para escapar luego hacia Valencia. Don Manuel Fierro, quien estaba al mando de Caracas, envió una misión de paz para negociar un armisticio con el Libertador. El propio Francisco Iturbe, quien había apoyado a Bolívar un año atrás ante Monteverde, fue parte de la comisión española que buscó salvar la vida y propiedades de los peninsulares residentes en Caracas.

Los abusos de los ejércitos republicanos se multiplicaron excediendo el decreto de Bolívar. Los subalternos consideraban que aumentaban sus méritos mientras más españoles asesinaban, fueran o no parte de la conflagración. Ningún armisticio podía ser confiable y el país estaba dividido. Maracaibo, Puerto Cabello y Coro seguían siendo realistas; mientras que en el frente oriental —gracias a sus dotes militares y a su carisma— don Santiago Mariño había logrado un control republicano sobre Cumaná y Barcelona, que competía con el liderazgo de Bolívar.

Pero con respecto a Mariño, además de competir en ego y caudillismo, Bolívar tenía sus propias razones para sentirse contrariado. Él quería establecer un solo centro de poder para todas las provincias de Venezuela. En cambio, para Mariño —rico propietario de haciendas en la isla de Margarita y del oriente—, toda petición militar de Bolívar no era más que un ardid para subyugarlo.

Para Bolívar, Mariño estaba formando una nación distinta cuando su objetivo era formar una sola integrando a toda Nueva Granada. Para Mariño, Bolívar estaba formando una nación solo para sí.

Al acercarse Bolívar a Caracas, mientras las familias criollas se engalanaban para recibirlo, cundió entre la población española la noticia de la llegada de 17.000 hombres al mando del sanguinario líder. Las familias de españoles o de ascendencia peninsular salieron huyendo ante la muerte que se acercaba a la capital, los hogares se desintegraban si en ellos convivían españoles y criollos. Hombres y mujeres salieron dejando sus negocios, comercios y casas; treparon a pie los cerros bajo el sol ardiente y llegaron desfallecidos a La Guaira para tratar de embarcarse en el primer transporte y aglutinarse en las pocas canoas disponibles. Muchos de los que no pudieron huir fueron brutalmente asesinados o encerrados en cárceles y en bóvedas inhumanas. El gran delito cometido por ellos era ser españoles y no haber colaborado con la República.

Bajo la sobria arquitectura del convento de San Francisco, las autoridades municipales y las altas personalidades de Caracas entregaron a Bolívar un acta profusamente firmada que le confirió la autoridad suprema de la nación, y se le otorgó el histórico título de Libertador: «Título —dijo Bolívar emocionado— más glorioso y satisfactorio para mí, que el cetro de todos los Imperios de la tierra». De nuevo debió de recordar Bolívar en ese momento la gloria de Napoleón; de otro modo no se comprende que aludiera a «Imperios», cuando él luchaba con denuedo para abolirlos.

El flagelo de Boves

El 14 de agosto de 1813, Bolívar escribió desde Caracas al Congreso de Nueva Granada, informando de que en las ciudades de Valencia, Guayos, Guácara, San Joaquín, Maracay, Turmero, San Mateo y La Victoria, todos los europeos y canarios, casi sin excepción, habían sido pasados por las armas. El decreto de la Guerra a Muerte había puesto a los soldados republicanos en la categoría de fieras y carniceros. Como consecuencia, inocentes ancianos españoles eran decapitados y sus cabezas colocadas en jaulas a la entrada de los pueblos; las damas hispanas habían sido violadas y masacradas y sus niños, sacrificados. En ese contexto, apareció la figura de José Tomas Boves.

Boves era natural de Oviedo y de familia humilde. Con grandes esfuerzos de una madre viuda, Boves se hizo piloto mercante y luego piloto de la Marina Real. Por aparentes líos de disciplina, terminó a la cabeza de un negocio de caballos y mulas en la ciudad de Calabozo, en los llanos venezolanos. Ahí nació su fama de hombre rudo y honesto, reconocido con el apelativo de Taita.

A finales de 1812, el republicano Escalona entró en Calabozo para reclutar hombres. Los soldados requirieron a Boves para que se alistase, a lo que el español se negó. Fue engrilletado en una mazmorra y abofeteado por el propio Escalona, mientras los republicanos incendiaban su negocio y saqueaban las casas de los españoles. Al fin libre, Boves puso sus servicios y su sed de venganza a la orden de Monteverde.

Nombrado Boves capitán de caballería, se le encomendó conformar un escuadrón de lanceros. El fiero español de barba rojiza apeló entonces a los odios ancestrales. Independencia y república eran palabras sin significado para los hombres del llano, no así su odio de razas, visceral y concreto, contra los mantuanos. «¡Guerra a los blancos explotadores del pardo y del indio! ¡Las tierras de los blancos para los pardos!», fueron los gritos de guerra que resonaron en las praderas. Miles de llaneros se sumaron en torno al Taita, quien decretó la libertad de los esclavos y, por primera vez en América, pardos y negros recibían cargos en la oficialidad.

El ejército reunido era una hueste infernal de 2.000 jinetes casi salvajes que, bajo el símbolo de una bandera negra, alzaban al viento sus lanzas hechas con barras de hierro arrancadas de las ventanas. El coronel Padrón recibió el encargo de enfrentar a Boves en el cañón de Santa Catalina. El ejército republicano fue rápidamente vencido y todos los hombres rendidos fueron lanceados sin piedad bajo la orden de no dejar un solo republicano vivo. Las fuerzas de Boves tomaron entonces Villa del Cura, iniciando una carnicería nunca antes vista, despedazando sin misericordia a sus pobladores, por el solo hecho de ser republicanos y criollos.

Bolívar no imaginaba la amenaza que se cernía contra la República. No había dejado pasar su hora de gloria sin hacer una conquista femenina. Las damas de Caracas veían en Bolívar al apuesto Libertador y al héroe venezolano. Una de las ninfas que lo coronó de laureles se hizo su amante; era Josefina Machado, joven astuta que logró una rápida influencia en el Libertador. Ante la arremetida realista en distintas regiones, Bolívar envió contra Boves a Vicente Campo Elías, que odiaba tanto a los españoles como aquél a los republicanos. El país estaba dividido y la necesidad de unificar fuerzas era urgente, sin embargo Mariño se proclamó Libertador y dictador de Oriente. Luego envió a Bolívar una misión para informarle de que las provincias orientales ya eran libres, y que era hora de discutir con el Libertador de Occidente sobre la estructura política de Venezuela.

Bolívar, por el contrario, prácticamente le rogó a Mariño que le enviara refuerzos para enfrentar las huestes de Boves en los llanos y para bloquear Puerto Cabello, ocupado por las fuerzas realistas. Bolívar pudo tomar Puerto Cabello antes, en lugar de entrar a Caracas, pero la posesión de la capital era el símbolo con el cual él buscaba asegurar su poder y su camino a la gloria. Ahora Bolívar se

encontraba solo ante Puerto Cabello, que había sido fortificado por Monteverde para su defensa.

Al fin el Libertador tomó la decisión, organizó el sitio y atacó durante la noche del 31 de agosto de 1813. Bolívar esperaba su revancha ante Puerto Cabello, pero el desastre fue total; a las cuantiosas pérdidas humanas en la derrota republicana, se sumó la muerte de oficiales de enorme valor.

Bolívar estaba maltrecho, tenía tres problemas graves: la obcecación de Mariño, las fuerzas realistas que se rehacían rápidamente y el pueblo, que estaba en su mayoría a favor del rey de España. Las deserciones republicanas eran el pan de cada día y el Libertador pensó que la única solución era concentrar en sí mismo todo el poder. El 6 de septiembre lanzó una proclama que amenazaba de muerte a todos los americanos que se unieran a los realistas.

Campo Elías encontró a Boves en Mosquiteros y lo derrotó, pero no logró aniquilar sus fuerzas. Boves escapó y entonces le tocó el turno a Campo Elías e hizo ejecutar a los ciudadanos de Calabozo que apoyaron a Boves, ensañándose cruelmente con los americanos capturados en el bando realista.



Simón Bolívar en 1813. En agosto de ese año ingresa en Caracas, en su mayor hora de gloria.

Las batallas se sucedían con éxitos y reveses para ambos bandos. Bolívar le envió múltiples misivas a Mariño para integrar ambas fuerzas, e incluso le manifestó sus deseos de que aquel fuera designado presidente de Venezuela. Pero a Bolívar no le creían cuando decía que se desprendía de poder; se lo veía tan ávido de gloria que ni siendo sincero resultaba creíble.

El 2 de enero de 1814, Simón Bolívar es confirmado Dictador por la Asamblea de San Francisco. Pero era más que nada un cargo nominal; el Libertador estaba cercado por las fuerzas españolas y sólo era cuestión de ver quién atacaría primero, él o Boves. Y el primero fue Boves.

El mes de febrero, Boves y sus 3.300 guerreros se pusieron en marcha hacia el norte; 600 iban con fusiles y los demás con lanzas. Los republicanos al mando de Campo Elías fueron derrotados en La Puerta por Boves, paradójicamente jefes eran ambos españoles. Bolívar se hallaba de nuevo tratando de tomar Puerto Cabello, pero tuvo que dejarlo y avanzó hacia Valencia. El 8 de febrero recibió una comunicación desde La Guaira que lo informaba de que el número de prisioneros españoles ya era preocupante y se temía un motín.

Bolívar llevaba el estigma de sus derrotas en Puerto Cabello, sobre todo de aquella del 2 de julio de 1812 cuando, amotinados, los presos españoles se habían sumado a sus propios soldados empujándolo a su mayor fracaso y a su martirio moral ante Miranda. Entonces pensó o quiso creer que la entrega de Miranda, que la entrega y prisión de aquel paladín de la República habían sido ocasionadas en realidad por aquellos malditos españoles amotinados. Hoy aquellos españoles en La Guaira eran una amenaza, pero, sobre todo, ahora tenía una forma de expiar ante su conciencia la entrega de Miranda.

La orden de ejecución fue dada por Bolívar, una orden que condenaba a muerte a los 800 españoles cautivos o heridos y enfermos internados en hospitales. Eran militares y civiles acusados con o sin pruebas de sedición. Entonces, día tras día, en Caracas se fusiló por la mañana y por la noche, en la plaza pública, en la de San Pablo, en La Trinidad y hasta en el Matadero, con lo que los lugares quedaron cubiertos de sangre y de restos humanos. Por economía se mataba también a machetazos o apuñalando a las víctimas, lo que daba lugar a espectáculos dantescos de sufrimiento y de horror. En La Guaira, los republicanos insultaban y humillaban a los españoles antes de cada ejecución, haciendo llevar a cada preso su haz de leña con el cual sería quemado; otros eran degollados y los más afortunados recibían una enorme roca sobre el cráneo que terminaba con sus suplicios.

En aquellos teatros de la muerte, muchachas americanas vestidas con túnicas blancas, azules y amarillas, bailaban ebrias de júbilo sobre los tristes despojos humanos.

Mientras tanto, una legión de esclavos negros se lanzó sobre Ocumare bajo el grito de «¡Viva Fernando VII!». Los hombres que arrasaron la ciudad eran realistas sin saber lo que era ser realista. Los más indefensos se refugiaron en la iglesia, pero hasta ahí llego la turba; destrozaron la puerta, violaron a las mujeres y las separaron de sus niños. Ni uno quedó vivo, 300 cadáveres de americanos, todos asesinados por el hecho de ser criollos y blancos.

La sangre de la nación

La casa de los Bolívar, la vieja casa-hacienda de San Mateo, se convirtió en el fortín de Bolívar. Su ubicación y accesos eran perfectos para dificultar el ataque de las líneas de Boves entre La Victoria y el lago de Valencia. En febrero de 1814, San Mateo recibió el feroz ataque de las tropas de Boves, pero fueron rechazadas gracias a la inmolación de dos oficiales españoles que luchaban del lado republicano: Villapol y Campo Elías.

La casa quedó destrozada y los campos de cultivo, devastados. Boves atacó de nuevo el 25 de marzo. Bolívar había dejado para la defensa del lugar a 50 patriotas que resguardaban el sitio convertido ahora en polvorín. Al verse rodeados y perdidos, se divulgó que fue el oficial Ricaurte quien finalmente se inmoló haciendo volar la casa con grandes bajas para el ejército de Boves.

Entonces, de repente, apareció Mariño como salvador, como si hubiera esperado el límite de la resistencia de Bolívar para ir en su ayuda. Mariño quería convertirse en el Libertador del Libertador.

Su ejército, sin desgaste alguno, estaba compuesto por 4.000 hombres que en su mayoría iban a caballo. El 31 de marzo se las vio con las fuerzas de Boves en una tenaz batalla que no tuvo un triunfador, ya que ambos lados se quedaron sin municiones. La tensión entre Mariño y Bolivar se mantenía, los hombres del primero empezaron a desertar y Bolívar lo responsabilizó por ello, aunque a él le pasaba lo mismo y tenía además espías realistas en sus propias filas. El 16 de mayo, Bolívar lanzó una proclama que evidenciaba la situación: «La guerra se hace más cruel, y están disipadas las esperanzas de pronta victoria con que os había excitado. Nuestros propios hermanos, unidos por siglos de esclavitud a nuestros tiranos, dilatan, Dios sabe por cuánto tiempo, la época de la libertad».

La única estrategia sensata era la de concentrar todos los efectivos contra Boves. Sin embargo, Bolívar decidió dividir a los ejércitos en tres grupos, quedando Mariño a cargo de La Puerta con 1.700 soldados, 700 jinetes y siete cañones. A mediados de junio, apertrechado en la posición más segura de La Puerta, Mariño vio llegar al mismísimo Bolívar al escenario de la acción. Ambos hombres esperaban consolidar la República para Venezuela.

Boves en persona lideró el ataque contra el flanco derecho de los republicanos, pero estos en lugar de dar lucha, salieron huyendo ante la fiereza intimidante del caudillo español. La infantería republicana bregó con denuedo para remontar las acciones, pero fue inútil. Bolívar y su plana mayor lograron huir. Boves escribió en su informe que «los rebeldes, enemigos de la humanidad, han sido derrotados completamente en La Puerta al mando de los titulados generales Bolívar y Mariño. Tres mil fusiles, 9 piezas de cañón, entre ellas un obús de 9 pulgadas con todo lo demás de guerra cayó en mi poder».

Venezuela era de Boves. Si los dos líderes y Libertadores se hubiesen puesto de acuerdo desde un principio para consolidar juntos la República, otros habrían sido los resultados.

El 9 de julio, Valencia se rindió. Los hombres de Boves asesinaron a sangre fría a 300 soldados republicanos, 60 oficiales y 90 civiles. El propio Boves requisó todos los muebles y enseres de valor de las casas y los depositó en grandes almacenes; luego hizo sacar a los hombres a las afueras, y estos fueron lanceados como a bestias mientras al restallido de su látigo hacía danzar a las viudas con bailes de la tierra. Las lágrimas y la sangre se mezclaron en aquellos espectáculos de orgía y bacanal.

La última reserva de la República era Caracas, pero Bolívar, Ribas y los demás generales decidieron la huida hacia el oriente y el pánico se generalizó en la ciudad.

Ante la inminencia del asalto de Boves y la salida de Bolívar, miles de personas, familias enteras identificadas con la causa republicana, decidieron la fuga. Hordas salvajes y hambrientas de pillaje se acercaban a Caracas. En ese momento la emigración se convirtió en una dramática salida de más de 20.000 personas, un mar de hombres, mujeres, ancianos y niños que dejaban todos sus bienes para tratar de preservar la vida. El hambre, el agotamiento y las enfermedades fueron haciendo presa en ellos. El calvario era mayor por las noches, cuando los grupos a punto de desfallecer eran atacados, los hombres masacrados y las mujeres violentadas.

El 7 de septiembre, Bolívar había publicado el Manifiesto de Carúpano antes de su partida. En él se exculpa de todo lo sucedido, pero finalmente reconoce que no hizo otra cosa que enfrentar y matar a sus propios compatriotas, porque no habían querido renunciar a España.

Entre los que huyeron de Caracas estaba María Antonia, la hermana mayor de Bolívar, que había sido sacada de su casa casi a rastras. Ella, profundamente realista, hubiera querido quedarse con las cinco mil personas que tomaron la tenaz decisión de quedarse en Caracas y si, se diera el caso, morir en sus hogares.

Bolívar y Mariño, por asegurar cada uno su poder, fueron hacia el oriente cuando lo razonable

hubiera sido una retirada ordenada hacía Nueva Granada. Ambos Libertadores se embarcaron abandonando el país, mientras Ribas, Manuel Piar y José Francisco Bermúdez se mantuvieron en la guerra contra Boves y el lugarteniente de este, Francisco Tomas Morales.

El 5 de diciembre de 1814 los republicanos venezolanos se enfrentaron a los realistas en Urica. La derrota fue republicana, pero la causa de los llaneros perdió a su gran líder Boves, quien fue atravesado por una lanza en el corazón. Morales tomó el mando y Ribas fue capturado y ejecutado. La cabeza putrefacta de Ribas, con el sombrero republicano colocado, terminó exhibida en el camino a La Guaira.

Bolívar desembarcó en Cartagena y buscó de inmediato el apoyo del Congreso. El Libertador estaba en falta grave por haber sobrepasado los límites de la autorización dada por Nueva Granada para internarse en Venezuela. Sin embargo, el carisma y la elocuencia de Bolívar se impusieron sobre todos los cuestionamientos a su Guerra a Muerte y los fatídicos resultados de los que se tenía noticia. «¡La América entera está teñida con la sangre americana! ¡Ella era necesaria para lavar una mancha tan envejecida! Es la primera vez que se vierte con honor a este desgraciado continente, siempre teatro de desolaciones pero nunca de libertad» dijo enfático.



Bolívar con treinta años de edad, cuando lanza su Guerra a Muerte contra España y los españoles.

Al final el Congreso lo nombró jefe supremo de las Fuerzas Federales, pero el precio de semejante cargo era anexar al Gobierno republicano nada menos que Santa Fe de Bogotá. Bolívar tendría entonces que reducir a la capital del Virreinato de Nueva Granada, tan católica como hispanófila.

En diciembre de 1814 Bolívar cercó la capital para doblegarla. El obispo de Bogotá excomulgó a Bolívar y a sus oficiales para hacerlos perder arraigo entre la tropa, pero no logró resultado

alguno. Bogotá tenía 2.000 hombres armados y se repartieron puñales a las mujeres. Bolívar insistió en la entrega de la ciudad, pero no lo escucharon. La resistencia se dio calle por calle, pero sin agua ni más posibilidades de defensa, la capital se rindió bajo la promesa de Bolívar de respetar a sus personas y bienes.

Las capitulación firmada por el Libertador se quedó en palabras, el rico barrio de Santa Bárbara fue saqueado, su famoso Observatorio Astronómico, robado y destruido, los españoles, asesinados y sus hijas, ultrajadas.

El Gobierno republicano se trasladó de Tunja a Bogotá. Bolívar fue ascendido a capitán general y recibió entonces el encargo de expulsar a las fuerzas realistas de Santa Marta. Pero muy cerca, en la ciudad de Cartagena, estaba el coronel Castillo, aquel oficial que lo había desobedecido en enero de 1813 y que ahora había publicado un agraviante libelo contra él. El odio era mutuo, pero ese odio se avivaba con el mutuo deseo de poder.



Retrato del general Pablo Morillo, de Horace Vernet (1820-1822). Museo Hermitage, San Petersburgo, Rusia.Destacó en la Guerra de Independencia española en la batalla de Bailén y en la de Puentesampayo, en la que fue encargado de dirigir al ejército que derrotó al mariscal Ney.

Ni Bolívar ni Castillo quisieron atacar Santa Marta por temor a que el otro lo atacase por la retaguardia. Bolívar se decidió finalmente a cambiar todos los planes y sitiar a Castillo en Cartagena. La campaña encargada a Bolívar contra Santa Marta tenía como fin ulterior consolidar las defensas del país contra la llegada de una anunciada pacificación española, pero lo que quería Bolívar era tomar Cartagena, luego Santa Marta y salir con todos los ejércitos posibles hacia Venezuela.

Y mientras Castillo y Bolívar se amenazaban mutuamente, llegó a costas venezolanas, en efecto, el famoso general español Pablo Morillo al mando de 18 barcos de guerra, 42 transportes y 15.000 soldados entre los que figuraban sendos regimientos famosos en las guerras contra Napoleón.

Ante aquello, una guerra civil en la Nueva Granada era suicida, Cartagena no se rendiría a Bolívar y Bolívar jamás se sometería a general alguno. Al final el que tuvo que ceder fue Bolívar; dejó el mando de sus tropas a su primo Florencio Palacios y el mismo día del acuerdo, el 9 de mayo de 1815, se embarcó autoexiliado hacia Jamaica. Era la primera vez que Bolívar sentía el fracaso y el dolor de la derrota, sin haber luchado.

EL GENERALÍSIMO

En Europa, Napoleón había sido derrotado y en España Fernando VII había recuperado el poder. El 4 de mayo de 1814, el rey abolió la Constitución y anunciaba a sus vasallos americanos que, terminada toda guerra civil en España, igual debía suceder en las colonias americanas. Además anunciaba que pronto convocaría unas Cortes para instaurar una monarquía moderada. El rey, tan deseado y reclamado, había vuelto.

En Los Cayos, en el sur de Haití, la asamblea había sido convocada por Bolívar aprovechando la presencia de los líderes republicanos en la isla. Bajo una rústica enramada, las sillas habían sido ordenadas en círculo y se dejó al frente una banca distinta, como si se tratara de una suerte de trono un tanto mayor. A la asamblea fueron llegando algunos de los más notables oficiales republicanos, todos expatriados de una América que era tomada poco a poco por el general Morillo. Ahí estaban, entre otros, Mariño, Bermúdez, Piar, Briceño y Mariano Montilla en derredor.

En aquel momento, más de uno se consideraba a sí mismo como el Libertador de Venezuela, pero el tema a tratar en aquella oportunidad era en verdad trascendente, el cómo y el cuándo reanudar la revolución. Cuando estuvieron todos reunidos, Bolívar hizo su ingreso y se sentó en la banca principal, generando un murmullo de incomodidad entre los concurrentes.

Simón Bolívar había pasado siete interminables meses en Jamaica, despojado por Monteverde de todo acceso a sus bienes; se había visto reducido a la total indigencia. Obligado a vivir de la forma más precaria, dormía en hamacas y se establecía en estrechas posadas; tuvo que recurrir literalmente a la limosna para sobrevivir. Le escribe al mercader Hyslop: «Si Ud. no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa». Así y aunque a duras penas logró mantenerse, pudo consolarse siempre con algunos amoríos y encima destinar parte de los préstamos obtenidos para mantener su febril propaganda política.

Era indispensable para Bolívar que su exilio en Jamaica no significara su tumba política, por ello no dejó de escribir misivas, publicando en especial su Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla, que ha pasado a la posteridad como La Carta de Jamaica. En ella describe con enorme claridad los problemas políticos de América, planteando la idea de un continente libre y unido en una sola federación de naciones. Resulta casi inverosímil que aquel documento reflexivo y de hondo análisis haya nacido en medio de circunstancias tan adversas para un criollo de costumbres acaudaladas que vivía en la extrema pobreza. Ese fue en realidad el mayor capital de Bolívar, su increíble capacidad para rehacerse desde sus cenizas más profundas.

Pero junto con aquel documento descollante, Bolívar escribe también cartas y documentos de carácter propagandístico, aunque seguro que ni él se creía sus peroratas y afirmaciones:

> No ha sido solamente una guerra a muerte —dice el propio creador de la Guerra a Muerte— la que los españoles han declarado contra aquel opulento imperio [de México] sino una guerra de

exterminio. —Y añade entre cientos de líneas de extravagante factura—: el objeto de España es aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes, para que no quede ningún vestigio de civilización, ni de las artes, y que el resto de Europa sólo encuentre aquí un desierto, y no pueda ya dar salida a sus manufacturas.

De hecho, el objetivo de los escritos de Bolívar era lograr el apoyo de Inglaterra a la causa independentista. Ante la inacción de los propios americanos, él propuso la idea de importar la revolución e imponer la libertad, ofreciendo a cambio de esta los territorios de Nicaragua y Panamá. No lo logró: Inglaterra se negó a participar en cualquier aventura siquiera parecida a la de Miranda.

Sin embargo, había hombres que sí creían en la capacidad de liderazgo del Libertador a pesar de todos los graves deméritos y sangrientos desaciertos que llevaba consigo. Uno era el rico almirante Luis Brión, quien consideraba a Bolívar como el único caudillo capaz de llevar a cabo la tarea de la libertad. Brión equipó una flota revolucionaria con recursos propios y Bolívar aceptó la idea de volver a Cartagena.

El 31 de diciembre de 1815, Bolívar llegó primero a Puerto Príncipe. El presidente de Haití, el general Pétion, ocupaba el mando supremo de la primera nación independiente del Nuevo Mundo y de inmediato entabló una excelente relación con aquel caraqueño de tanto magnetismo personal. Pétion ofreció su apoyo militar y personal a la causa de la independencia americana a cambio de que Bolívar decretara en el continente la abolición de la esclavitud.

Resultaba irónico que, trescientos años después, un descendiente de aquellos esclavos importados por Simón de Bolívar brindara ahora su apoyo para la libertad de aquellos criollos mantuanos.

Bolívar se estableció en Los Cayos, al sur de la isla. Ahí supo de la presencia de muchos líderes republicanos que habían llegado buscando refugio ante la llegada del general Morillo. Entonces Bolívar organizó una asamblea buscando los mecanismos para ser elegido como único líder. Todos en círculo y él a la cabeza, inició la reunión con un discurso ya preparado que sustentaba la necesidad de un gobierno y poder concentrados en una sola persona. Bermúdez y otros opinaron a favor de una jefatura colegiada con tres o cinco miembros. Pero Brión fue terminante, no pondría su escuadra al mando de un supuesto desgobierno que llevaría la expedición al fracaso. Los agravios e injurias proferidas por los líderes republicanos terminaron en desafíos a duelo que no se concretaron, pero que dañaron gravemente la unidad.

Bolívar fue elegido generalísimo, pero la expedición había sido dañada aún antes de levar anclas. Bermúdez, líder importante y de arraigo, es dejado en tierra por desconocer la jefatura de Bolívar. Aury, también por malentendidos con Bolívar, abandonó la expedición llevándose sus ocho barcos armados, 50 oficiales y 400 marineros.



Retrato de Simón Bolívar en 1816, cuando llevó a cabo la Expedición de Los Cayos con el apoyo del presidente Pétion de Haití.

Al fin, el 31 de marzo de 1816, salió desde Los Cayos la nueva expedición para la liberación de Venezuela. Pero los conflictos personales no terminaron en Los Cayos. Se había permitido la presencia de las parejas de la oficialidad en los buques, pero Bolívar se fue al extremo y atrasó cuatro días la expedición para que pudiese embarcarse su querida Josefina Machado. Esto causó desconcierto e indignación en los demás caudillos y la burla del grueso de la tripulación. Como Josefina llegaría a bordo del buque Constitución, los marineros decían que Bolívar estaba a la espera de la Constitución. No estaban muy lejos de lo cierto, él no se doblaba ante nada ni nadie, a menos que se tratase de una mujer hermosa.

El mayor respaldo para aquella campaña libertadora en Venezuela era Juan Bautista Arismendi en la isla de Margarita. Cuando el general Morillo desembarcó en ella, lo hizo con órdenes expresas de amnistiar a los criminales subversivos y ser inflexible con el que después se rebelase contra el rey. Arismendi, que había sido el líder más sanguinario al matar a civiles españoles, fue amnistiado en contra de la opinión de Morales, quien había heredado el odio de Boves contra los republicanos. Al dejar Morillo la isla partiendo a Nueva Granada, Arismendi pasó a traición y a cuchillo a toda la guarnición española.

Desde Caracas, el nuevo gobernador envió refuerzos realistas a la isla para aniquilar a los rebeldes, pero los republicanos alzaron sus exclamaciones de júbilo al ver llegar la armada de Bolívar el 2 de mayo. Arismendi, que era más que nada un hombre de acción, encontró en Bolívar el temple del estadista y, sin dudarlo puso su espada al servicio del Libertador.

Bolívar se hizo de nuevo a la mar para desembarcar en Carúpano. Mariño y Piar solicitaron permiso con el fin de reclutar tropas para la campaña, pero ninguno volvió. Cada quien prefería su campaña personal y su gloria individual; ambos querían ser el Libertador que Venezuela esperaba.

El primero de julio, Bolívar se decide a dejar Carúpano. Su plan era temerario: acercarse a Caracas desembarcando en Ocumare con mil hombres, tomar la capital y salir hacia el oriente para enderezar a Mariño y a Piar. La flota llegó a Puerto Cabello y Ocumare. Un ejército desembarcó,

pero como parte de la tropa estaba compuesta por corsarios extranjeros, estos dejaron los equipos pesados en la playa y fueron a La Guaira en busca de pillaje y de botín. El descuido y el desorden fueron fatales. Al llegar la noticia de la llegada de Morales, se ordenó la retirada, pero ya era tarde; Morales ganó la batalla dejando el campo regado de cadáveres republicanos.

En ese momento, Bolívar tuvo que dejar un contingente de hombres y pertrechos de guerra en la costa, bajo su palabra de volver a medianoche. Él sabía que ya no regresaría y que no había forma de salvar a esos desgraciados. Más tarde, Brión encaró a Bolívar por utilizar la escuadra para ponerse a salvo y dejar a sus hombres a merced de Morales. Pero para el Libertador, su propia pérdida habría significado la pérdida más grande que podrían sufrir la revolución y la República.

El 16 de agosto, Bolívar finalmente desembarcó en Güiria, en el frente oriental, donde fue recibido secamente por Mariño y por Piar, quienes ahora se encontraban en su ambiente y con pleno dominio de la escena. En el lugar estaba también Bermúdez, humillado por el Libertador en Los Cayos al no ser embarcado en la campaña a Venezuela. El terreno estaba preparado para cualquier acontecimiento.

A seis días contados desde su llegada, se produce un motín al grito de «¡Muera Bolívar! ¡Arriba Mariño y Bermúdez!». El Libertador estaba desconcertado, Bermúdez había convencido a Mariño de que era la ocasión de despojar a Bolívar del poder otorgado en Los Cayos. El gentío se lanzó contra Bolívar y el propio Bermúdez arremetió contra él. En tan sólo un instante pudo cambiar la historia de América, pero Bolívar logró huir hacia el tercer exilio de su vida.

En una carta del 7 de septiembre de 1816, el presidente haitiano Pétion respondió a la carta del Libertador en la que le comunica su derrota. El presidente de Haití le responde con sabiduría: «Habéis fracasado, esas cosas suceden en la vida, otra vez triunfaréis». Dichas palabras fueron proféticas.

Los hombres del llano

Bolívar pasa revista. Ante su aspecto bien cuidado, su chaqueta azul de botones dorados y su camisa blanca, aquellos hombres podían parecer un grupo de mendigos o salvajes. Sus torsos desnudos y su piel curtida por el sol infatigable del llano eran lo primero que despertaba la atención, pero eran las miradas felinas de aquellos sujetos de aspecto bruto lo que les daba un aspecto casi mitológico. Aquellos hombres, acostumbrados a dormir a la intemperie, habían hecho de sus caballos —como si de unos centauros se tratase— una prolongación de sus propios cuerpos; sus muelas, gastadas por comer carne cruda, se retorcían con vida propia en el interior de sus mandíbulas.

Bolívar caminó mirándolos uno a uno. Ante el regimiento, aquel jefe rasurado y que olía a flores resultaba casi inaudito, sospechoso y hasta deleznable. Y ante Bolívar, aquellos hombres del llano representaban la contradicción más intensa de la revolución americana; eran aquellos salvajes que habían seguido a Boves, hoy la mayor esperanza de la República.

A pesar del fracaso de la expedición libertadora gestada en Los Cayos, se habían dado frutos positivos. Los líderes que se quedaron en el continente ante la salida de Bolívar fueron desgastando a las fuerzas realistas e hicieron frente a Morales. Este último, a pesar de haber sido el lugarteniente de Boves, perdió toda influencia con los llaneros. Aquellos hombres del llano ya habían saboreado demasiado la sangre, los abusos y los frutos del saqueo. Ya no tenía sentido para ellos el discurso del general Morillo en nombre del rey, ya no cabía volver al *statu quo* original de un país gobernado y dominado por españoles, aristócratas y criollos.

En ese contexto, en el sudeste de Venezuela se eleva la figura de José Antonio Páez como el caudillo más influyente. Los hombres que otrora habían seguido a Boves, enarbolaban ahora los estandartes republicanos de aquel hombre robusto, de cabeza enorme, redonda y de piel tostada por las brasas del llano. Las banderas eran el pretexto, el móvil real eran la rapiña y el fuego.

En medio de su nuevo destierro, Bolívar había recibido la solicitud de los líderes de la República para que volviera al continente. Eran muchos los factores: todos reconocían en Bolívar un nivel de estadista que consideraban indispensable. Para algunos, Bolívar era un mal necesario, y para otros, el único capaz de forjar una revolución unificada. Pero además estaba en escena el general Morillo, quien ya había recuperado Nueva Granada para la Corona y pronto estaría de regreso en Venezuela con fuerzas renovadas.

El reconocido botánico e intendente general, Francisco Antonio Zea, fue a buscar a Bolívar en nombre de varios caudillos, entre ellos del sangriento Arismendi, de Páez, el líder de los llanos, y hasta de su odiado Bermúdez, quien por poco acaba con su vida. Entonces le encargaron las acciones militares, con la condición de que no se mezclase en la administración de la República; y Bolívar aceptó.



Retrato de José Antonio Páez.

Por su parte, el general Morillo había dado un golpe de timón en su política para la América española: humillado por el alzamiento de Arismendi en Santa Margarita, había establecido ahora un consejo de guerra para los crímenes de guerra y un consejo de purificación. En ellos se juzgaba a los desertores del ejército español, incluyendo, contradictoriamente, a criollos que habían jurado en algún momento a favor de la bandera hispana. En seis meses, 102 personas fueron ejecutadas. La ciudad de Cartagena había caído ante Morillo tras un sitio de cuatro meses, y sus mujeres y hombres habían terminado reducidos a esqueletos humanos que se arrastraban en busca de mendrugos. Hombres que habían sido corpulentos y mujeres que habían sido bellas, al final se lanzaron como espectros sobre las mochilas de los soldados de Morillo, en busca de galletas y de pan.

El año de 1816 había terminado con una Nueva Granada pacificada por Morillo. Ahora que

Bolívar estaba de regreso, no tenía sólo al general Morillo como su mayor adversario; Bolívar tenía como objetivo paralelo y esencial, establecer finalmente su autoridad.

En aquel momento, Venezuela tenía por lo menos a tres líderes autoproclamados *Jefe Supremo de la República:* Mariño en Güira; Piar desde Barcelona hasta Guyana, y Páez en los llanos del Apure. A la sazón y desde Santa Fe de Bogotá, el general Morillo lo tenía bastante claro: «Venezuela da a todas las otras provincias en revolución jefes y oficiales, pues son más osados e instruidos que los de los demás países».

Cuando Bolívar llegó a Barcelona el 31 de diciembre de 1816, al mando de una segunda expedición de Los Cayos, lo hizo llevando importantes refuerzos facilitados de nuevo por el presidente Pétion de Haití: ocho barcos armados, armas con abundantes municiones y un total de 570 hombres, la mayoría negros haitianos. Bolívar tenía ahora fuerzas realmente considerables, que unidas a las del mulato Piar y las de Mariño, podían hacerle frente a Morillo, quien estaba bajando los Andes con el evidente desgaste físico de la travesía.

Pero Bolívar era Bolívar y su obsesión por Caracas se evidenció otra vez. Él consideraba que la posesión de la capital creaba una ola de influencia a favor del bando que la poseyera, esto en gran medida era cierto, pero para Bolívar era más que eso, era un desafío personal. Esta era una campaña que absolutamente todos desaconsejaban; disponía para la invasión de sólo 700 hombres, de los cuales 400 eran reclutas.

Fueron 900 indios naturales de las tierras americanas, quienes defendían el estandarte del rey, los que infringieron una derrota humillante a Bolívar. El Libertador, el general Arismendi y los demás oficiales tuvieron que huir a fuerza de galope de la escena de batalla. Bolívar fortificó Barcelona para la defensa, Mariño no le envió refuerzos y tuvo que apertrecharse en el convento de San Francisco. El ataque realista no se produjo por un excesivo conservadurismo de su jefe, pero de haberse producido, habría sido fatal para el Libertador.

Al fin apareció Mariño con 1.200 hombres, pero Bolívar ya había decidido dejar la ciudad; aquel lugar resultaba demasiado vulnerable y bien podía ser la tumba de sus aspiraciones. El Libertador decidió dar alcance a Piar en Angostura, para obtener de él un ejército sólido y bien organizado.

El mulato Piar, por su parte, era un guerrero frontal y radical, no había tenido escrúpulo alguno en llamar a Bolívar «cobarde» y había llevado a cabo tanto acciones militares notables como actos cuestionables. Era el triunfador de la batalla de El Juncal contra Morales y de la brillante batalla de San Félix, pero al final hizo ejecutar a los 800 prisioneros tomados, arrojándolos de dos en dos a las profundidades del río Orinoco. También había tomado las misiones católicas de Caroní, se apropió de sus riquezas de ganado, grano y caballos en beneficio de la República, asesinando cobardemente a sus 22 frailes capuchinos españoles.

Por lo tanto, Bolívar no las tenía todas consigo; sus tres rivales —Mariño, Piar y Páez— se manejaban a sus espaldas tratando de hacerse cada uno con su feudo. No estuvo mucho tiempo al lado de Piar, sólo lo suficiente como para verificar su enorme poder para con los mulatos y negros. Así que Bolívar trató de ganar terreno con sus otros contendores. A Páez le ofreció el cargo de general de brigada si se ponía bajo sus órdenes. Páez aceptó y con él llegaron otros oficiales importantes como Francisco de Paula Santander, hombre de talle ancho, corto y cuyo carácter encendido ya había destacado en la guerra contra Monteverde.

Bolívar también logró reconciliarse con su odiado Bermúdez, quien fue lisonjeado por él como *el libertador del Libertador* a causa de una exitosa acción militar. Con ellos, también puso su espada bajo sus órdenes un joven oficial cumanés cuyos veintidós años ocultaban su incipiente genio militar,

era Antonio José de Sucre.

Así como Bolívar estaba obsesionado con tomar Caracas, el general Morillo por su parte estaba obsesionado con recuperar la isla de Margarita; él tenía el recuerdo del «hipócrita y despreciable Arismendi». En lugar de atacar a Bolívar y a Piar, que estaban a su alcance, prefirió caer sobre la isla. Ahora la mitad de sus ejércitos eran de origen criollo, los peninsulares llegados con él habían sucumbido en batalla o habían sido presa de penosas enfermedades. En mayo ya había recibido refuerzos al mando del general José de Canterac y, el 15 de julio de 1817, desembarcó en la isla de Margarita ocupando el puerto de Juan Griego. Al no poder tomar la capital de la isla, Morillo tuvo que salir apresuradamente al saber de las amenazas que se cernían sobre Caracas. El líder realista se consolidó en la capital venezolana.



En 1813, Antonio José de Sucre (en el retrato) bajo las órdenes del general Santiago Mariño, integra el grupo de republicanos conocido como los libertadores de Oriente y participa en las operaciones para la liberación de aquella parte de Venezuela.

Bolívar había incrementado su poder y ahora tenía consigo la fuerza y combatividad de los hombres del llano, aquellos hombres de Páez que ahora estaban bajo su mando. Estaba plenamente convencido de que la subordinación absoluta a su rango y autoridad eran la salvación de la República y la consolidación de su gloria. Pero, para entonces, la única forma de obtener poder y legitimidad era a través de la fuerza. Y el propio Piar le dio la oportunidad de ejercitarla.

El mulato Piar, a pesar de ser uno de los principales caudillos del país, estaba formalmente bajo el mando de Bolívar. Para librarse de aquella incómoda sujeción, presentó su dimisión y solicitó pasaporte para salir de Venezuela. Bolívar trató de impedirlo. Le escribió: «La patria lo necesita a usted hoy como lo que es y mañana habrá de necesitarlo como lo que por sus servicios llegare a ser»; pero al fin tuvo que aceptar su renuncia.

Como era previsible, Piar se fue a los territorios que le eran afines, pero esta vez para propalar la idea de una revolución de negros y mulatos, rechazando las armas de «cuatro mantuanos» con ambición «de mandarlo todo». Era un discurso al estilo de la guerra de castas a lo Monteverde y de

la guerra de razas a lo Boves. ¿Hasta qué punto tales ideas eran viables o no en el contexto de la revolución, con la libertad de los esclavos decretada por Bolívar por doquier? ¿Era realmente Piar una amenaza?

Bolívar le dio órdenes a Bermúdez para que convocara de nuevo a Piar al cuartel general. Sabía que se negaría, y así fue; se negó y fue detenido.

El 16 de octubre, en Angostura y ante el pelotón de fusilamiento, Piar solicitó mandar a la escolta, pero no se lo permitieron; luego quiso quitarse la venda del rostro y lo obligaron a llevarla. Entonces se abrió la esclavina y, con el pecho descubierto, recibió la descarga de muerte.

Batalla en el valle de la Puerta

El general Morillo recibió el papel, las palabras estaban escritas con pulcritud y corrección, pero, en contraste, la lectura del documento lo enrojeció de ira. La firma era de aquel bandido de Bolívar y no podía creer la osadía de aquel insolente rebelde. Indignado, releyó:

> Nuestra humanidad contra toda justicia ha suspendido muchas veces la sanguinaria guerra a muerte que los españoles nos hacen. Por última vez ofrezco la cesación de tan horrible calamidad y empiezo mi oferta por devolver todos los prisioneros que hemos tomado ayer en el campo de batalla. ¡Que ese ejemplo de generosidad sea el mayor ultraje de nuestros enemigos! Usted y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores […] Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría si estuviese como Ud. reducido a Calabozo.

Caer en manos del desalmado y sanguinario Bolívar era impensable para Morillo, era preferible la muerte a semejante deshonor. ¡Era además infame que aquel bandido pretendiese que España había lanzado la Guerra a Muerte! ¿Y además era capaz de ponerse por encima del rey? Después de tantos meses, por fin tenía enfrente a ese bandido —cara a cara—, pero también en las peores circunstancias. Bolívar había unido sus fuerzas con las de Páez, Morillo lo supo en San Carlos y entonces decidió pasar a Calabozo. El mismo día de su llegada, el 12 de febrero de 1818, Bolívar lo atacó con 2.500 jinetes y una infantería de 1.600 hombres. Morillo trató de quebrar las alas del ejército republicano empleando a sus mejores efectivos para impedir el cierre de la plaza donde estaba su cuartel general. Fue inútil, los regimientos realistas fueron destrozados por las caballerías de Páez y Cedeño. Los 2.000 hombres de Morillo no podían ser suficientes contra las fuerzas de Bolívar.

Bolívar no cumplió con «devolver todos los prisioneros» como había ofrecido; sólo entregó a tres asistentes de campo, y pasó a cuchillo a toda la compañía de cazadores de Navarra que tenía como prisioneros. Morillo, el líder español, el orgulloso militar de las guerras contra Napoleón, estaba cercado y sin escapatoria. La libertad de Venezuela estaba a un paso de consumarse.

Pero ocurrió lo inesperado. Morillo logró escabullirse con sus tropas de infantería. Inmediatamente, los llaneros de Páez salieron raudos a su alcance, pero el general español se internó en el follaje donde su infantería tenía el control, y derrotó a los republicanos en El Sombrero. Al final Morillo llegó hasta Villa de Cura, al recaudo de sus guarniciones del norte.

Páez se desmoralizó por esta derrota, él y sus llaneros preferían las praderas para hacer frente a sus adversarios, ahí sus equinos daban todas las ventajas. Entonces Páez se retiró con sus tropas, a

pesar de la insistencia de Bolívar para aprovechar la dispersión de los ejércitos realistas y atacar Caracas. Morillo llegó a Valencia y Bolívar entró en Villa de Cura; ahí supo que los ejércitos de Morillo no se habían concentrado aún. Entendió que era el momento de atacar para dar un golpe mortal y definitivo a los realistas con la recuperación final de la capital.

Bolívar ideó su plan de ataque. Situó a sus oficiales Monagas y Zaraza alrededor de Maracay para evitar el desplazamiento de Morillo y, con el grueso de sus contingentes, preparó el asalto a Caracas. Bolívar estaba prescindiendo del apoyo de Páez; sea como fuere, las fuerzas realistas que habían quedado en Caracas eran débiles.



Grabado que representa al Páez llanero. Litografía de 1867 de Fritz George Melbye.



Vuelvan caras, de Arturo Michelena (1890). Óleo sobre tela. Círculo Militar de las Fuerzas

Armadas, Caracas, Venezuela.

El 13 de marzo Bolívar llegó hasta el pueblo de Consejo y pudo sentir a Caracas al alcance de la mano. Entonces, al día siguiente se enteró de que el realista Calzada, burlando a los patriotas, se había reunido con Morillo y de que los ejércitos de Morales habían liquidado las fuerzas de Monagas y Zaraza. Bolívar sintió entonces que el reflejo de su imprudencia le golpeaba la cara, había caído en una celada. Una terrible tempestad con lluvias torrenciales se desató en la región; aun así Bolívar se movilizó para escapar hacia los llanos, ahí donde le quedaba la esperanza de ser aún auxiliado por Páez.

Bolívar y sus tropas tomaron el camino conocido como la Cuesta de la Muerte, que era el más accidentado y peligroso, pero a la vez el más corto. Una emboscada en aquellos caminos no dejaría un republicano vivo, así que los ejércitos avanzaron acelerados, viéndose obligados a dejar a los rezagados. Los truenos se estrellaban contra el cielo y los relámpagos iluminaban la noche. Bolívar, recubierto por su capa de campaña, iba de un lado a otro ordenando la marcha, llevando a cuestas aquel sueño de victoria tan rápidamente esfumado.

Los ejércitos realistas de Morales alcanzaron al Libertador en el sitio de La Puerta. Para Bolívar significaba por fin el momento de la reconciliación con su honor y con la historia; aquel lugar era el mismo en el cual, tiempo atrás, había sido fatalmente derrotado por Boves. Ahora por fin tendría la revancha necesaria y precisamente contra Morales, el lugarteniente y heredero de Boves.

Bolívar dispuso que sus ejércitos se atrincherasen aprovechando las ondulaciones del terreno y la presencia del riachuelo del Semen. Morales se lanzó al ataque con lo mejor de su infantería, buscando los puntos flacos en la defensa de Bolívar. La batalla se dilató por seis horas y, tras heroica resistencia, la feliz victoria comenzó a dibujarse del lado republicano. ¡Era la venganza de La Puerta! Entonces se escuchó un enorme barullo, disparos al aire y el tronar del galope de caballos. Ambos bandos se quedaron en silencio un segundo, como si trataran de adivinar para qué lado se inclinaría la fortuna con la llegada de refuerzos. Era nada menos que el general Morillo, que llegaba al mando de sus ejércitos.

Las fuerzas de Bolívar no se amilanaron y mantuvieron a raya a los realistas, pero no contaban con la fuerza de un gran militar. Morillo tomó la conducción de la tropa personalmente y al grito feroz de «¡Viva España!» y «¡Viva el rey!» se lanzó en carga de caballería sobre las trincheras enemigas. Una descarga republicana derribó al general español, pero el impulso de aquella sangre aguerrida fue incontenible; inflamados de coraje y de venganza, los soldados realistas destrozaron sin piedad las divisiones republicanas. Bolívar emprendió la retirada mientras sus hombres, heridos o rezagados, caían abatidos y sus cuerpos eran despedazados en medio de una cruel carnicería. Al final de la batalla de La Puerta, el saldo fue de 800 republicanos muertos y 400 hechos prisioneros en manos de Morillo.

De manera milagrosa, Bolívar logró escapar nuevamente y ponerse a salvo con su oficialidad. Mientras, Morillo, convaleciente de sus heridas, recibía del rey el título de marqués de La Puerta como premio por la importante victoria y su acción valerosa.

Durante el resto del año de 1818, la situación se mantuvo estancada. Bolívar calculaba en no más de 5.000 a los soldados españoles en Venezuela, sin contar a los criollos de aquel lado. Los españoles no tenían caballería, «pero su infantería era excelentísima», como reconocía Bolívar. En los llanos prevalecían siempre los republicanos, pero en las alturas y en Caracas no había forma de derrotar a la infantería española. Ante la brutal matanza de civiles ocasionada en las poblaciones de Venezuela y Nueva Granada, buques enteros de soldados y mercenarios ingleses e irlandeses habían

llegado a las costas americanas para *hacer la América.*

El caos y la competencia entre los mandos republicanos se mantenían. En julio, Mariño lanzó una proclama en la que aceptaba la plena autoridad de Bolívar, pero se habían desatado ahora conflictos entre Bermúdez y él.

En cuanto a Bolívar, se encontró a sí mismo mucho mejor ubicado en su gabinete que en el frente de batalla; su dominio de las acciones políticas y diplomáticas le valió una preponderancia reconocida por todos. Cartas, proclamas y documentos fluían de su pluma con genio y notable comprensión de la situación. Llegó al extremo de obtener no sólo soldados ingleses jubilados, sino también ex combatientes españoles que dejaron la península para sumarse a Bolívar por la independencia americana. Ante semejante contradicción, Bolívar proclamó —aún enredado— la «paz a la nación española y guerra de exterminio a su Gobierno actual».

Pero Bolívar también soñaba con una América unida y como un solo cuerpo político. En ese sentido, Bolívar dice que «la América así unida, si el cielo nos concede ese deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas».

Pero aquella *reina de las naciones* merecía sin duda un rey. Bolívar se enteró del triunfo en Maipú del general argentino José de San Martín , el 5 de abril de 1818. Chile estaba en manos republicanas. Para Bolívar, un triunfo emancipador en el Perú —sin el amparo de su espada— sería una verdadera catástrofe. El Virreinato del Perú y el de Nueva España —ahora México— eran los más importantes enclaves españoles en América.La riqueza del Perú, en plata y oro, había sostenido las arcas reales por trescientos años y su importancia era absoluta.

Bolívar debía acercarse a Lima, capital del Virreinato peruano, pero la situación de Venezuela seguía siendo precaria y Nueva Granada seguía en manos de España. Para llegar al Perú había que pasar por Santa Fe de Bogotá, así que Bolívar organizó su liberación y se la encomendó a Santander. La *reina de las naciones* merecía un rey, un rey que sin duda debía ser él.

El Congreso de Angostura

El 15 de febrero de 1819, la ciudad de Angostura lucía engalanada con pabellones republicanos; en la plaza central estaban concentrados numerosos contingentes militares y varias piezas de artillería habían sido instaladas para dar relieve a la ocasión. En aquel momento, la ciudad fungía como la capital de Venezuela para el bando republicano y por ello sería el escenario de la instalación del Primer Congreso de la República.

Bolívar había atendido la recomendación de sus lugartenientes, y vio en la realización de aquel Congreso una ocasión excelsa para consolidar su poder. Y es que los líderes y militares venezolanos veían con desconfianza cómo Bolívar iba asumiendo más y más poderes absolutos. Formalmente, Bolívar sólo era el jefe supremo del Concejo de Estado, pero la creciente concentración de su poder, no legitimado, hacía posible que se alzara en su contra cualquiera de los mismos líderes que lo habían colocado en el poder.

Bolívar poseía un manejo político que ninguno de sus adversarios tenía. Se presentó a la cabeza de su Estado Mayor con sus mejores galas, aunque la majestad de su porte no ocultaba las marcas en el rostro de aquel hombre de treinta y cinco años, de aspecto enjuto y desteñido. Todo estaba pulcramente organizado, el toque de clarines y las salvas de artillería resonaron a su llegada.

El cuerpo de diputados elegidos por cada localidad salió a recibir al Libertador, aunque nunca aquel título había sonado tan incierto. Bolívar no lograba salir del equilibrio de fuerzas frente a los

ejércitos de Morillo, no había recuperado Caracas y todos recordaban su terrible derrota en La Puerta. Sin embargo, era el momento de consolidar su poder o de perderlo del todo.

El Libertador entró al salón de la gran casa que fungía como Palacio de Gobierno. Ocupó la tribuna preparada para su presentación y, con la venia del presidente del Congreso, inició su discurso. Sus palabras resonaron en el recinto, cada sílaba parecía esculpida en mármol con dilección:

> Señores —comenzó el Bolívar épico y de oratoria redonda—, dichoso el ciudadano que, bajo el escudo de las armas de su mando, ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta. Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos por la Divina Providencia.

Luego continúa dando explicaciones del estado de la República:

> ¿Queréis conocer a los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del Gobierno republicano y la ferocidad de nuestros enemigos y del carácter nacional.

Hasta aquí el Bolívar demagógico; en realidad, las familias de los criollos ahí presentes habían participado del dominio de América por decenios.

Después agrega que «ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad». Es ahora el Bolívar político y visionario, no se deja llevar por las tendencias europeizantes y teme que la democracia conlleve a tener una «sociedad díscola, tumultuaria y anárquica».

Entonces Bolívar expresa la idea de «la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un gran Estado». Y así, finalmente y ante todos, aparece el Bolívar estadista, ese hombre capaz de ver mucho más allá de coyunturas y sinsabores. Esta era la característica que lo llevaba inexorablemente a la cima respecto de sus coterráneos y contemporáneos: a pesar de todos sus errores y miserias personales, Bolívar era capaz de ver una nación donde sólo existía desintegración, horror y desastre.

Pero incluso sus ideas iban mucho más allá. Bolívar plantea al Congreso sus conceptos fundamentales para la Constitución Política del país. Afirma que las leyes que deben adoptarse no deben ser copia de las de Washington y propone un Senado compuesto por senadores vitalicios y con cargos que debían ser hereditarios.

Con respecto al Ejecutivo, planteó un presidente vitalicio, una suerte de monarca sin corona: «En las Repúblicas —dice— el Ejecutivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el Legislativo, porque todo conspira a favor del monarca». Bolívar tenía razón en sus argumentos, pero no en la aplicación de los mismos, pues proponía un sistema republicano con un monarca vitalicio. Esto significaba tener un rey y un presidente, los dos en uno solo y con un Parlamento débil. El deseo de Bolívar de una Presidencia vitalicia —que ocuparía él, por supuesto— conspiraría en el futuro y para siempre en su contra, mucho más que cualquier enemigo.

Finalmente afloró ante la asamblea el Bolívar políticamente histriónico: «Devuelvo a la República el bastón de general que me confió», dijo solemnemente. El presidente del Congreso, el

botánico Francisco Antonio Zea, le suplicó que se quedara al mando de la nación, poniéndolo a la altura de los «benéficos emperadores Vespasiano, Tito, Trajano y Marco Aurelio». El Congreso no se esperaba aquella situación casi teatral; Bolívar se negó iracundo a aceptar una autoridad a la que había renunciado «para siempre».

Al final, Bolívar presentó su dimisión igualmente, pero el Congreso la rechazó nombrándolo —en medio de ruegos— presidente de la República y a Zea como vicepresidente. A esas alturas, Bolívar manejaba como nadie los hilos de la política. Jamás habría renunciado al poder si no hubiera sabido que le sería devuelto legitimado y multiplicado. Años después, Bolívar confesaría que el Congreso de Angostura contribuyó al «entierro» en vida de todos sus enemigos políticos.

Gracias a las destrezas de Páez, Bolívar logró un triunfo rutilante en las Queseras del Medio. Con enorme sagacidad, alabó y condecoró hasta el extremo a Páez y a los 150 hombres de aquella jornada. Pero se acercaba el invierno y con él se diluían las posibilidades de obtener avances reales en la guerra emancipadora. Bolívar seguía anhelando la toma de Caracas o el occidente de Caracas al menos.

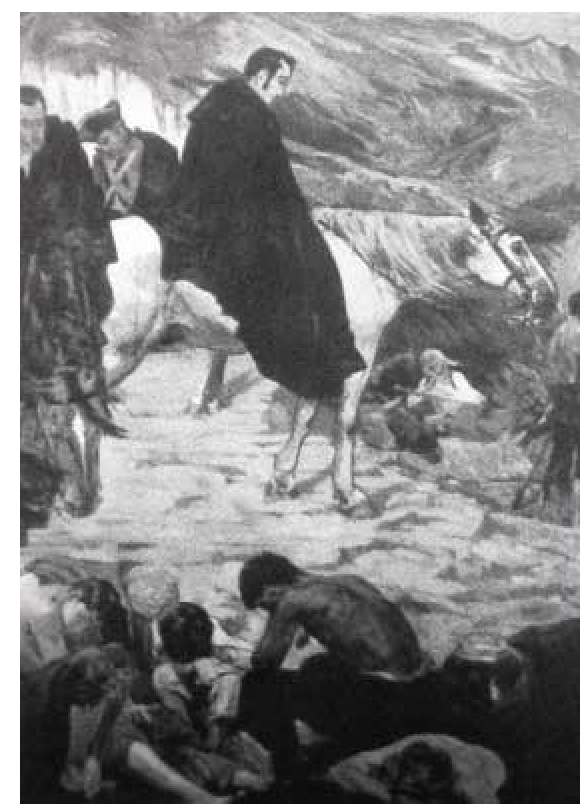
Llegaron entonces grandes noticias de los avances de Santander en la Nueva Granada. Bolívar supo que Santander había integrado fuerzas republicanas dispersas, reuniéndolas en un respetable ejército de 1.200 soldados de a pie y una caballería de 600 hombres y bestias. El virrey Samano había aplicado una política de represión antipopular, pero y contaba con más de 10.000 hombres dispersos en todo el territorio.

Bolívar concibió un plan a su medida, ambicioso y casi delirante. Como todas sus estrategias, pecaba de asumir demasiados riesgos y su ejecución era precipitada, empujada por su insostenible impaciencia. Bolívar ideó la invasión de Nueva Granada mediante la toma por sorpresa de los ejércitos realistas, pero la única forma de lograr su cometido era nada menos que atravesar la cordillera de los Andes.

El 27 de mayo de 1819, un ejército de 2.500 hombres al mando de Bolívar inició la increíble campaña, atravesando con los cuerpos sumergidos hasta la cintura los ríos que bajaban torrentosos desde los Andes. El terror se reflejaba en los rostros de los soldados cuando sentían entre sus piernas a los voraces peces caribe, que buscaban el menor rastro de sangre humana para devorarlos. Para complicar más la situación, los hombres eran en su mayoría llaneros acostumbrados al sol abrasador, pero no a las gélidas cumbres y al mal de altura de las montañas.

Bolívar había pensado en acceder al punto menos defendido por las guarniciones españolas al otro lado de la cordillera, lo que equivalía a cruzar la ciclópea mole de roca por el paso de Pisba, a 4.000 metros de altitud. Esa ruta se considera intransitable en invierno, pero el 22 de junio iniciaron la subida.

El terreno era rocoso y quebrado, pelado de vegetación en medio de enormes bloques de granito y profundos abismos que se abrían como gargantas ante ellos. La brisa helada, el sol y la bruma afectaron y se llevaron la vida de muchos de aquellos hombres indómitos, casi desnudos y mal alimentados. Las mujeres, que acompañaban a sus amantes o esposos, atendían a los enfermos; una de ellas incluso dio a luz y se sumó al día siguiente a la expedición con el recién nacido en sus brazos.



Bolívar cruza los Andes en lo que se considera el inicio de una de las campañas determinantes en la Independencia de América.

El 6 de julio, el contingente principal llegó a Socha, provincia de Tunja en el lado granadino. Los hombres se tumbaron al sol y recibieron alimento caliente y agua; cuando se giraron para ver las cumbres nevadas que habían atravesado, todos prefirieron morir en aquellas tierras antes que tener que repetir la travesía de vuelta.

El jefe realista de la plaza era el general Barreiro. Todo aconsejaba quedarse quieto y a la defensiva, esperando los refuerzos de la caballería inglesa que venía en la retaguardia. Pero Bolívar era Bolívar.

4

Triunfo, realidades y frustraciones

Boyacá, a las puertas de Nueva Granada

Bolívar tenía a la vista al ejército de José María Barreiro, nada menos que 600 jinetes perfectamente armados en el llano y 1.400 soldados que bloqueaban el camino. El Libertador tenía solamente una caballería de 250 llaneros con lanzas y picas, y una infantería apenas recuperada de la terrible travesía sobre las crestas de los Andes. Si la osadía militar de Bolívar le había hecho caer de golpe en el corazón realista, también le había llevado a una encrucijada mortal.

El lugar denominado Pantano de Vargas fue el escenario de la batalla el 25 de julio de 1819. A Bolívar no le quedó otra posibilidad que lanzar a sus ejércitos contra las líneas enemigas por el frente. La avanzada republicana fue recibida por descargas mortales. Los cuadros realistas, en rápida maniobra de franqueo, encerraron a las fuerzas de Bolívar. El ejército republicano, prácticamente envuelto, recibía fuego de todos lados sin posibilidad de salida. Entonces, ante la visión inminente de la derrota, Bolívar vio a su jefe de caballería, el venezolano Juan José Rondón, y le gritó: «¡Coronel, salve usted la patria!».

Catorce llaneros espolearon a sus bestias, y siguieron heroicos a Rondón contra el ejército realista; el resto de la legión se les unió de inmediato y sus lanzas quebraron el fuego español. El ejército de Barreiro se amilanó sorprendido ante el coraje suicida del adversario. Al final, las acciones quedaron divididas para uno y otro bando; sin embargo, Barreiro había perdido su posición estratégica y decidió retornar a Santa Fe de Bogotá para consolidar la defensa de la capital.

Ahora sería Bolívar, ya con la caballería inglesa, quien trataría de impedir el avance de Barreiro. Tras una habilísima maniobra y una inadvertida marcha nocturna, Bolívar ocupó Tunja. Al general realista le quedaban dos opciones, el accidentado camino de Chiquinquirá o el camino por el puente de Boyacá.

Al llegar al puente alrededor de las dos de la tarde del 7 de agosto, Barreiro divisó un escuadrón de caballería republicana y dedujo que se trataba de un cuerpo de observación. Para que no le estorbara, envió un destacamento de cazadores a su encuentro, mientras el grueso de su ejército seguía desplazándose sin advertir el peligro. Entonces, agudizando la vista, Barreiro divisó, en una altura que dominaba el puente de Boyacá, la presencia de toda la infantería republicana dividida en columnas. Era una emboscada del bandido Bolívar. De inmediato ordenó descargar toda la artillería contra los republicanos, pero las maniobras contrarias eran rápidas, envolventes y el ataque de los llaneros, inatajable. La compañía de Granaderos a Caballo —toda de peninsulares— abandonó el campo de batalla, y el cuerpo de reserva realista fue alcanzado por las lanzas republicanas, lo que dejó decenas de soldados hispanos destrozados. Por el franco izquierdo, Santander coronaba la victoria.

Las consecuencias fueron desastrosas para el bando español; el resto del ejército realista fue

capturado: 1.600 soldados, todo el armamento, municiones, caballos y el propio general Barreiro con toda su plana de oficiales cayeron prisioneros.

Rápidamente se supo en Bogotá de la victoria de Bolívar en Boyacá y su inminente toma de la ciudad. Todos los vinculados a la causa realista, desde el virrey Samano hasta las familias peninsulares, huyeron presa del pánico ante la llegada de aquel cruel creador de la Guerra a Muerte. Las casas y comercios tuvieron que ser abandonados por aquellas familias que no habían participado en la guerra en ningún sentido, que habían hecho sus vidas en una América española, una tierra que ahora debían abandonar llevando sólo sus vestidos puestos.

Cuando Bolívar entró a la capital, se había quedado sin camisas; llevaba entonces la chaqueta militar sobre su pecho tostado y desnudo, lo cual le daba un aspecto fiero y atrevido. Sólo lo recibieron unos cuantos «vivas» y las guirnaldas de algunos entusiastas o temerosos ciudadanos. Pero Bolívar impresionó a todos, se movía con rapidez y recordaba con memoria prodigiosa a los personajes que conoció en 1814, cuando tomó la ciudad por disposición del Gobierno de Tunja. Sus preguntas y respuestas eran rápidas, concisas y lógicas. Cuando escuchaba a alguien, cruzaba los brazos, y cuando hablaba o preguntaba, se cogía las solapas.

Había sido tan pobre el recibimiento a Bolívar, que para el 18 de septiembre se mandó organizar de nuevo su entrada oficial en Bogotá; celebrándose un tedeum en la catedral que el Libertador escuchó de rodillas. Luego, con una multitud de pobladores como marco apropiado, se realizó la ceremonia en la Plaza Mayor y se cantó un himno en su honor ante seis estatuas que simbolizaban las virtudes atribuidas a Bolívar. Veinte doncellas llevaron en cestas de plata la corona para el Libertador y condecoraciones para él y sus generales. Una de aquellas ninfas, Bernardina Ibáñez, tomó rápidamente el lugar que había dejado libre Josefina Machado.



Batalla de Boyacá, de José María Espinosa (1840). Óleo sobre tela. Casa Museo Quinta de Bolívar, Bogotá, Colombia.

Se organizaron fiestas y celebraciones casi diarias en homenaje a Bolívar o dadas por él, pero el valor de la toma de Santa Fe de Bogotá era mucho mayor que los actos simbólicos que la rodeaban.

Primero, tenía un impacto militar. Los pobladores de Nueva Granada se mantenían en una crisis de lealtades, por un lado su fidelidad histórica al rey y por otro la causa independentista que ofrecía

la autonomía del suelo patrio. Al final, la población no hacía más que plegarse al bando triunfador. Esto lo había discernido muy bien Bolívar, tan buen estadista y estratega como cuestionado militar. Por ello, tras la batalla de Boyacá, la mayor parte de los ejércitos capturados por Bolívar pasaron inmediatamente al bando republicano. Lo reconoció el general Morillo desde su ocupación de Caracas, y dijo de los ejércitos de Barreiro que «como la mayor parte de ellos son americanos, estarán aumentando las fuerzas con que el general rebelde Bolívar penetró en el reino».

El segundo impacto logrado era económico, Venezuela había quedado desangrada y diezmada económicamente por la guerra civil, contrariamente a Nueva Granada que tuvo acciones menos sangrientas y se había visto mucho menos afectada. En palabras del mismo Morillo: «El sedicioso Bolívar ha ocupado Santa Fe y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias».

En tercer lugar estaba el plano geopolítico; nadie lo expresa mejor, nuevamente, que el propio Morillo:

> Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a la merced del que domina a Santa Fe, a quien al mismo tiempo se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey nuestro señor en el virreinato. Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates.

El triunfo de Boyacá significó finalmente la consolidación de la autoridad de Bolívar. Mariño había aprovechado la ausencia del Libertador en Angostura para deponer a Zea y proclamar vicepresidente y jefe de gobierno a Arismendi. El propio Mariño tomó para sí el cargo de general en jefe. Ante ello, Bolívar regresó a Venezuela dejando a Santander como vicepresidente en Bogotá.

Bolívar llegó a la Casa de Gobierno de Angostura cuando Arismendi estaba ausente. Cuando éste llegó a la ciudad, se encontró de pronto con un amabilísimo Bolívar. «¡Mi querido general!», le dijo Bolívar con una ironía y un gracejo muy a su estilo, abrazándolo y besándolo en la mejilla. Las bandas de música tocaron melodías patrióticas y el ambiente se animó con invitados ilustres y buen vino. A la mañana siguiente, Arismendi fue enviado como jefe de la Región Oriental —donde su arraigo era nulo— en reemplazo de Mariño, el otrora *Libertador del Oriente,* quien se quedó sin cargo alguno.

Todo quedó bajo el control absoluto del Libertador Bolívar. Para entonces, ya nadie más osó irrogarse ese título.

De la república de Colón al armisticio

El general español Barreiro era muy reconocido en Santa Fe de Bogotá. A sus dotes militares se les sumaba un atractivo físico que lo hacía muy popular. Lo llamaban *el Adonis de las mujeres* y estaba desposado con una joven criolla, hermana de un oficial republicano. Bolívar estaba negociando un canje de prisioneros con el virrey Samano respecto de Barreiro y los otros 37 oficiales realistas capturados en Boyacá.

La noche del 10 de octubre de 1819, Santander, subido en la grupa de su caballo, encabezó la escena: Barreiro entregó el retrato de su prometida que llevaba en el pecho para que le fuera devuelto, se hincó de rodillas dando la espalda al pelotón de fusilamiento y recibió la descarga fatal. Todos y cada uno de los oficiales realistas corrieron la misma suerte. Santander diría luego: «Encuentro interiormente un placer en hacer matar a todos los godos». Lo había demostrado. Bolívar se indignó, más que por el hecho, por lo inoportuno de la ejecución, pues quedaba pendiente una negociación de canje. Sin embargo, su amistad con Santander no se afectó; sólo a este lo hacía participe de sus pensamientos más íntimos y era uno de los pocos de quien aceptaba un tono igualitario.

Lo que más ocupaba entonces la mente de Bolívar era cristalizar su idea cumbre esgrimida desde el Congreso de Angostura. Se trataba de crear una gran nación bajo el nombre del descubridor de América, una nación que uniría íntegramente a los actuales territorios de Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador. Así, vestido con uniforme de oficial francés y engalanado con finos ornamentos, Bolívar se presentó el 14 de diciembre ante el Congreso de Angostura para proclamar la creación de la República de Colombia.

Fue saludado solemnemente por veintiún cañonazos, y los miembros del Congreso salieron al pórtico a recibir al Libertador; la multitud vitoreaba con fervor. Bolívar exhibió la más bella y recargada oratoria de la que era capaz. La capital de Colombia sería Las Casas, en honor al clérigo y cronista Bartolomé de Las Casas, defensor de los aborígenes americanos durante la conquista de América. El presidente de la República de Colombia sería —por supuesto— el propio Bolívar, quien nombró vicepresidente a Zea. Santander ocupó la Vicepresidencia de Cundinamarca —ex Nueva Granada— y el doctor Roscio la Vicepresidencia de Venezuela. La creación de Colombia tenía también fines políticos, buscaba generar impacto en los Gobiernos extranjeros para facilitar el reconocimiento de los nacientes países de América. El 17 de diciembre fue aprobada la Carta Fundamental de la República de Colombia, que sentaba las bases para la unión.

Por su parte, y cuatro meses atrás, el Congreso de Angostura ya había proclamado la Constitución de Venezuela, estableciendo un Senado vitalicio no hereditario y un presidente que sería elegido cada cuatro años. No coincidía para nada con la propuesta de Bolívar. Pero la discusión parecía baladí; Caracas y gran parte de Venezuela seguían ocupadas por el general Morillo y sus fuerzas realistas. Mientras no se consolidara la expulsión de los españoles, la recién creada República de Colombia y la Constitución de Venezuela existirían sólo en el papel.

Bolívar se vio sumido en una obligada inactividad. Impaciente, trató de persuadir a Páez para salir cuanto antes a la toma de Caracas. Páez se resistió; siempre tenía un pretexto para mantenerse en los llanos y no exponer a su caballería, pero esa vez era verdad que una epidemia había debilitado a su ganado caballar.

El Libertador temía que llegaran refuerzos a favor de Morillo. Si las fuerzas republicanas habían necesitado una década para equilibrar su poderío con los realistas en Venezuela y tomar el corazón de Nueva Granada, un solo contraataque de la Corona española podía generar un enorme desnivel. La capacidad de Fernando VII de lanzar una reconquista era mucho mayor que la de las desangradas y nacientes repúblicas para contrarrestarla. Y aquello fue exactamente lo que sucedió.



Congreso de Angostura, de Tito Salas. Bolívar proclama la creación de la República de Colombia en el Congreso de Angostura, el 14 de diciembre de 1819.

Ante las comunicaciones de Morillo y las solicitudes del virrey del Perú, Fernando VII organizó la pacificación de América. Estaba claro que las fuerzas realistas que se hallaban en los virreinatos españoles eran insuficientes para contrarrestar a los rebeldes, así que el rey de España recurrió a la Santa Alianza y al zar de Rusia. Todos los navíos y fuerzas militares se fueron acantonando en el puerto de Cádiz. Al final, se reunió una colosal escuadra de ataque como jamás se había visto en América: 35 barcos de guerra, 29 cañoneras, 40 transportes para llevar a los 20.000 soldados ya firmemente equipados, 3.000 jinetes con sus bestias y más de cien piezas de artillería de gran calibre.

Cuando el despliegue militar era inminente, aconteció lo inaudito. El 1 de enero de 1820, el comandante Rafael Riego, jefe de los puestos de acantonamiento del ejército que iba a zarpar hacia América, se levantó en armas contra Fernando VII para compelerlo a sujetarse a la Constitución de Cádiz. El rey no tuvo más opción que someterse a la voluntad popular y la política militar en América cambió radicalmente.

Se les ofreció ahora a los rebeldes de las colonias americanas la posibilidad de sujetarse a la Constitución de Cádiz y por ende la de abrir su participación en las Cortes de España. Esto significaba un cambio total para las Américas, de ser consideradas colonias, sus Administraciones pasarían al estatus de Reinos de Ultramar, con una mayor autonomía en el Gobierno, con representantes ante el Parlamento de la metrópoli y niveles de autogestión económica.

La orden para Morillo era que solicitara a los revolucionarios su adhesión a la Constitución de Cádiz y que se negociaran armisticios con ellos. Exclamó Morillo: «Están locos, ignoran lo que mandan, no conocen el país, ni los enemigos, ni los acontecimientos». Bolívar lo recibió a su manera y, en comunicación a Santander, exclama: «Las noticias de España no pueden ser mejores. Ellos han decidido nuestra suerte, porque ya está decidido que no vengan más tropas a América».

La situación se había tornado de lo más favorable para Bolívar y la manejó políticamente, para lo que tenía un arte impecable. El general La Torre, por encargo de Morillo, le propuso un armisticio de un mes. Bolívar lo rechazó en la medida que no contenía una oferta para el reconocimiento de Venezuela. Esto no estaba en manos de Morillo y Bolívar lo sabía, pero el armisticio fue incorporado como parte de su estrategia de guerra. Primero, en una operación relámpago, ocupó Trujillo y otros puntos estratégicos, de modo que al celebrarse el armisticio quedaran en manos republicanas.

Una vez ocupados aquellos territorios, Bolívar accedió a celebrar el armisticio con el objeto de reglamentar la guerra de *horrores y crímenes.* Morillo solicitó a Bolívar el abandono de las

posiciones obtenidas militarmente en las últimas semanas, pero Bolívar, socarrón y sabiéndose ganador, respondió que «él [Morillo] se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta». Morillo tuvo que aceptar.

El encuentro entre los dos grandes líderes y encarnizados rivales generó enorme expectativa. Se daría en Trujillo, en el mismo escenario en que Bolívar dio el decreto de la Guerra a Muerte. Morillo llegó con una comitiva de oficiales y un cuerpo de húsares, pero cuando supo que Bolívar iría aún menos resguardado, ordenó a los húsares que se retiraran.

El general español vio llegar entonces a la comitiva revolucionaria y preguntó intrigado cuál de aquellos jinetes era el famosísimo Bolívar. Cuando se lo señalaron, exclamó: «¿Cómo? ¿Aquel hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula?». Bolívar había querido llegar a lo Napoleón en Italia, sin ornamentos. Su atuendo hacía más ostensible su poca talla y su cuerpo delgado. Todo lo contrario, Morillo exhibía sus merecidas condecoraciones de guerra sobre su robusto pecho y su aspecto imponente.

El Libertador desmontó y aquellos enemigos a muerte se estrecharon en un profuso abrazo. El 26 de noviembre de 1820 se firmó el armisticio. A partir de entonces, los militares capturados heridos o enfermos no serían considerados prisioneros; también se abolía la pena de muerte a los desertores, ya que era muy común que un hombre hubiese guerreado para ambos bandos. Morillo ofreció un espléndido banquete; se libó el mejor vino y ambos bandos ofrecieron los brindis más imaginativos y expresivos. La Torre levantó su copa con aires liberales: «Por los colombianos y españoles que unidos marchan hasta los infiernos si es necesario contra los déspotas y los tiranos». Morillo brindó «por los héroes que han muerto combatiendo por la causa de su patria y de su libertad».

El ambiente se fue haciendo fraterno y alegre, para Morillo aquel no era el Bolívar bruto y bárbaro que había esperado encontrar. Quien tenía enfrente era un hombre ilustrado, de mundo, de buenos modales y de gracia exquisita. Le dijo que con la Constitución de Cádiz, los mantuanos tendrían todos los privilegios por los cuales se habían alzado. Bolívar le contestó que sólo la libertad podía, en el mundo moderno, unir América y España. Morillo estaba impresionado; aquel Bolívar era idéntico a un español de la península, aquellos mantuanos hijos de los viejos conquistadores eran hijos legítimos de la estirpe española. Bolívar, por su parte, calificó a Morillo como un hombre *de intenciones buenas.*

Apenas concluido el encuentro, Morillo se embarcó hacía España dejando al general La Torre al mando. «¡Defended a Puerto Cabello a toda costa!», dijo al final Morillo, pensando en dejar siempre una puerta de salida para las huestes hispanas. Pero entonces Bolívar demostró que al contrario de Morillo, él no había tenido *intenciones buenas,* violó el armisticio tomando la ciudad de Maracaibo en pleno corazón del lado realista. El Libertador preparaba ahora la batalla final.

San Martín, el Libertador del sur

José de San Martín había nacido para convertirse en la antítesis perfecta de Simón Bolívar. Nacido en el Virreinato de Buenos Aires en 1778, era hijo de un oficial español y una criolla. Enviado a la península a los ocho años, tuvo una educación prolija en el Seminario de Nobles de Madrid. A los once años entró en el ejército y curiosamente fue compañero de armas de Morillo en la batalla de Bailén, en la que obtuvo una medalla de oro por su valor.

A pesar de haberse criado en España, San Martín se convenció de que el camino para la

América española era el separatismo y su independencia de la península. A diferencia de Bolívar, era callado, medido y de modos introspectivos. Pero algo mayor lo contraponía a Bolívar: San Martín era un ferviente y convencido monarquista.

San Martín se convirtió en uno de los líderes militares en la lucha por la independencia de las provincias del Río de la Plata. Era reconocido como gran militar, estratega y político. Renunció al mando de las Provincias Unidas —actuales Argentina, Uruguay y Paraguay— para encargarse de la gobernación de Cuyo. Así, en Mendoza y desde 1814, fue formando un ejército con férrea disciplina y cuidó hasta el más mínimo detalle; desde sus propias fundiciones para armamentos y fábricas para confeccionar uniformes, hasta el doble juramento que hizo realizar a sus tropas ante la Virgen del Carmen.

El plan concebido por San Martín es guardado como un secreto sólo compartido con sus íntimos. Su idea era pasar con sus batallones —quienes serían los famosos Granaderos Argentinos— al otro lado de los Andes y consolidar la independencia de Chile; luego, con las fuerzas que se sumaran en ese país, iría por mar a Lima a libertar el Perú. Bolívar y San Martín consideraban que mientras no se lograra la independencia del Perú, la independencia de América siempre estaría inacabada. Y no les faltaba razón.

Desde la conquista del Tahuantinsuyu inca por las huestes españolas de Francisco Pizarro, se estableció en el Perú el virreinato más poderoso y opulento de Sudamérica. La ciudad de Lima, con su puerto, el Callao, representaba la riqueza de la metrópoli en la América española, y gozaba de un continente entero que administraba y usufructuaba a su placer. Para muchas regiones del propio Perú, lo más atractivo de la causa de la independencia sería desligarse de Lima y de su yugo económico y administrativo.

A lo largo de los siglos se fue descentralizando el poder de Lima, y se crearon el Virreinato de Nueva Granada y el Virreinato de Río de la Plata y la Capitanía de Chile estaba relacionada y la actual Bolivia era entonces el Alto Perú, es decir, parte plena del país. En cambio, la ciudad de Guayaquil se encontraba en una situación ambigua, dependía en lo administrativo de Nueva Granada y en lo militar del Perú.

El poderoso virreinato peruano, gema preciada del rey de España, se encargó en numerosas oportunidades de sofocar rebeliones en Chile, en el Alto Perú o en el Río de la Plata. Si no se ganaba al Perú a la causa de la independencia americana, los nacientes países independientes jamás tendrían la seguridad de que su estatus sería mantenido en el tiempo.


José Francisco de San Martín (1778 -1850) fue un militar argentino cuyas campañas fueron decisivas para las independencias de la Argentina, Chile y el Perú.

Llevando a cabo su estrategia con una paciencia infinita, San Martín cruzó los Andes y se enfrentó con los ejércitos realistas en Chile, a los que venció el 12 de febrero en la batalla de Chacabuco. Cuando se esperaba que San Martín culminara con la liberación de Chile, se desentendió del país, ya que su objetivo era el corazón del Perú. Los ejércitos realistas aprovecharon entonces para rehacerse, lo que obligó a San Martín a posponer sus proyectos, logrando finalmente en Maipú un gran triunfo para Chile y el continente.

A pesar de su triunfo militar, San Martín no contó con el apoyo de la clase dirigente chilena, así que tuvo que aplazar otra vez su proyecto peruano. Retornó a Buenos Aires y se encontró con una situación anárquica: las provincias buscaban autonomía frente al centralismo de Buenos Aires. Esto afianzó aún más en él la idea de la instauración de una monarquía unificadora e integradora en América.

En enero de 1820, San Martín logra el apoyo de O'Higgins —padre de la incipiente nación chilena— para invadir el Virreinato del Perú. Recibió de Chile una flota de ocho buques de guerra y 16 transportes que llevaban 4.300 hombres y 625 jinetes al mando del marino ingles Cochrane. Pero la situación de San Martín era compleja; el 1primero de febrero, en el Río de la Plata, la República se atomizó en pequeños estados soberanos, dejando apátrida al Ejército de los Andes creado por San Martín.

Entonces, el 20 de agosto y mientras Bolívar negociaba el armisticio con Morillo en el norte, San Martín se hizo a la mar. Lo lógico era atacar y ocupar Lima, pero San Martín se movía políticamente. Contra la opinión de Cochrane, desembarcó en Pisco, al sur de la capital. Desde ahí hizo los contactos diplomáticos que llevaron a la entrevista de Miraflores, donde los delegados del virrey Pezuela recibieron una propuesta que de plano les pareció inaudita: la idea de San Martín era — bajo la premisa de la independencia del Perú— coronar en América a un príncipe de la casa reinante de España.

Pezuela no pudo aceptar. A pesar de que la salida era por lo demás atractiva, él no tenía

facultades para reconocer la independencia del Perú. San Martín, en lugar de atacar, respetó otra vez a la gran capital e hizo pequeños desembarcos al norte de Lima, lo que desconcertó otra vez a los realistas. Al otro lado de la línea ecuatorial, los oficiales colombianos se preguntaban qué clase de juego era aquel de no tomar la ciudad de una vez. Pero la estrategia de San Martín dio magníficos frutos, se ganó la adhesión de gran parte de la opinión pública de Lima y al marqués de Torre Tagle, con quien se le sumaba toda la costa norte peruana.

La llegada de San Martín al Perú no le podía ser ajena a Bolívar. Así, el venezolano le escribe ansioso al Libertador del Sur: «Al saber que V. E. ha hollado las riveras del Perú, ya les he creído libres; y con anticipación me apresuro a congratular a V. E. por esta tercera patria que le debe su existencia. Me hallo en marcha para ir a cumplir mis ofertas de reunir el imperio de los incas al imperio de la Libertad».

El 23 de enero de 1821 se produjo un hecho inédito, los generales españoles Canterac y Valdés exigieron al virrey Pezuela su renuncia al cargo. Los conspiradores eran del grupo *constitucionalista,* es decir, estaban a favor de la Constitución Liberal aceptada a la fuerza por Fernando VII. El general La Serna, elegido virrey por sus propios oficiales, reanudó las conversaciones con San Martín. Entonces se produjo otro hecho inimaginable: los españoles se encontraron con que el famoso general San Martín era más monárquico que Fernando VII. La Serna propuso que la mejor solución era que los americanos acataran la Constitución de Cádiz que garantizaba la unidad de España, pero San Martín no transigió; estaba convencido de que debía coronarse un príncipe español en el Perú.

Al fin, los dos bandos se retaron mutuamente a iniciar hostilidades. Los delegados de La Serna amenazaron con «proclamar el imperio de los incas y ayudar a los indios a sostenerlo, antes de consentir que lo ocupasen los súbditos rebeldes que no tenían más derechos que los que habían adquirido de sus antepasados los españoles».

Para Bolívar, aquella situación era de caricatura. Había proclamado e impuesto el sistema republicano para las naciones del norte y a pesar de las intentonas federalistas y los interminables caudillismos, no podía concebir otro sistema que no fuera el aprendido de los filósofos franceses. El Libertador venezolano ya iba ideando la consumación de su gloria en el Perú.

Hacia el sur de Bogotá estaba la ciudad de Pasto, cuyos pobladores eran realistas a ultranza y bloqueaban el camino de los ejércitos colombianos hacia el sur y a la importante ciudad de Quito. Hacia la costa estaba Guayaquil, que el 9 de octubre de 1820 se había proclamado independiente respecto de todos los bandos, pero cuya clase política era muy afecta a formar parte de la futura monarquía del Perú.

Bolívar, si quería hacerse con el Perú, tenía que doblegar a Pasto, Quito y anexarse Guayaquil. Las cartas estaban sobre la mesa; Bolívar envió a Sucre a Guayaquil.

El triunfo: Carabobo y Pichincha

Antonio José de Sucre era oriundo de Cumaná, de familia de criollos ricos y de refinada educación. Había estudiado para ingeniero civil, pero se alistó finalmente en las tropas republicanas y batalló al servicio de Francisco de Miranda. Era un militar destacado, especialmente carismático y dotado de virtudes diplomáticas, lo que le había llevado con Bolívar a la Jefatura del Estado Mayor del Ejército Oriental con el rango de general. Por mucho, se había convertido en el más fiel oficial del Libertador.



José de la Serna e Hinojosa, conde de los Andes y virrey del Perú (1770-1832).Litografía de Evaristo San Cristóbal (1890).

Sucre era uno de los pocos que no buscaba aprovecharse económicamente del poder. Este rasgo lo compartía con Bolívar, de quien ni sus más acérrimos detractores podían decir que se valió del poder para un beneficio personal, antes bien, empleaba su peculio y lo que le quedaba de fortuna para cubrir los costes de la guerra y los sueldos de los soldados. Bolívar una vez había dicho que Sucre era uno de los mejores oficiales de su ejército y que estaba decidido a sacarlo a la luz, lo cual indica que Bolívar confiaba plenamente en su lealtad.

Sucre sugirió no tomar Quito a través de Pasto, aconsejando más bien ir por el camino de Guayaquil, lo que representaba menos obstáculos y dejaba aislados a los pastusos. Para dichos fines, Sucre obtuvo que la Junta de Gobierno de Guayaquil se sometiera a la autoridad y a la protección de la República de Colombia, otorgando a Bolívar los poderes para defender la ciudad y hasta para negociar y suscribir tratados en su nombre.

En Venezuela, ya roto el armisticio, el general español La Torre fue derrotado en Tinaquillo y obligado a retirarse al cerro de Buenavista que dominaba el camino a Carabobo. Esta vez Bolívar no fue temerario y se abstuvo de atacar, a pesar de la ansiedad que sentía por completar la independencia de Venezuela y salir hacia el Perú. Ninguna gloria estaría completa si no era la gloria de coronar la independencia americana en el virreinato peruano.

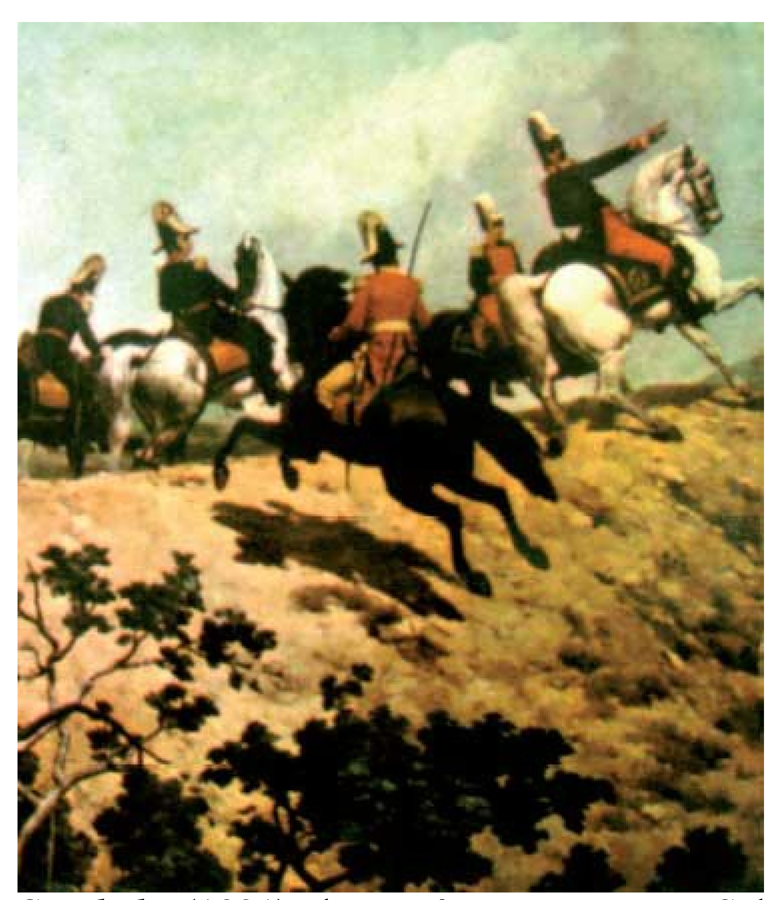
Bolívar buscó la mejor ubicación. El 24 de junio de 1821 vio a una legua de distancia al ejército español en la llanura de Carabobo. La artillería de La Torre cubría el valle que el ejército de Bolívar tenía que atravesar, pero había un camino al oeste a través de las colinas por el que era imposible el paso de la caballería. Como siempre, todo lo que sonaba imposible era posible para Bolívar. Ordenó a Páez y sus llaneros, los denominados Bravos de Apure, tomar aquel sendero aplicando toda su pericia, y a Plaza le encomendó atacar por el centro al mando del ejército principal.

Pero Páez se adelantó sin considerar lo abrupto del terreno. El ejército realista reaccionó y empezó a diezmar a los llaneros. Cuando todo parecía perdido, el regimiento Cazadores Británicos salvó a Páez a costa de la vida del coronel Farrier. Páez rehízo sus fuerzas al amparo de las balas británicas y logró penetrar por las espaldas del ejército de La Torre. Ante el ataque inesperado y el embate de los ejércitos de Bolívar por el frente, los ejércitos realistas se desbandaron en retirada.

Dos factores influyeron decididamente para la victoria republicana: la moral deteriorada de los oficiales españoles y que la mitad del ejército de La Torre estuviera integrada por soldados venezolanos prestos a una eventual deserción.

La batalla de Carabobo significó la consolidación de la independencia de Venezuela. Bolívar pudo al fin hacer su entrada triunfal en Caracas, sólo que no fue como él la había soñado. Era la ciudad que él había abandonado ante el ataque de Boves. Ahora las calles estaban vacías y sólo unas cuantas personas lo recibieron con entusiasmo. A lo largo de los días siguientes, Bolívar ofreció y organizó de todo para ganarse a la población caraqueña: bailes y banquetes, corridas de toros, obras de teatro y alegorías que representaban a Bolívar como al dios de la guerra.

En el Perú, como parecía definitivo el rompimiento de las negociaciones, los jefes de ambos bandos concertaron la reunión. San Martín y el virrey La Serna se reunieron el 2 de junio en la hacienda de Punchauca. La propuesta del general argentino era más que atractiva: crear una regencia para el Gobierno independiente del Perú, con La Serna como presidente y dos corregentes, uno designado por los realistas y otro por los libertadores. El propio San Martín se ofreció como delegado para ponerse de acuerdo con la metrópoli y traer al Perú al príncipe que fuera designado para su coronación.



Grabado de la Batalla de Carabobo (1821), de Martín Tovar y Tovar. Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, Caracas, Venezuela. La batalla de Carabobo conllevó la Independencia de Venezuela. La guerra en el territorio seguiría hasta 1823, contra los realistas que lograron escapar del campo de batalla y que lanzarían varias campañas contra el Occidente de Venezuela.

En realidad la propuesta de San Martín no era descabellada. En el caso del Perú, el monarquismo tenía raíces ancestrales: la figura del inca como Hijo del Sol, representado por el Curaca o Cacique en cada región, había sido reemplazada por la figura del rey representado por el virrey. Para los peruanos, más que para cualquier otro pueblo americano, la *República* era un concepto incomprensible e ilegítimo; el poder debía de estar encarnado en un inca o en un monarca, pero encarnado al fin.

Pero La Serna no aceptó, sus órdenes —que no recogían la realidad americana— le impedían un acuerdo de la naturaleza propuesta. Dejó Lima y se instaló en la sierra poniendo su base de gobierno en el Cuzco, antigua capital incaica. Entonces, la noche del 12 de julio, San Martín ingresó de incógnito en Lima. No quería las ovaciones, coronaciones y doncellas a las que era tan afecto Bolívar, sólo le importaba incorporar a la aristocracia limeña a su gran proyecto de monarquía independiente.

El 28 de julio de 1821, José de San Martín proclama en la Plaza Mayor de Lima la independencia del Perú. Era un duro golpe para las aspiraciones de Bolívar; no se había derramado una gota de sangre, ni permitido a las tropas el saqueo de los tesoros civiles y eclesiásticos que albergaba Lima. Sin embargo, la verdadera independencia del Perú y de América estaba lejana, la llegada del virrey a la sierra peruana había tenido todas las características de una marcha triunfal, las poblaciones eran firmemente realistas y los ejércitos de Canterac se instalaron en el valle de Jauja.



Batalla de Carabobo (1887), de Martín Tovar y Tovar.Con la batalla de Carabobo el poder de España en Venezuela fue eliminado y Simón Bolívar pudo iniciar las campañas del sur.

Bolívar escribió a Santander solicitándole 4.000 ó 5.000 hombres para que el Perú le dé:

> […] dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré —le dice refiriéndose al Perú— si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el camino de perder el camino de la vida, o de seguir siempre el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, si no es como corresponde al hijo predilecto.

Bolívar le recordaba a Santander que le había llamado *el hijo predilecto de la gloria* y no esperaba otro reconocimiento por parte de San Martín.

Pero Bolívar tenía que pensar aún en Pasto. A pesar de las ideas de Sucre, continuó con su plan militar. Un ataque frontal a los pastusos era arriesgado, era gente aguerrida y habituada a lo fragoso del terreno de aquella zona. Bolívar lo sabía, pero decidió emprenderlo por *rabia* y *despecho* ante aquellas poblaciones tan opuestas a la causa de la independencia. Procedió entonces con mayor

temeridad que en la batalla de Boyacá.

La batalla de Bombona —7 de abril de 1822— significó para el Libertador una masacre que tuvo como resultado 115 muertos y 343 heridos republicanos. Para los realistas, las pérdidas fueron de 250 efectivos entre muertos y heridos, pero habían evitado la toma de Pasto. Para Bolívar fue una de sus peores derrotas, pero los realistas también perdieron al no poder enviar tropas para la defensa de Quito. Un Bolívar fatigado, profundamente deprimido y afiebrado, tuvo que ser trasladado en camilla.

Al mismo tiempo y por su parte, Sucre había quedado cercado por las fuerzas realistas en Guayaquil. Con un despliegue de arte político, le ofreció a San Martín apoyo militar, logrando que éste, más bien, le enviara los refuerzos necesarios. Como consecuencia de esta maniobra, sumó un total de 9.000 hombres bien armados y disciplinados.

El 24 de mayo, Sucre logra un triunfo resonante en las laderas del volcán de Pichincha, y al día siguiente ocupa la ciudad de Quito. Este triunfo de Sucre, a pesar de que salvaba la campaña del sur y determinaba la independencia del actual Ecuador, podía generar los celos y el encono de Bolívar. Es más, gracias a la victoria de Sucre en Pichincha y a la capitulación de Quito, Pasto firmó finalmente su capitulación a favor de los ejércitos de Bolívar.

Pero el Libertador reaccionó con su ego habitual:

> No quiero que atribuyan a Sucre el suceso de mi capitulación —escribe a Santander—, primero, porque bastante gloria le queda y segundo, porque es verdad, muy verdad que estaban resueltos a capitular sin saber nada de Sucre; y me parece que será muy oportuno el que se haga un preámbulo en la Gaceta de nuestras glorias respectivas. Sucre tenía mayor número de tropas que yo, y menor número de enemigos; el país le era muy favorable por sus habitantes y por la naturaleza del terreno, y nosotros, por el contrario, estábamos en el infierno lidiando con los demonios.



Retrato de Simón Bolívar en 1821, tras el triunfo en Carabobo.

Bolívar sabía fehacientemente que no se habría producido la capitulación de Pasto sin la previa capitulación de Quito, pero todas sus demás afirmaciones son ciertas. Quito era muy afín a las ideas republicanas, tanto que quiso desbordarse en los hombros de Sucre. Este rehusó, a la espera de la llegada del Libertador. Conjuntamente con el Cabildo de Quito, hizo instalar una pirámide recordatoria en lo alto del Pichincha con la leyenda siguiente: «Los hijos del Ecuador a Simón Bolívar, el ángel de la paz y de la libertad americana».

Bolívar supo corresponder a los gestos más que amables de Sucre. En la Plaza Mayor de Quito, ante los miles de felices ciudadanos presentes en su homenaje y bienvenida, Bolívar se despojó de la corona de laureles y diamantes que había recibido y la puso sobre la cabeza de Sucre. «Esta corona corresponde al vencedor en Pichincha», dijo con paternal cariño.

La entrevista en Guayaquil

La ola expansiva colombiana continuaba su recorrido de norte a sur y seguía siendo implacable. El nuevo departamento de la República Colombiana se llamó Ecuador, y comprendía las provincias de Quito, Loja y Cuenca.

Guayaquil mantenía su situación de ambigüedad, aunque sus autoridades sabían perfectamente de las ambiciones de Bolívar sobre la ciudad. Incluso eran conocidas las intenciones del Libertador de llegar hasta Buenos Aires. En un ágape ofrecido por las autoridades de Quito a los héroes de Pichincha, Bolívar elevó un brindis diciendo: «No tardará mucho el día en que pasearé al pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino». A lo que un jefe argentino ahí presente le contestó, cortándole los ánimos, que la Argentina era ya un país independiente.



Grabado de la batalla de Pichincha (24 de mayo de 1882), triunfo de Sucre que consolidó la Independencia de la actual República del Ecuador.



La batalla de Pichincha abrió las puertas a las acciones de Bolívar en el sur de la Gran Colombia.

San Martín, por su parte, no estaba dispuesto a que el Perú perdiese Guayaquil. Para garantizar la inclusión de la ciudad al suelo peruano, hizo adelantar su escuadra naval con el pretexto de recoger a los ejércitos cedidos a favor de Sucre. Con sus buques anclados en la bahía de Guayaquil, sus tropas acantonadas en la ciudad y la opinión pública mayoritariamente a su favor, San Martín estaba seguro de tener los votos de la Junta de Gobierno a favor de la causa peruana. El 13 de julio de 1822, San Martín escribe a Bolívar anticipándole su viaje a Quito para encontrarse con él. Su plan era poseer previamente Guayaquil.

Pero aquel día 13, Bolívar ya estaba en Guayaquil manifestándole a la Junta su decisión de hacerse cargo de la autoridad civil y militar de la ciudad. Dos días antes, Bolívar había entrado en la ciudad, acto que más que una escena triunfal había sido una ocupación militar. El escenario político quedó reflejado en las ventanas y balcones, unos con la bandera tricolor colombiana, otros con el rojo y blanco del Perú, y un gran número con el azul y blanco de los que propugnaban la independencia de Guayaquil.

Bolívar actuó de la manera más napoleónica posible. Había recibido una carta de San Martín en la que le instaba a no inmiscuirse en los destinos de Guayaquil y le urgía a dejarla escoger libremente su destino; él hizo caso omiso y cambió a la Junta de Gobierno de la ciudad por miembros afines a Colombia.

Cuando San Martín arribó al puerto, ya todo estaba consumado. Bolívar le envió un delegado con una carta que le expresaba, muy a su manera, su satisfacción por su inesperada visita, pero a la vez su turbación al no haber tenido el tiempo de ofrecerle una recepción digna.

San Martín quedó sorprendido por la rápida acción de Bolívar y porque no le era afín ese doble lenguaje, que decía todo lo que parecía no decir. Le escribió a Bolívar, diciéndole que prefería una entrevista a bordo de su buque para no excitar al pueblo. Pero otra vez Bolívar hizo gala de aquel ajedrez que manejaba demasiado bien y le escribió: «Tan sensible me será que no venga a esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas, pero no, no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria».

San Martín estaba impresionado por la cínica política de Bolívar: de la manera más fraterna y cordial, le había dicho que Guayaquil era suelo colombiano y no peruano. San Martín perdía Guayaquil para el Perú por un golpe de mano. Lo que faltaba ahora por definir eran los términos del apoyo de Bolívar a la independencia peruana, la cual significaba en definitiva la independencia americana.



Entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín. Los dos grandes hombres estaban destinados a no entenderse.

El 24 de julio, Simón Bolívar cumplió treinta y nueve años en posesión de Guayaquil y a la espera de la entrevista con el gran Libertador del Sur y Protector del Perú. El 26 por la mañana, Bolívar fue en su busca haciendo gala de buen anfitrión.

San Martín fue recibido por Bolívar y por las autoridades nombradas por él en la casa preparada para su estancia en Guayaquil. Se llevó a cabo la ceremonia tradicional y una bella joven

colocó una corona de oro y laureles en la cabeza del argentino. Este se sonrojó y se despojó del artefacto sin saber qué decir. Luego tuvo que enfrentarse a los halagos de la multitud, que lo obligaron a salir al balcón a saludar y recibir sus ovaciones una y otra vez. Luego, la tarde dio lugar a fiestas y bailes dados en honor a un San Martín que no hacía más que observar todo con distancia y frialdad.

Al día siguiente se reunieron por fin y en privado los dos grandes líderes de la independencia americana. Se esperaba la conjunción de aquellos dos hombres. Pero la realidad era más compleja. San Martín no contaba con las fuerzas necesarias para librar batalla contra los ejércitos de La Serna, Bolívar lo sabía y estaba en posición de imponer sus condiciones. Ante ello, San Martín tenía dos frentes que defender, el militar y el político.

El argentino inició la reunión de la peor manera posible, subestimando a Bolívar. Primero le dijo que las fuerzas españolas acantonadas en el Perú no eran de mayor envergadura, cuando Bolívar sabía perfectamente que todo el Perú hacia el sur de Lima estaba ocupado por La Serna. Luego le solicitó el apoyo del ejército colombiano, como antes lo había obtenido de Chile —sin comprometer la independencia de su causa— y como él mismo se lo había facilitado a Sucre. Como respuesta, Bolívar ofreció apoyar la causa argentino chilena con los 1.500 hombres que ya tenía en Guayaquil. San Martín se quedó sin argumentos ya que la oferta coincidía con sus propias afirmaciones, pero aquel número era absolutamente insuficiente para completar la campaña del Perú.

San Martín comprendió que Bolívar no aceptaría a nadie con quien pudiera competir por la gloria. Le aseguró entonces que se retiraría a Mendoza renunciando al Protectorado del Perú, con lo cual le dejaría el camino libre. Sin embargo, y en cuanto a lo político, San Martín le dijo a Bolívar que el Gobierno en el Perú no podía ser republicano sino monárquico, régimen que sería exclusivo en América para aquel Estado y se instalaría un príncipe europeo en ese país.

Bolívar comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación. Comenzó a parecer nervioso y sus dichos, enfáticos. Le dijo a San Martín que no le convenía a la América ni a Colombia la presencia de príncipes europeos, ya que no eran parte del pueblo americano. Dijo que incluso aceptaría la presencia de un Iturbide —que se había coronado en México— antes que se instalasen dinastías europeas en esa parte del mundo.


Retrato del general San Martín de uniforme.

Para San Martín, el alma del Libertador era plenamente visible; diría luego: «Bolívar y yo no cabemos en el Perú, he penetrado sus miras arrojadas, he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña». Para San Martín eran también evidentes los posibles hechos futuros y sus consecuencias: «Él no excusará medios por audaces que fuesen para penetrar en esta República seguido de sus tropas, y quizá entonces no me sería dado evitar un conflicto al que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo».

Bolívar, por su parte, jamás creyó a San Martín sincero en sus ofrecimientos de dejar el Protectorado del Perú. Antes bien, estaba seguro de que San Martín buscaba coronarse como rey del Perú o algo parecido. Pero ¿hasta qué punto Bolívar repudiaba las ideas monárquicas para América? Sus ideas constitucionales estaban orientadas a un presidencialismo absoluto y vitalicio ejercido por él mismo; ¿no era eso lo más parecido a un *monarca* bajo la nomenclatura de *presidente?*

Al fin y al cabo, San Martín y Bolívar coincidían en la instauración en América de un Gobierno con poderes absolutos y dictatoriales, pero mientras San Martín lo proponía al abrigo de un monarca extranjero que no despertara las rencillas locales, Bolívar lo iba tejiendo de manera encubierta, haciéndose él mismo una *corona constitucional*. Mientras San Martín proponía mantener las estructuras aristocráticas vigentes y evitar interminables guerras civiles, Bolívar perseguía su gloria a través de una monarquía revestida de formas republicanas.

Al final de la entrevista de Guayaquil y perdidos el apoyo militar esperado por San Martín y la instalación de una monarquía en el Perú, el argentino ofreció su espada a Bolívar para luchar bajo su mando. El Libertador no le creyó una palabra, un hombre que había libertado a la Argentina, a Chile y a la capital del Perú, no podía ser tan humilde, y si lo era, esa humildad no era digna de confianza. Rechazó la oferta y concluyó la reunión. Habían transcurrido cuatro horas sin otro acuerdo que la salida de San Martín del Perú.

Bolívar se entregó con frenesí al baile aquella noche de homenaje y despedida al Protector del Perú. Avanzada la noche, San Martín se retiró discretamente de la escena y se embarcó con destino a Lima. El 20 de septiembre, San Martín hizo entrega de los poderes recibidos del Congreso Peruano y, tras las ceremonias y homenajes, partió hacia Chile al autoexilio de la vida privada.

Bolívar por su parte anhelaba ser convocado por el Perú. Pero entonces nacería en él su larga relación de odio y deseo con el antiguo virreinato peruano.

UNA LIBERTAD NO DESEADA

«Estoy esperando de una hora a otra alguna misión del Perú en que me llamen» le escribía Bolívar a Santander en febrero de 1823, pero nada. En marzo ya estaba indignado por la indiferencia de las autoridades peruanas: «Su Gobierno es tan infame que aún no me ha escrito una palabra; sin duda resuelto a hacer una infamia con aquel miserable pueblo».

Por su parte, el Congreso peruano pensaba muy diferente, temía que con la presencia de Bolívar se instaurara una tiranía del Libertador. Los aristócratas y criollos que dominaban el Congreso tenían una imagen de Bolívar como poco menos que la de un salvaje al mando de una horda de mestizos y negros desnudos. El Perú aspiraba, entonces, a levantar una fuerza armada independiente capaz de expulsar a las huestes españolas.

El 27 de febrero de 1823, José de la Riva Agüero, hijo de una de las más opulentas familias peruanas, fue nombrado primer presidente del Perú. El nuevo Gobierno veía dos amenazas inminentes, un ataque realista por el sur y un auxilio de Bolívar por el norte. Al fin, Riva Agüero buscó el apoyo de Bolívar, pero a su modo. Le solicitó 4.000 soldados que llevaran pertrechos de guerra, prometiendo que el Perú lo pagaría todo. Bolívar le respondió a Riva Agüero también a su estilo:

> Mi marcha a Lima puede ser mirada por mis enemigos con muy mal ojo. Hubo un Bonaparte, y nuestra propia América ha tenido tres césares. Estos perniciosos ejemplos perjudican a mi opinión actual, pues nadie se persuade de que, habiendo seguido la carrera militar como aquellos, no me halle animado de su odiosa ambición. Ya mis tres colegas: San Martín, O'Higgins e Iturbide, han probado su mala suerte por no haber amado la libertad.

Alguien que conozca sólo a medias la profunda admiración de Bolívar por Napoleón y la manera en que había desplazado a San Martín, podía dar nulo crédito a esas líneas. En realidad Bolívar no quería ingresar en el Perú sin plenos poderes, y Riva Agüero estaba dispuesto a cualquier cosa menos a concedérselos.

Bolívar jugó su mejor carta; necesitaba un buen diplomático con muñeca política, bueno en relaciones públicas y mejor militar. Nadie mejor que Sucre para la misión de preparar el terreno para su ingreso triunfal. Sucre se presentó en Lima y, con sus mejores artes, logró que el 14 de mayo el Congreso peruano invitara formalmente al Libertador.

Cuando todo parecía propicio para Bolívar, Pasto se alzó de nuevo contra el Gobierno colombiano. El Libertador, harto de aquel pueblo convertido en el principal escollo para la prosecución de su gloria, no escatimó en represalias.

La represión de Pasto fue una masacre de homicidios contra civiles inocentes, incendio de haciendas y de barrios enteros. Las familias fueron deportadas a Guayaquil y los hombres que se

negaron a ir fueron fusilados sin dilación. Cuando el triunfo parecía coronar la barbarie de los republicanos, la guerra continuó, pero entonces contra los niños pastusos de nueve o diez años convertidos en soldados realistas. Niños encarcelados y muertos, en defensa y gloria de aquel lejano Fernando VII, rey de España.

En el Perú, la situación se seguía deteriorando para los republicanos. El 18 de junio, Canterac y un gran ejército de 7.000 soldados recuperó Lima. Sucre y el Congreso se trasladaron al puerto del Callao, y Riva Agüero instaló su Presidencia en la ciudad peruana de Trujillo, al norte del país. El Congreso organizó sus últimas fuerzas en una ambiciosa y arriesgada misión en la sierra sur. El general Santa Cruz, quien estaba al mando, amenazó a La Serna y obligó a Canterac a dejar la capital peruana para ir en auxilio del virrey. La expedición de Santa Cruz fue providencial para Lima, pero terminó en un completo desastre.

La acción política premeditada por Sucre siguió abriéndole el camino al Libertador. Los conflictos desencadenaron que el Congreso destituyera al presidente Riva Agüero y que este disolviera el Congreso. Para agravar la situación, Sucre le otorgó poderes nominales al marqués de Torre Tagle hasta que retornase Riva Agüero. En la práctica, Torre Tagle se hizo con el poder, y al protestar Riva Agüero, el Congreso lo declaró traidor a la patria y nombró al primero como nuevo presidente de la República.

El primero de septiembre de 1823, Bolívar desembarcó en el Callao en medio de una gran expectativa. El desgobierno había generado un clima de inseguridadtal, que se esperó con ansias la presencia del famoso Libertador. Al puerto del Callao fueron a recibirlo el propio Torre Tagle y sus ministros. Pero esta vez Bolívar estaba tan dolido con el Perú que olvidó por completo su lisonjera diplomacia. Aseguró a los presentes que el Congreso podría contar con sus refuerzos con tal de que se «destruyeran los abusos y se introdujeran reformas radicales en todos los ramos de la Administración, que hasta entonces había sido viciosa y corrompida».



Retrato de José de la Riva Agüero (1783-1858), presidente del Perú en 1823 y el primero en ostentar el título de presidente de la República y en lucir la banda presidencial bicolor como símbolo del poder que ejercía. Estuvo en España durante la invasión napoleónica afiliándose a las logias que estaban a favor de la Independencia de América.

Obviamente, el aristocrático presidente peruano se sintió profundamente ofendido por aquellas palabras. ¿No era acaso ese Bolívar un invitado en casa ajena, como para proferir semejantes insultos? Torre Tagle era un noble de alcurnia, alguien que no podía pasar por alto un vejamen de esa laya.

En cuanto a Lima, la ciudad no desengañó al Libertador.

> Lima es una ciudad agradable y que fue rica —le escribe a Santander—; las damas son muy agradables y buenas mozas. Hoy tenemos un baile en que las veré a todas. La mesa es excelente, el teatro regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero; coches, caballos, paseos, toros, tedeum, nada falta; sino plata para el que no la tiene, que a mí me sobra con mis ahorros pasados.

El Congreso peruano otorgó a Bolívar —de lo que ya el Libertador se había asegurado— la suprema autoridad militar en todo el territorio y poderes dictatoriales. En el banquete dado en su recibimiento, Bolívar brindó en honor de José de San Martín. Los caballeros estaban impresionados por aquel hombre que no tenía nada de salvaje, y las damas se desvivían encantadas por su galanura.

Pero Bolívar no había percibido que en realidad toda aquella parafernalia no era más que una política de salón típica de Lima. Poco a poco se iría enfrentando a la realidad.

Rápidamente Bolívar se puso del lado del Congreso peruano y del presidente Torre Tagle contra Riva Agüero, quien era acusado de ponerse de acuerdo con el virrey La Serna. En persona salió hacia Trujillo para bloquear a Riva Agüero, pero en el camino le fue anunciada su captura. Este era un consuelo mínimo frente a lo que tenía ante sí: el poder de los españoles en la sierra era de no menos de 16.000 hombres perfectamente armados, entrenados y con arraigo en la población. El ejército aliado era de 5.000 soldados y todos estaban divididos: los colombianos se sentían superiores por sus victorias militares y por representar a Bolívar; los argentinos se creían más que los chilenos al haberlos libertado y por tener mejor talante; los chilenos odiaban a los argentinos y los acusaban de inmorales, y los peruanos se sentían superiores a todos los anteriores por haber nacido en el mayor virreinato de Sudamérica.

Ni en el optimismo más extremo de Bolívar, aquella situación podía ser manejable. Le escribe al vicepresidente colombiano Santander: «Todo esto se reduce a pedirle a usted 12.000 hombres. Me parece verlo saltar, como si 12.000 hombres fueran muchos para contener a los vencedores de la América meridional; pues no son y acuérdese usted. Si Colombia no quiere hacer ese nuevo sacrificio hará otro mucho mayor al perder su libertad y su fortuna».

Pero no sólo era un problema de fuerzas militares. En todo el continente, pero sobre todo en el Perú, las clases dominantes jamás aceptarían la independencia si no se garantizaba la intangibilidad de las relaciones de clase tradicionales. Esta aspiración coincidía más con el discurso de San Martín que con las propuestas republicanas de Bolívar. Así, desde febrero de 1824, Torre Tagle comenzó a urdir una conspiración que reunía a la alta sociedad peruana, a los argentinos y a todos los españoles para expulsar al «enemigo común, al zambo y sus colombianos», es decir, al «monstruo Bolívar» y sus soldados.



José Bernardo de Tagle y Portocarrero (1779-1825) conocido como el marqés de Torre Tagle, viajó a España y fue nombrado por el virrey Pezuela como intendente de Trujillo, desde donde se sumó a la causa patriota proclamando la independencia en dicha ciudad del norte peruano.

Bolívar —ignorante de sus ardides— encargó a Torre Tagle la negociación con el general Canterac para un armisticio. La idea era ganar tiempo; de Colombia no recibía más que excusas para no enviar más tropas y, si dejaba el Perú, era más que seguro que éste se convertiría en el foco de la reconquista española contra las repúblicas independientes. Bolívar se jugaba una carta que manejaba a la perfección, un armisticio que él mismo rompería y en el momento más oportuno. Pero no contaba con la traición de Torre Tagle.

El presidente peruano aprovechó la ocasión para entablar negociaciones con Canterac. Bolívar regresaba del norte cuando se enteró de la entrega del puerto y de la fortaleza del Callao —hasta entonces en poder de las tropas argentinas— a las fuerzas españolas. Bolívar se acantonó en el pequeño pueblo de Pativilca y, el 27 de febrero, el general español Monet ocuparon Lima. Monet recibió la gentil escolta del regimiento de Granaderos Argentinos, aquel gran ejército formado por San Martín.

La acogida de la sociedad limeña y del Congreso al general Monet fue de una algarabía tal, que empequeñeció los recibimientos tributados a San Martín y a Bolívar. El Congreso se puso al servicio del rey de España y Torre Tagle coronó la situación con una proclama:

> Peruanos, el tirano Bolívar y sus indecentes satélites han deseado encovar el Perú, a este país opulento bajo el dominio de Colombia; pero se ha engañado […] Bolívar me había invitado privadamente a abrir negociaciones con los españoles en el Perú, a fin de ganar tiempo para traer nuevas fuerzas, destruirlos y envolver a los peruanos en sus cadenas.

En aquel momento todo parecía perdido para los republicanos: en manos españolas estaban Lima, la opinión pública, el control político, el Callao y su fortaleza. El control del Callao hacía imposible un desembarco colombiano que jamás llegaba, y se frustraba la posibilidad de un armisticio. Sumado a todo ello, el propio Bolívar enfermó gravemente de *tabardillo* y estuvo al

borde de la muerte. Poco a poco y anulado por la fiebre, se recuperó a duras penas en su pequeño bastión en Pativilca.

Hasta ahí llegó Joaquín Mosquera, hombre de confianza de Bolívar. Él refiere que encontró al Libertador «flaco y extenuado, sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de jin, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico».

Mosquera nos dice que casi se le saltaron las lágrimas al ver a Bolívar en semejante estado. Se contuvo y, casi por inercia, le preguntó qué pensaba hacer ante semejantes circunstancias. Entonces Bolívar avivó sus ojos cóncavos: «Triunfar, —dijo con tono decidido—, tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el Departamento de Trujillo; he ordenado tomar a servicio militar todos los caballos buenos del país, y he embargado todos los alfalfales para mantenerlos gordos».

A estas disposiciones, Bolívar les sumó la destrucción de todos los bienes que no pudieran ser enviados al campamento republicano, aunque esto significara generar escasez y hambruna en las poblaciones. «Debemos poner un desierto entre los godos y nosotros», dijo Bolívar. Así como en su momento el Libertador ideó la Guerra a Muerte, ahora imponía una política de *tierra arrasada.*



Simón Bolívar y don Joaquín Mosquera en Pativilca. Composición de Tito Salas.

JUNÍN, EN LA PUERTA DE LA GLORIA

Manuelita Sáenz era la hija extramatrimonial del rico comerciante español don Simón Sáenz y la bella quiteña María Aizpuru. De espíritu ardiente, Manuelita fue internada como alumna en el Convento de Santa Catalina, pero no fue suficiente resguardo para la jovencita, quien se escapó en

los brazos de un oficial español. El idilio no duró demasiado y Manuelita volvió al hogar materno, para desposarse finalmente con el flemático medico inglés Jaime Thorne.

Manuelita se trasladó con su esposo a Lima, donde la quiteña conoció a la guayaquileña Rosita Campuzano, otra mujer enamorada de la revolución y que se convertiría en la única mujer que le robaría el corazón a José de San Martín. Ambas formaron parte de un círculo de conspiradores republicanos, y vivieron al límite del peligro y el poder.

Manuelita Sáenz recibió de San Martín la Cruz de las Caballeresas del Sol. Pero ni ella veía más futuro en Lima ni su esposo toleró más su conducta, así que fue enviada sola a Quito, al encuentro que marcaría toda su vida.

Fue aquel día en que Bolívar, en la Plaza Mayor de Quito, cedió la corona de laureles y diamantes a favor de Sucre como héroe de Pichincha. Bolívar asistió al tedeum de rigor e hizo su paseo triunfante por la ciudad, mientras paseaba su vista por los balcones adornados con las féminas más bellas del lugar. Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con los ojos profundos de Manuelita Sáenz.

La pasión entre el Libertador y Manuelita fue instantánea y brutal. «Me has hecho idólatra de la humanidad hermosa», le diría Bolívar un día. La pasión de Manuelita por la república y la libertad de América la hacían deslumbrar aún más ante el Libertador. Le escribe a ella: «Tú quieres verme siquiera con los ojos.Yo también quiero verte y reverte, y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos. ¿A que tú no me quieres tanto como yo?».

La distancia entre ambos fue inevitable cuando Bolívar salió hacia el Perú, pero ya instalado Bolívar en Lima, Manuelita no tardó en reunirse con él. Eran demasiadas las tentaciones limeñas como para que la quiteña lo dejara más tiempo solo y a placer.

Pero en el calvario de Pativilca no estaba Manuelita ni había placer alguno. A pesar de la política de tierra arrasada, ni aun los más fervientes discípulos de Bolívar creían ya en la victoria. «Hemos llegado a la crisis más terrible de la revolución. Pienso que debemos ser menos tercos que los españoles para conservar la más preciosa parte de nuestros sacrificios, ya que los destinos no quieren dejarnos el todo», le escribe Sucre a Bolívar.

El Libertador se mantuvo inflexible, tenía una visión preclara de la situación, su mente reconocía siempre oportunidades ahí donde los demás sólo percibían oscuridad y vacío. Al reflexionar sobre los acontecimientos peruanos, entendió mejor que nadie la simbiosis existente entre las clases dominantes del sur del continente y la monarquía española. En el Perú, los criollos no habían constituido una clase capaz de enarbolar su independencia, antes bien se habían sumado a la aristocracia y a los españoles para mantener su *statu quo*. Pero existía otro factor identificado perfectamente por Bolívar y que había sido decisivo en la campaña. Las fuerzas españolas ya no eran para nada un bloque sólido y homogéneo. Aquella guerra —realmente una guerra civil— se manifestó nuevamente en aquel momento final de la independencia americana.

En el Alto Perú, el general realista Pedro Antonio Olañeta contaba con 4.000 efectivos, que se sumaban a los 3.000 que tenía Valdés en Arequipa, 1.000 el virrey La Serna en el Cuzco y 8.000 Canterac en el centro. Pero Olañeta era absolutista a ultranza, detestaba la Constitución Liberal de 1812 y cuando supo que Fernando VII la había abolido el primero de octubre de 1823 y que había restaurado el absolutismo, alzó su voz y sus armas «contra los liberales, judíos y herejes» Canterac y Valdés.



Miniatura con el retrato de José de Sucre. Perteneció a Simón Bolívar y lo conservó Manuelita Sáenz.



Retrato de Manuelita Sáenz. Ella refiere que cuando Bolívar entró triunfal en Quito, ella le lanzó una corona de rosas y laureles; la corona cayó justo en el pecho del Libertador, por lo que él levantó la vista y le sonrió.

Olañeta desconoció la autoridad de La Serna y de todos sus actos desde el derrocamiento del virrey Pezuela. La Serna, quien había solicitado de Olañeta efectivos militares y recursos contra los ejércitos de Bolívar, tuvo ahora más bien que enviar a Valdés para apaciguar al rebelde. Aquel resquebrajamiento interno era suicida.

Valdés abolió el régimen constitucional en la región de Oruro en el Alto Perú, pero La Serna sabía perfectamente que no sería suficiente. El virrey se encontró entre dos frentes, libertarios y separatistas por un lado, y conservadores y absolutistas por el otro. A pesar de su ingente poderío militar, La Serna estaba políticamente aislado.

Para ganarse adeptos, el virrey La Serna abolió el régimen constitucional para todo el virreinato y se firmó el Tratado de Tarapaya, que le daba cierta autonomía a Olañeta en el Alto Perú a cambio de su fidelidad al virrey. No fue suficiente. En abril de 1824, Bolívar se enteró de la rebelión e identificó la inmejorable oportunidad. Le escribe a Sucre:

> Todo esto indica que hay división en el ejército español, y que pronto van a verse despedazados por los partidos y aun los combates. El resultado final es: primero, que Olañeta está con su división más allá de Oruro […]; segundo, que Valdés está más allá de Oruro; tercero, que estos cuerpos no pueden batirse con nosotros el mes de mayo; cuarto, que el rey se ha de poner de parte de Olañeta; y quinto, que Laserna, Valdés y Canterac deben variar de sistema para no ser perseguidos por el Gobierno de España.

El Libertador se resolvió a emprender una campaña sorpresiva y emuló su propia gesta, que terminó con el triunfo en Boyacá. Planeó con milimétrica exactitud un ataque a las fuerzas españolas acantonadas en Jauja, en la sierra central al mando de Canterac. Aquel plan se parecía también al de Boyacá en que significaba el cruce de las moles de la cordillera andina, esta vez del lado peruano. Las opiniones de los oficiales republicanos estaban divididas. El cruce de los Andes significaría duras penurias e inevitables pérdidas humanas, y de las tantas solicitudes formuladas, sólo se habían recibido 2.500 hombres de Colombia, mientras Canterac podría recibir refuerzos realistas de las zonas aledañas.

Bolívar tomó la decisión final. En Consejo de Oficiales celebrado en Huamachuco, el Libertador se impuso. El propio Bolívar describe sus planes:

> Este medio mes debemos emplearlo en preparativos. El mes de mayo en marchar y el mes de junio en combatir. Si los enemigos no han recibido el refuerzo de las tropas de Valdés, necesariamente deben dejarnos el Valle de Jauja sin combatir, porque son inferiores a nosotros; y si viene Valdés con sus tropas, entonces los esperamos en una buena posición y los convidamos a un combate estando cerca de ellos.

Bolívar soñaba con que la campaña fuese decisiva para la independencia americana. Haciendo gala de sus dotes políticas y con calculado cinismo, le escribe a Olañeta:

> Si La Serna lograre por un milagro del cielo, un suceso en el Perú, la España no sería beneficiada por el producto de este suelo. Una independencia absoluta pero constitucional, sería el fruto de esta ventaja. Y esta Constitución, tan viciosa por su naturaleza, sería de tal modo opuesta a los intereses de todos, que ni la América, ni la España, ni la libertad, ni la religión, lograrían la menor mejora.

Mientras Bolívar cruzaba los Andes, superando montañas y lagunas congeladas, La Serna y Valdés continuaban bregando por una salida a la rebelión de Olañeta. Bolívar, brioso y radiante, organizaba la travesía. Había nombrado a Sucre como general en jefe del Ejército Aliado, y colocado en el pináculo militar más alto a quien verdaderamente podía llegar a hacerle sombra. «Él

es el venezolano de más mérito que yo conozco y como Dios le dé una victoria será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el Sur lo habrá hecho todo hasta Potosí», le escribe a Santander sobre Sucre.

En el Alto Perú se dio lo inevitable. De acuerdo a lo predicho por Bolívar, las fuerzas realistas se enfrentaron entre sí el 4 de junio. A pesar de su triunfo, Valdés tuvo que hacer concesiones a Olañeta para salir apurado a la defensa del Cuzco.

A finales de junio, después de cruzar montañas escarpadas, senderos angostos y abismos interminables, Bolívar y buena parte de su ejército llegaron a Cerro de Pasco. Muy a su estilo, impregnó de mística a sus batallones. Decía en su proclama:

> ¡Soldados! Vais a contemplar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud. ¡Soldados! Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. ¡Soldados! El Perú y la América entera aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo.

Canterac se sorprendió con la presencia de Bolívar en la sierra central. En su parte de guerra explica:

> Para cerciorarme de si era efectivo que el general Bolívar empezaba sus operaciones, me dirigí rápidamente con el ejército de mi mando sobre Pasco y, habiendo averiguado que marchaba por la orilla derecha de la laguna, retrocedí para dirigirme a atacarlo por la retaguardia, a fin de interponerme entre él y este valle.

Pero el Libertador no permitió a Canterac corregir su rumbo. Eran las dos de la tarde del 6 de agosto de 1824, el ejército de Canterac retrocedió para tener la mejor posición de ataque y Bolívar dio la orden de avanzar con la mayor rapidez para interponerse entre el ejército realista y el valle de Jauja. Cada ejército se desplazó uno al frente del otro por los senderos oriental y occidental que desembocan en la planicie de Junín.

Bolívar vio que la infantería de Canterac, por su conocimiento del terreno, tomaba ventaja sobre sus ejércitos. La posición de Bolívar no era ventajosa, pero ordenó a la caballería bloquear el paso realista a la pampa de Junín. El acceso era a través de un sendero y sus regimientos no lograron reagruparse a tiempo. Ya no había marcha atrás. Si Bolívar no hacía frente a la batalla, era seguro que sería atacado y diezmado por Canterac. Entonces ordenó a Necochea, comandante de la caballería, hacerle frente a las fuerzas realistas.

Los Granaderos de Colombia y los Granaderos de los Andes chocaron con la caballería de Canterac. Ninguno de los dos ejércitos hizo uso de su infantería ni artillería. El impacto entre ambos bandos fue a sable y espada, fiero y brutal. La caballería española era superior en número y destreza, eran 1.300 hombres a caballo sobre 900 republicanos. El propio Canterac conducía valeroso a su ejército y minaba poco a poco la caballería de Bolívar. Los Granaderos de Colombia penetraron en las filas enemigas hasta la retaguardia de Canterac, pero al mismo tiempo Necochea caía prisionero y sus filas eran diezmadas y se desbandaban. Cuando la batalla parecía ganada por el bando realista, irrumpieron en escena los Húsares del Perú con el comandante Manuel Isidoro Suárez a la cabeza, que se encontraba en la reserva, y tomaron por la retaguardia a la caballería realista. Los Granaderos

de Colombia se rehicieron al mando de Laurencio Silva y restablecieron el equilibrio de fuerzas. En la arremetida, los pechos españoles y americanos que defendían la causa realista fueron atravesados sin misericordia por las estacas independentistas.

Las acciones habían favorecido de manera alternada a ambos bandos y el propio Bolívar pensó haber sido derrotado hasta casi el final. A las seis y media de la tarde se anunció el triunfo republicano en Junín. Canterac se retiró hacia el Cuzco a toda prisa, dejando en su camino todo tipo de valiosos pertrechos militares. Si hubiese podido contar con el ejército de Valdés, el final podía haber sido otro. Ahora las fuerzas españolas se reagrupaban en la antigua capital del Tahuantinsuyu.

5

El fantasma de Bonaparte

El abrazo final

Es la mañana del 9 de diciembre de 1824 y 50 hombres se reúnen amistosamente en el centro del campo de batalla. De manera inédita, los generales Monet y Córdova —del lado realista y republicano respectivamente— han autorizado a sus bandos a tomar contacto con los amigos y familiares que puedan tener en el frente contrario. El sol es tibio y seco, y como si este clima quisiera dibujar las contradicciones que habitan en aquellos hombres, la brisa es fresca y helada.

Entonces dos españoles se encuentran, son el general de brigadier realista Antonio Tur y el teniente coronel republicano Vicente Tur. «Ay, cuánto siento verte cubierto de ignominia», dijo el primero. «Yo no he venido a que me insultes, y si es así, me voy» contestó el segundo. Ahí, delante de las armas que escarnecerán sus cuerpos en la batalla, ambos hombres lloran abrazados. Es el llanto de una América partida, de realistas americanos y de republicanos españoles, es la amargura del desencuentro, de la identidad perdida y de una guerra civil que ya ha costado demasiada sangre.

Después de Junín, el Libertador había decidido volver a Lima. Recibió numerosos informes de importancia sobre la llegada de 3.000 hombres de Colombia y del empréstito por tres millones de pesos dado por Londres al Estado peruano y que podían ser malversados. Pero en realidad Bolívar se había puesto a buen recaudo tras los riesgos vividos en el triunfo de Junín.

Bolívar no era un cobarde, es más, tal vez consideraba la muerte en el campo de batalla como la mayor consagración a su gloria. Sin embargo, tenía el pleno convencimiento de la importancia que su propia integridad suponía para la causa de la República y de la independencia americana. Su frágil figura y su enorme carácter eran lo único que daba estabilidad y solidez a los países recién libertados.

El Libertador salió de Sañayca el 7 de octubre, dejando a Sucre en el mando con órdenes expresas: «No dar batalla a La Serna hasta recibir refuerzos suficientes y adecuados». El virrey había movilizado sus ejércitos hasta Ayacucho y su posición no era gratuita; Ayacucho representaba el eje comercial entre Cuzco y Arequipa y era baluarte de la causa realista en el Perú. Con las fuerzas de Canterac y Valdés, el ejército de La Serna sumaba más de nueve mil efectivos.

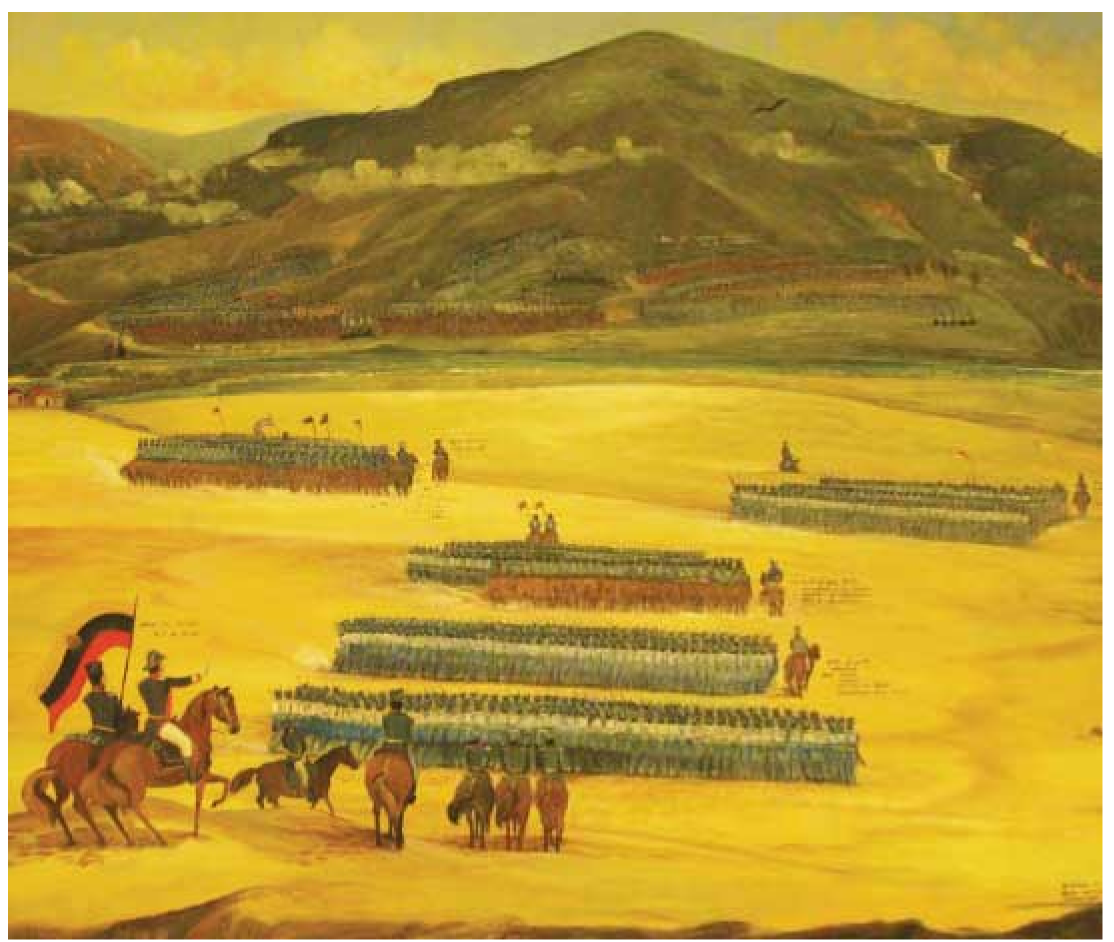
Bolívar no ocultaba ni su preocupación ni su sentimiento de culpa por dejar solo a Sucre; desde Jauja le escribió aconsejándole que actuara con la mayor cautela hasta que le llegaran refuerzos. Era como un padre que temía por su hijo. A través de aquella guerra brutal e inevitablemente sangrienta, llena de intereses mezquinos y traiciones, había surgido en el Libertador un sentimiento inédito, el cariño hacia el hijo que jamás había tenido, verse prolongado en aquel hombre noble y gran soldado, al que sentía como hechura suya.

Pero sus preocupaciones y sentimientos se vieron interrumpidos por la ira y el desengaño. El Congreso de Colombia decidió retirarle sus poderes extraordinarios como presidente de la

República en campaña, el mando de los ejércitos del sur y el derecho de conceder ascensos. Era inaudito que, con el ejército libertador en el momento decisivo, que marcaría en uno u otro sentido la suerte del continente, se menoscabaran el poder y la autoridad de su Libertador. Pero la ley y su reglamento emanados del Congreso eran perfectamente previsibles.



El genio militar de Sucre en la batalla de Junín, paso previo a la emancipación americana.



Batalla de Ayacucho. Se desarrolló el 9 de diciembre de 1824. En castellano Ayacucho significa 'Rincón de los muertos', lo que le añade simbolismo a la batalla que selló la independencia americana.

En la Gran Colombia se veían con celos y nada disimuladas envidias las meteóricas carreras militares de Sucre, Córdova y tantos otros oficiales que ganaban ascensos y privilegios, gracias a sus triunfos en el campo de batalla. A esto obedecía también que el vicepresidente Santander bloquease las constantes peticiones de Bolívar de refuerzos militares. La reacción de Bolívar no se hizo esperar, escribió a Santander comunicándole su dimisión del cargo: «En lugar de darme las gracias por mis servicios —le dice—, se quejan de mis facultades». Luego delega en Sucre el mando del ejército colombiano, pero este —que ya conocía las argucias políticas de su jefe— reunió a sus generales , quienes finalmente suscriben una carta al Libertador para desagraviarlo de la «atroz injuria» cometida por el Gobierno colombiano y para rogarle que continúe al mando de las tropas. Junto a esta carta, Sucre le ofrece a Bolívar enviar otra al Congreso para transmitir la petición de los oficiales republicanos.

En cualquier caso, era imposible que el Libertador dejase el poder, el poder era él. Le hubiera bastado hacerse presente en la Gran Colombia para tenerlos a todos a sus pies.

Bolívar tenía previsto organizar un ejército en la costa, al que denominó Ejército del Norte; para ello volvió a una Lima que era ahora tierra de nadie, tomada por guerrilleros, saqueada por ladrones, desabastecida y presa de hambrunas. Los limeños recibieron al Libertador con algarabía, lo izaron en hombros y la multitud lo tomó como a su salvador; él representaba el orden frente a la anarquía provocada por el presidente Torre Tagle, el vicepresidente y todas las autoridades aunadas al lado realista y que habían ejercido su poder sólo en el papel.

La clase política peruana se refugió en la fortaleza del Callao y Bolívar organizó su Gobierno en el Perú. Como si no hubiera dimitido, volvió a solicitar soldados y pertrechos a Colombia. Luego

le escribe a Santander: «He vuelto de mi campaña con demasiada fortuna, pero sin un suceso decisivo por falta de un número suficiente de tropas». Luego le refiere que «el general Sucre ha quedado mandando al ejército con orden de observar al enemigo de cerca, y de aprovechar las ventajas que le ofrezcan; está autorizado para todo, aunque muy recomendado de tener prudencia hasta que yo [Bolívar] lleve los refuerzos que nos vienen de Colombia».

Pero a Sucre le era muy difícil quedarse quieto. Escribe a Bolívar y le explica su aversión por la guerra defensiva, la considera desventajosa y desesperante sobre todo al tener en cuenta que sus tropas son de obrar a la ofensiva. Sucre respiraba su deseo de revancha; el 3 de diciembre, la mitad del batallón de Rifles había sido diezmado en una emboscada realista en la quebrada de Matará, y no estaba dispuesto a que le sucediera de nuevo.

Es el 9 de diciembre, en el campo y antes de la batalla, los soldados, oficiales, amigos y familiares de ambos bandos se reúnen; los generales Monet y Córdova siguen conferenciando. El general español propone un acuerdo de paz sin derramamiento de sangre; Córdova acepta, pero a cambio de la independencia del Perú. Finalmente no hubo acuerdo o pareció no haberlo.

El ejército realista era superior en todo: estaba formado por 7.000 hombres frente a 5.700; estaba hasta siete veces mejor equipado en cañones y pertrechos militares; su ejército tenía mayor experiencia de campo y disciplina. Pero el virrey y sus destacados generales Valdés y Canterac ya no tenían por qué ni para quién luchar.

En dos horas se produce la victoria de Ayacucho. Sobre el desarrollo de la batalla y el final de la misma, se han tejido un sinnúmero de especulaciones. El propio informe oficial de Sucre dirigido a Bolívar es vago y escueto, lo más destacado es la lealtad a ultranza del primero: «Está concluida la guerra y completada la libertad del Perú. Por premio para mí, pido que usted me reserve su amistad».

Son demasiados los hechos poco claros sobre esta batalla, su trascendencia nos hace examinarlos. En primer lugar, que la diferencia de fuerzas —muy superiores respecto al frente realista— haya concluido con una rendición de 2.000 soldados hábiles del lado español; que la última batalla por la independencia americana se haya definido en apenas dos horas; que el virrey La Serna tomara las armas como un simple soldado y fuera hecho prisionero, como si quisiera justificar su entrega del país; que el propio informe de Canterac sólo estuviera pensado para justificar la capitulación sin dar detalles de la batalla; y que la capitulación sea tan increíblemente generosa con los vencidos.

En conclusión, lo más probable es que la batalla se desarrollara bajo el arreglo previo de concluirla al cabo de alguna señal de ambos mandos. Sucre declara en su informe la pérdida de 1.800 hombres y 700 heridos realistas, y de 310 muertos y 709 heridos republicanos, cifras realmente inverosímiles si se considera el balance en contra de sus fuerzas. También declara que tiene bajo su poder al virrey La Serna, al teniente general Canterac, a cuatro mariscales, 10 generales de brigada, 16 coroneles, 78 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, más de 2.000 soldados de tropa, inmensa cantidad de fusiles, municiones y elementos de guerra. Todos rendidos. Pero ¿para qué luchaba y a quién defendían La Serna y sus generales? ¿A favor de quién blandían sus espadas? En realidad, para aquellos españoles de ideas constitucionalistas, la defensa de la América española había terminado. ¿No estaba el rey mucho más cerca de las ideas de Olañeta que de la causa que ellos representaban?

El valor y heroísmo de los generales españoles era reconocido por todos. El propio Valdés era muy admirado por Sucre, quien no dudó en invitar al general vencido a almorzar y agasajarlo en un brindis: «Bebo —dijo— por el que, si hubiera nacido en América, habría sido el mejor defensor de su independencia». En cuanto a Sucre, en su informe al Libertador sólo pide su amistad; seguro que

temía sus celos, aquellos que una vez casi se desbordan tras su triunfo en Pichincha.

Pero los planes del Libertador para con Sucre son absolutamente distintos. La guerra de la independencia había concluido, pero quedaban muchas otras guerras por delante.

El proyecto del Libertador

Bolívar había alcanzado el pináculo de la gloria; era el Libertador de América, el hombre que ya había ganado su lugar en la historia del mundo y emancipado a medio continente de España. Finalmente no eran relevantes los ríos de sangre que había costado su gesta, no importaban los catorce años de muerte y desolación, él sabía que todo se olvidaría, que la historia y el desdén de las generaciones se encargarían de olvidar el dolor de aquellos miles de españoles y americanos que sufrieron una de las guerras más crueles que ha concebido la humanidad.

Las noticias tardaron un poco en llegar de Ayacucho a Lima; el primer emisario enviado por Sucre fue atacado y muerto a pedradas por los indígenas de la zona, siempre fieles al rey. La misma noche del 21 de diciembre en que supo Bolívar del triunfo y de la capitulación de Ayacucho, lanzó una proclama que describe perfectamente sus sentimientos para con Sucre: «Esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José Sucre y demás generales, jefes, oficiales, tropas […] El ejército libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre ha terminado la guerra del Perú y aún del continente americano por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas en el Nuevo Mundo».

Sucre fue nombrado gran mariscal y recibió nada menos que el título de Libertador del Perú. Para alguien como Bolívar, que no aceptaba sombras ni menos aún el título de *Libertador* para otro que no fuese él mismo, aquel desprendimiento para con Sucre era inaudito. Y es que Bolívar acababa de iniciar su proyecto más querido, el que se había forjado desde sus ideas y ambiciones a lo largo de los años, en cada exilio, en cada discurso y en el recuerdo inmenso de Napoleón. Y en ese proyecto tan querido, Antonio José de Sucre tenía un espacio fundamental.

No era pues la gloria de la espada la que había movido a Bolívar a lo largo de su vida, era la gloria del estadista, del unificador y del monarca. No deseaba la fama del general, quería la gloria del rey. Lo que tenía el Libertador ante sí ya no era la guerra de independencia, era su propia epopeya por obtener la gloria, y para ganarla tenía que vencer en tres frentes: la unificación política del continente, la desintegración de las estructuras coloniales y la legitimidad constitucional de su poder.

Para su primer objetivo convoca una asamblea dirigida a integrar a la América hispana. Era obvio que la mayor oposición para su proyecto unificador nacería de las clases dominantes de cada una de las naciones, así que era necesario apoyarse en la clase política de cada una en tanto estuvieran sujetas a su mando. Por ese motivo, Bolívar no dejó el Perú; sabía que era el eje natural de América, lo había sido con los incas y con los españoles, y su situación geopolítica era determinante.

El Libertador formuló entonces la convocatoria a un congreso en Panamá, y delegó en Santander como vicepresidente de Colombia las gestiones a nivel de cancillerías. El objetivo político de Bolívar se diluiría si la asamblea tuviese una dimensión panamericana: su interés por unificar la América hispana para sí sería imposible con la presencia de los estados del norte. Por ello fue más que claro en sus instrucciones a Santander: «No nos conviene admitir en la Liga al Río de la Plata; segunda, a los Estados Unidos de América, y tercera no libertar a La Habana».



AVISO

AL PUBLICO.

Lima Diciembre 18 de 1824.

GRAN VICTORIA

TRIUNFO DECISIVO

El ejército libertador al mando del jeneral Sucre ha derrotado completamente al ejército español el 9 del presente mes en los campos de Guamanguilla. El jeneral La-Serna que lo mandaba, ha sido herido y se halla prisionero con los jenerales Canterac, Valdes, Carratalá y demas jefes oficiales y tropa. Por consiguiente, todos los bagajes del enemigo, su armamento y pertrechos, se hallan tambien en nuestro poder. El teniente coronel Medina, ayudante de S. E. el Libertador conducia los partes oficiales de la accion; y es de lamentar la desgracia que tuvo de ser asesinado en Guando por los rebeldes de aquel pueblo. Mas todas las autoridades de los lugares inmediatos al sitio de la batalla, avisan oficialmente el triunfo de nuestras armas, añadiendo que el jeneral Canterac que quedó mandando el campo, despues de haber sido herido el jeneral La-Serna, capituló con el jeneral Sucre estipulando espresamente, que la fortaleza del Callao se entregará al ejército libertador.

El 9 de diciembre de 1824, se ha completado el dia que amaneció en Junin; al empezar este año, los españoles amenazaban reconquistar la América con ese ejército, que ya no existe. Los campos de Guamanguilla han sido testigos de la victoria que ha terminado la guerra de la independencia en el continente de Colon. Alli se ha decidido la cuestion que divide la Europa, que interesa inmediatamente á la América, que es trascendental á todo el jénero humano, y cuyo influjo alcanzará sin duda á mil de mil jeneraciones que se sucedan: esta cuestion es, si el mundo debe gobernarse por el poder absoluto de los que se llaman Lejitimos, ó si es llegada la época en que los pueblos gozen de sus libertades y derechos. En fin, el ejército libertador ha resuelto el problema y ha levantado el último monumento que faltaba á su gloria: la gratitud escribirá en él los nombres de los vencedores de Guamanguilla, y del ilustre jénio que ha dirijido la guerra, que ha salvado al Perú y que en los reveses de Febrero no ha encontrado, sino nuevos caminos para la gloria: su fama durará hasta la muerte del mundo, y este es un presentimiento que tienen todos los corazones que suspiran por la libertad.

Lima. 1824 *imprenta administrada por J. Maria Concha*

(Tomado de "GACETA DEL GOBIERNO")

Aviso de la *Gaceta del Gobierno* que informa del triunfo del ejército libertador de Ayacucho.

El objetivo de Bolívar era que el Congreso de Panamá diera lugar a una Liga o Federación de Naciones integrada por Colombia, Perú, el Alto Perú, Chile, Guatemala y México. Si se debatía la libertad para La Habana, nunca lograría consensos, y descartó de plano a los países sobre los que no tenía injerencia, la futura República Argentina, los Estados Unidos y Haití, ya que sabía que jamás podría integrarlos bajo su dominio.

Para la desintegración de las estructuras coloniales, Bolívar entendió que la base de cualquier contrarrevolución que pudiera atentar contra la independencia era la poca identificación del pueblo con la causa emancipadora. Los criollos y aristócratas podían ser republicanos por conveniencia; sin embargo, el pueblo seguiría reclamando al rey de España si la República no reconocía sus derechos. El Libertador parte en consecuencia con dirección al Cuzco —corazón de los Andes históricos— para resolver el denominado «problema del indio».

En el camino hace escala en Arequipa, donde recibe abundante correspondencia de Sucre. El *Libertador del Perú* no se había quedado quieto desde su victoria en Ayacucho y, sin descanso, partió hacia el Alto Perú para enfrentar a Olañeta. Ahí el problema era múltiple; el Alto Perú tenía la vocación de constituir una república independiente; históricamente era parte del Virreinato del Perú, pero desde finales del siglo XVIII había transitado al Virreinato del Río de la Plata y luego la provincia de Puno de vuelta al Perú. Por ello, el Congreso de Buenos Aires y el de Lima consideraban al Alto Perú como parte de su territorio y desconocían las pretensiones autonómicas de sus líderes.



Simón Bolívar representado por el célebre artista José Gil de Castro en 1825.

Sucre vivió en carne propia el repudio de los pobladores del Alto Perú contra el Gobierno de La Plata, el respaldo a Olañeta y vio en estas circunstancias la necesidad de apoyar la causa de su independencia como fórmula para ganarse a la población a favor de la República.

Sucre convocó la Asamblea del Alto Perú para decidir su organización política. Bolívar se opuso radicalmente, consideraba que Sucre se estaba entrometiendo en un tema delicado de política exterior entre Lima y Buenos Aires, y si él tomaba partido por uno u otro, podía menoscabar su poder. Bolívar le escribe a Sucre y le dice que el derecho público americano determina que los nuevos países se funden sobre sus límites coloniales, por lo que si se consideraba al Alto Perú como parte del Río de la Plata, él estaría afectando su condición de jefe del Gobierno del Perú.

Sucre logró la incorporación de La Paz y Potosí a la República y derrotó a Olañeta el 1 de abril de 1825 en la batalla de Tumusla. La Serna y Canterac no se equivocaron, el rey Fernando VII nombró a Olañeta virrey del Río de la Plata, pero este ya había fallecido al día siguiente de la batalla.

Bolívar recibió las buenas nuevas sobre Olañeta junto con las noticias de una delegación argentina que había aceptado respetar los deseos de autonomía de los altoperuanos. Sólo así el Libertador accedió a las peticiones de Sucre, y promulgó el 15 de mayo de 1825 el Decreto de Arequipa que autorizó la Asamblea del Alto Perú. Según Bolívar: «Por no dejar mal puesta la conducta de Ud., por complacer al Alto Perú, por acceder al Río de la Plata, por mostrar la liberalidad del Congreso del Perú y por poner a cubierto mi reputación de amante de la soberanía popular y a las instituciones más libres». ¿Eran esas sus verdaderas motivaciones? ¿No estaba lo suficientemente partida América como para concebir un nuevo país? La respuesta la da el propio Bolívar en carta dirigida a Sucre el 30 de mayo y en la que ve en la inminente nación un respaldo para su Federación de Naciones. Aquel nuevo país le sería más fiel que cualquiera, habría nacido de sus manos.

El Libertador no olvidaba el problema del indio. Al llegar al Cuzco el 25 de junio de 1825, tuvo una recepción apoteósica, las calles estaban adornadas con brocados de oro y plata, las coronas de rosas y laureles volaban de las ventanas en homenaje al Libertador. Los ricos lanzaban monedas de oro y la ciudad le regaló un caballo enjaezado de oro y las llaves de la ciudad. Las damas del Cuzco le ofrendaron una corona engarzada de perlas y diamantes, y durante un mes Bolívar se quedó en la ciudad gozando de fiestas y recepciones, pero ocupándose del indio de manera concreta y directa.

Bolívar empezó aboliendo la institución del cacique indígena, la misma que había perdurado a lo largo de la colonia y del virreinato como una clase privilegiada por España, y que había servido de puente con la maza indígena para beneficio de la hegemonía hispana. Con su propósito de atender a la base social del país, se ocupó de todos y cada uno de los temas de fondo, dando orden de que:

> Los jornales de los trabajadores de minas, obrajes y haciendas deberán satisfacerse según el precio que contrataren en dinero contante sin obligarles a recibir especies contra su voluntad y a precios que no sean los corrientes de plaza [...] Nadie puede exigir un servicio personal sin que preceda un libre contrato del precio de su trabajo.

Y las reformas, verdadera revolución social de la época, no terminan ahí. Bolívar enfrenta también el problema crucial de la tierra. Con espíritu liberal y democrático, decreta el 4 de julio de 1825 que los indios sean propietarios de los terrenos que posean, trabajen y donde estén asentados, con pleno dominio para vender y enajenar. Protege además la propiedad de la tierra contra los caciques y los recaudadores fiscales y se establece el repartimiento de las tierras otorgando más terrenos a los cabeza de familia.



Representación de la batalla de Tumusla, que se desarrolló el 1 de abril de 1825.

Al final, el Libertador hizo el mayor honor a su nombre. Ya en Chuquisaca el 22 de diciembre de 1825, Bolívar abolió el tristemente célebre Tributo Real por el cual los indios debían pagar a la Corona un tributo, por el solo hecho de ser indios y súbditos del rey de España.

Una Constitución a la medida

El altiplano andino, el aire enrarecido por estar situado a más de 4.000 metros de altitud y un lago tan extenso que parece más un pequeño mar, el Titicaca. La ciudad de La Paz recibió a Bolívar con júbilo, era el 19 de agosto de 1825, trece días antes, la asamblea había votado por la independencia del país y él era su emblema. La comisión de la Asamblea Constituyente altoperuana comunicó al Libertador que la nueva nación llevaría su nombre. ¿Qué hay más grato para el ego de Simón Bolívar que un país con el nombre de *República Bolívar*?

La Asamblea Constituyente solicitó al Libertador un proyecto de Constitución para la nueva República y nada podía ser más oportuno, cuando era indispensable para él legitimar su gobierno del continente. El Congreso de Panamá avanzaba a toda marcha en su organización y una Constitución era el instrumento jurídico ideal para legalizar y armonizar su presidencia de Colombia, su dictadura del Perú y su presencia en la que sería finalmente Bolivia.

Entonces Bolívar sintió, al mismo tiempo, que se iba tejiendo y destejiendo la gran obra de su vida. Por un lado había recibido la solicitud de Buenos Aires de apoyar al Gobierno de La Plata ante la amenaza del Brasil, y por el otro supo de una corriente política en Venezuela orientada a separarse de la Gran Colombia. Por un lado se abría la posibilidad de hacer mayor la Federación americana bajo su imperio, y al mismo tiempo trataban de fraccionar lo único que él creía sólido.

El Libertador llegó a Potosí el 5 de octubre y los delegados del Congreso argentino, el general Alvear y el doctor Díaz Vélez, lo hicieron el 8. Bolívar no podía disponer sobre la guerra y la paz fuera del territorio peruano facultades que reposaban en los Congresos de Colombia y del Perú. Sin embargo, jamás rechazaría la oportunidad de extender su poder del Orinoco hasta el Río de la Plata. El Libertador recibió a los delegados argentinos en el Palacio de Gobierno y le escribe luego a Santander: «Ellos me han repetido fuerte y enérgicamente que la guerra con el Brasil es inevitable […] Me han dicho, terminantemente, que yo debo ejercer el protectorado de la América, como medio de salvarla de los males que la amenazan».

Santander, por supuesto, consideró poco menos que una locura la posibilidad de una guerra contra el Brasil. Bolívar le escribe indignado: «Yo no mando ahora sino pueblos peruanos y no represento un grano de arena de Colombia. Si los brasileños nos buscan más pleitos, me batiré como boliviano, nombre que me pertenece antes de nacer». Santander trata de hacer entrar en razón a un Bolívar que ya comenzaba a parecerse demasiado a Napoleón: «Usted no puede batirse con los brasileños sin comprometer en cierto modo a Colombia, pues ni puede ni debe prescindir del carácter de presidente de la República de Colombia». Santander tenía razón y es probable que Bolívar fuese directo a su Waterloo.

El conflicto se resolvió con la independencia de la banda oriental del Río de la Plata, por exigencia del Imperio del Brasil y bajo el auspicio de Inglaterra. Para un sector de la opinión pública argentina, el desmembramiento de la nación y la creación de Uruguay era mejor que tener a Simón Bolívar en su territorio. Por el lado de Bolívar, la situación dada y abortada despertó aún más su sed de grandeza.

En cuanto a los deseos de Venezuela de separarse de la Gran Colombia, Bolívar escribe a Santander: «Los porteños y los caraqueños que se encuentran en los extremos de la América meridional son por desgracia los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera». En el alma de Bolívar empieza a anidar el cansancio, su gesta le ha tomado la vida y su lucha lo comienza a dejar sin fuerzas. Las enfermedades lo agobian más a menudo y se afeita el bigote por eliminar el aspecto de decadencia que ya le daba el mostacho a su rostro. Tiene una meta y

es la gloria, a ella le dedicará lo que le quede de vida.

Pero dentro de su alma también están las dudas y contradicciones. Mira hacia atrás y ahora ve a su patria en contra de su gesta, esto le duele y desconcierta. Su tío Estaban había vuelto y quién sino él para expresarle sus dudas; se refiere primero al desastre provocado y luego lo justifica:

> Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es lo que fue. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza […] ¿Dónde está Caracas?, se preguntará usted. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio.

Pero Bolívar debía centrarse en su proyecto mayor y retorna a Lima. El 7 de febrero de 1826 llega a Chorrillos y se aloja en la residencia de La Magdalena. Ahí supo que días atrás había caído el último foco realista en el Perú. Era el general José Ramón Rodil, quien junto con Torre Tagle y el Gobierno peruano aliado de Canterac había terminado recluyéndose en la fortaleza del Callao desde diciembre de 1824. De manera estoica, Rodil había esperado los refuerzos realistas por mar, pero, abandonado por España, se mantuvo heroico: cientos de sus hombres murieron de hambre y enfermedades —entre ellos Torre Tagle— hasta que logró una rendición honrosa y dejó el Perú con honores de guerra.

Las fuerzas mentales y espirituales de Bolívar estaban ahora en su proyecto de Constitución de Bolivia, aunque en realidad la estaba ideando para su Federación de Naciones. Mientras la construía mentalmente, su espíritu estaba puesto en el Congreso que se gestaba en Panamá y sus sentidos se complacían con cuanta limeña hermosa podía tener en su alcoba. Era como en sus tiempos de campaña, pensaba mejor cuando de pronto lo dejaba todo por la cintura de una dama. Sus amoríos en Lima fueron legendarios, también sus escándalos, pues tenía consigo una vez más a Manuelita Sáenz, su pareja eterna que soportaba sus infidelidades, siempre y cuando no las viera. Si hallaba al Libertador in fraganti, podía arrancarle los cabellos o arañarle la cara desfigurándolo, a pesar que la propia Manuelita se hizo también famosa por llevar a su alcoba al hombre que le gustara.

La Constitución de Bolívar consagraba tres instituciones fundamentales: la Igualdad Social, el Poder Electoral y la Presidencia Vitalicia. De hecho, Bolívar toma como punto de partida su proyecto de Constitución presentado al Congreso de Angostura siete años atrás y que no fue acogido. Ahora consideraba que su nuevo proyecto era perfecto, como ideal el momento para imponerlo. La Igualdad Social desintegraría las estructuras coloniales de dominación, y aboliría privilegios y establecería la igualdad de razas, oficios, religión y riqueza. El Poder Electoral se sumaba a la división clásica de poderes de Montesquieu; se crearían Colegios Electorales que designarían y nombrarían a los legisladores, diputados, jueces y sacerdotes, y se convertiría en el origen de la Administración pública. La Presidencia Vitalicia creaba un elemento estable y permanente en el Estado, un Ejecutivo que actuara como representante del bien público. Explica Bolívar: «Para que un pueblo sea libre debe tomar un Gobierno fuerte, que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía popular y el abuso de los grandes».



Batalla de Ayacucho. En esta batalla se consagró la gloria de Antonio José de Sucre.

El Libertador sabe que está en terreno pantanoso. Es natural que su proyecto sea tildado de monárquico. Bolívar aclara que una monarquía estaba descartada porque era una institución extraña a la realidad americana, pero en la realidad su presidente vitalicio era al final, inevitablemente, un rey sin corona.

Santander le escribe que la Constitución tendría amigos y enemigos, y que «la vitalidad del presidente y el nombramiento del vicepresidente sufrirán censuras severas, y quizá también la invención de dividir la administración entre estos dos empleados». Pero si estas eran dudas para Santander, se convirtieron en certezas cuando supo que la Constitución boliviana estaba destinada no sólo a Bolivia, sino a la Federación de Naciones andinas y, sobre todo, cuando se enteró de que el vicepresidente y sucesor de Bolívar no sería otro que el héroe de Ayacucho.

ENTREVISTA DE DOS TITANES

Los dos hombres se encontraban después de largos enfrentamientos y disputas. Era el encuentro de dos personalidades que se guardaban tanto admiración como encono, que habían sido amigos y se habían enfrentado a lo largo de los últimos cinco años. Aunque esta vez, Bolívar y Santander —en la pequeña ciudad de Tocaima— tenían que definir el rumbo de la Gran Colombia.

El Libertador continuaba con su relación de amor y odio con el Perú. Por una parte era tratado a cuerpo de rey, con sus gastos y los de Manuelita Sáenz cubiertos en todos sus excesos, pero era cuestionado por lo mismo y por los costos de su ejército en tierra peruana. Sólo en agua de colonia para Bolívar se gastaron 8.000 pesos, la Sáenz recibía 2.000 pesos al mes y en total los gastos del Libertador cubiertos por el Tesoro peruano —en los cuatro años como dictador del Perú— llegaron a 300.000 pesos, aparte de los regalos que recibió por otros 200.000.

La presencia de Bolívar en el Perú era tan cuestionada por unos como requerida por otros. Los diputados en su mayoría opinaban que las tropas colombianas debían abandonar el Perú. Pero el Libertador no hacía caso, estaba hechizado por Lima, era lo más parecido a una metrópoli y geopolíticamente se encontraba equidistante de Chile, Buenos Aires, Potosí, La Paz, Quito, Bogotá y Caracas. En el Congreso de Panamá, los delegados del Perú fueron los primeros en llegar, nada menos que un año antes.

Santander, desoyendo las instrucciones del Libertador, convocó una asamblea panamericana que

despertó las suspicacias de todo el continente. Estados Unidos fue invitado y sus delegados llegaron tarde. Inglaterra envió un delegado con instrucciones de ver, oír y sólo hablar sobre el respeto a los principios de su derecho marítimo, el freno a la influencia norteamericana y a un acuerdo con España; Chile estaba en medio de la anarquía política y no podía posicionarse respecto del Congreso; y Buenos Aires fue invitado, pero no envió delegados por desconfiar de Bolívar.

El deseo del Libertador era que el Congreso de Panamá diese lugar a una federación permanente que contuviera una alianza ofensiva y defensiva en materia militar, una calidad de árbitro entre las nuevas naciones, y un creciente carácter soberano de carácter supranacional. Propuso poner al Imperio británico a la cabeza de la Federación de los Andes, pero era un ardid; al final esperaba que la asamblea rechazara una cabeza extranjera y lo pusiera a él al frente.

El Congreso de Panamá se inauguró el 22 de junio y se clausuró el 15 de julio de 1826. Fue un fracaso, los acuerdos sólo fueron generalidades y buenos deseos, y ni siquiera por eso fueron ratificados rápidamente por los Estados. Fue una frustración para el Libertador y en ese sentido le escribe a Páez: «El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos, consejos; nada más».

La Constitución se había quedado sin federación donde aplicarse. Bolívar entendió que tendría que hacer el camino a la inversa, imponer su Constitución a las naciones bajo su mando y hacer que de ello fluyera la estructura política y su organización institucional. Entonces, le escribe a Sucre:

> El plan parece que debe ser este: en cada estado un vicepresidente según la Constitución boliviana; el presidente general debe tener un vicepresidente y sus ministros también generales. Para llenar este fin creo indispensable nombrar a Santa Cruz para Bolivia y que usted sea el vicepresidente general. Para el Perú no faltará un hombre de mérito. Si usted rehúsa a este servicio, también lo haré yo y todos perecerán en medio de una confusión espantosa.

Pero la idea de la Presidencia Vitalicia generó conflictos agudos en el Perú. La opinión pública entendió que esta era una fórmula para ser subyugados por Colombia; si la Gran Colombia integraba los territorios de la mitad norte del continente, ¿no era más que evidente que Bolívar quisiera ahora hacerse dueño del Perú ya que tenía también el Alto Perú? El 6 de julio, dos escuadrones de húsares se amotinaron contra los colombianos y se develó una conspiración para asesinar a Bolívar el 28 de julio, aniversario de la independencia proclamada por San Martín. Contra la opinión pública y el propio Congreso, el Libertador llevó a cabo la consulta de su Constitución de manera ilegal ante los colegios electorales. Él estaba convencido de que el voto popular no le sería favorable y no se equivocó, mediante una campaña de terror —incluidos fusilamientos y deportaciones— hizo que los colegios electorales aprobaran la Constitución boliviana como carta magna.

Simón Bolívar se sabía el eje de la América hispana y se sentía destinado a ser el rey de las Américas. Pero ¿todos compartían su idea de unificar América y hacerlo bajo su trono? El Libertador se dirige a Sucre, que se había quedado al mando del Gobierno altiplánico, solicitando que Bolivia jure su Constitución. Sostiene que «todos recibirán esta Constitución como el arca de la alianza y como la transacción de la Europa con la América, del ejército con el pueblo, de la democracia con la aristocracia y del imperio con la república. Todos me dicen que mi Constitución va a ser el gran móvil de nuestra reforma social». ¿Estaba Bolívar realmente convencido de lo que decía? Decididamente no, él sabía perfectamente que tendría que imponer su Constitución a los pueblos, así como había tratado de imponer su Federación de los Andes.

Santander no estaba de acuerdo con la Presidencia Vitalicia de Bolívar, peor aún con la figura del vicepresi-dente, que terminaba siendo en la práctica un príncipe heredero. Ciertamente Bolívar había nombrado a su sucesor y lo había aleccionado a través de los años como si se tratara de su hijo biológico. Un año antes, el 26 de abril, le escribe a Sucre las mejores líneas que han salido de su pluma para nadie: «Usted está llamado a los más altos destinos, y yo preveo que usted es el rival de mi gloria, habiéndome ya quitado dos magníficas campañas, excediéndome en la amabilidad y en actividad, como en celo por la causa común». Así Sucre estaba llamado a suceder a Bolívar o a superarlo; Bolívar estaba obsesionado con su monarquía americana y con el liderazgo de ambos; pero Santander estaba dispuesto a impedirlo.



San Martín proclama la Independencia de Perú en 1821 (1904), de Juan Lepiani. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima, Perú. Fue más un acto simbólico. Los ejércitos del virrey La Serna se mantenían en la sierra centro y al sur del país.

Bolívar se entera de la insurrección de Páez en Venezuela y del rechazo de Santander a que la Constitución boliviana reemplace a la Constitución de Cúcuta. Al Libertador no le queda más que dejar Lima el 3 de septiembre de 1826, e ir en busca de Santander, quien ya había enarbolado toda una campaña en contra de Bolívar, su Constitución y la Presidencia Vitalicia. Bolívar le escribe: «Si usted y su Administración se atreven a continuar la marcha de la República bajo la dirección de sus leyes, desde ahora renuncio al mando para siempre en Colombia, a fin de que lo conserven los que saben hacer este milagro».

Santander se alarmó y consideró prudente anticiparse a la llegada de Bolívar a Bogotá; le dio alcance en Tocaima.

La entrevista fue tensa; Santander enarboló la ilegalidad de la rebelión de Páez contra la Gran Colombia y la usó para defender la Constitución de Cúcuta vigente; además cualquier cambio o enmienda sólo podía darse desde 1831. Santander, con habilidad diplomática, fue suavizando los

términos de la disputa hasta decirle a Bolívar que ni él ni el pueblo colombiano podían aceptar la modificación de la Constitución de Cúcuta, a menos que el Libertador restableciera el orden constitucional y develara la revuelta de Páez.

Bolívar no podía oponerse a la sensatez de estos argumentos, sobre todo con que iban a favor de la estabilidad de la Gran Colombia. Santander finalmente fue al tema de fondo; le dice a Bolívar que eran aceptables la Constitución de Bolivia y la Presidencia Vitalicia, pero de ninguna manera la Vicepresidencia Hereditaria. Sólo con esta sugerencia, Santander y su partido darían todo su apoyo para el establecimiento de una confederación integrada por la Gran Colombia, el Perú y Bolivia, bajo el vínculo de la Constitución boliviana.

Bolívar se invistió de las facultades extraordinarias que le confería la Constitución de Cúcuta para los casos de conmoción interior, y salió hacia Venezuela en busca de Páez.

Este podía ser el comienzo de una sangrienta guerra civil. Páez enarbolaba los viejos estandartes de razas de Boves y Piar, y congregaba a los llaneros en contra de Bolívar y Santander. Páez difundió entre el pueblo la idea de que el Libertador —por ser caraqueño, blanco y mantuano— pretendía implantar una monarquía que oprimiría a los desposeídos, mucho más que los 400 años de dominación española.

Entre dos fuegos: Páez y Santander

Las calles de Caracas están vestidas de fiesta. Es el 10 de enero de 1827 y desde un carruaje, Bolívar y Páez saludan hermanados a la multitud. Las casas están vestidas con las banderas multicolores de las naciones americanas, incluso la bandera de los Estados Unidos flamea en homenaje al Libertador. Entre los vítores y aclamaciones, y confundida entre la multitud, una negra anciana contempla la escena. Apenas la vio Bolívar, ante el asombro de todos, saltó del carromato de honor y corrió en busca de la mujer para arrojarse a sus brazos; era un abrazo con su pasado, con sus juegos de infante y con aquella época en que ya era el dueño de sus deseos: era un abrazo con su esclava y nodriza Hipólita, la negra que recibía ahora a su Simoncito, con lágrimas de felicidad en los ojos.



Retrato de Simón Bolívar en 1827.

¿En qué momento se dio cuenta Bolívar de que había hecho una mala elección al respaldar a Santander? En aquellos momentos de fuerzas encontradas y caudillismos, el vicepresidente se había puesto en contra de los ascensos militares de los oficiales en campaña, ¿tendría el Libertador el apoyo de sus generales ahora que se trataba de sofocar una insubordinación en Venezuela y en respaldo de Santander? Tal vez recibió el informe de sus oficiales de confianza, que le hicieron ver la inconveniencia de una guerra civil y nada menos que contra un héroe de la independencia como lo era Páez.

El general Páez se había propuesto levantar a toda Venezuela en contra de Bolívar y del Gobierno de Bogotá. En abierta rebeldía, convocó un congreso nacional de Venezuela con el objetivo directo de lograr su separación de Colombia. Bolívar le escribió:

> Contra mí el general Labatut se perdió; el general Castillo se perdió; contra mí el general Piar se perdió; contra mí el general Mariño se perdió; contra mí el general Riva Agüero se perdió y contra mí se perdió el general Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles; y vea usted hasta dónde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz.

Bolívar pudo haber enumerado a muchos otros enemigos personales como a San Martín y al famoso Morillo. Pero junto con aquella admonición, el Libertador entendió que debía buscar el apoyo de Venezuela y tender un puente hacia Páez. El 19 de diciembre de 1826 dictó un decreto en el que ofrecía la convocatoria a los colegios electorales para la realización de una Convención Constituyente.



Retrato de don José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete. Dibujo original de David Lozano. Trató de independizar el Perú sin la intervención de fuerzas extranjeras. Fracasó en el intento y Bolívar fue invitado a Lima.

Este era un triunfo para Páez, Bolívar había pasado por encima del Congreso de Bogotá para la convocatoria. Como respuesta, Páez dejó sin efecto su convocatoria para el congreso nacional. El Libertador había roto el hielo y de inmediato se apuró en celebrar la reconciliación con el rebelde. Le escribe: «Si usted quiere venir a verme, venga, Morillo no desconfió de mi lealtad, y desde entonces somos amigos». Bolívar llegó a Puerto Cabello y dictó un decreto en contra de todo lo acordado con Santander. Dio amnistía total a los rebeldes y otorgó a Páez la suprema autoridad civil y militar de Venezuela.

Bolívar supo que Páez se hallaba acantonado en Valencia. Le escribe entonces sin dilación: «Voy a darle a usted un bofetón en la cara yéndome yo mismo a Valencia a abrazar a usted. Morillo me fue a encontrar con un escuadrón y yo fui solo, porque la traición es demasiado vil para que entre en el corazón de un grande hombre». El 4 de enero se dio el gran encuentro de ambos, los hombres se abrazaron emocionados y sus espadas se enmarañaron, trataron de separarse y Bolívar, divertido, le dijo que aquello era un buen presagio.

Fue entonces que ambos entraron juntos a Caracas en medio de ovaciones. El Libertador llenó de regalos a Páez: dos hermosos caballos chilenos, una lanza y una botonadura de oro, y hasta la espada de oro y piedras preciosas que había recibido de Lima por el triunfo de Ayacucho. Bolívar respiraba su triunfo político, mientras en el Perú y en el segundo aniversario de Ayacucho, sus autoridades habían jurado la Constitución boliviana y declarado a Simón Bolívar como presidente vitalicio, bajo el título de Padre y Salvador del Perú.

Pero Bolívar no estaba tranquilo, sabía la reacción que provocaría en Colombia por el tema de Páez. Le escribió a Santander diciéndole que su objetivo había sido evitar la guerra civil; sin embargo, nada pudo evitar la indignación del vicepresidente, que se sumó al partido antibolivariano y a las manifestaciones públicas contra el Libertador. Luego entendió que la única forma de contrarrestar a Bolívar y recuperar su menoscabado poder era hacerlo a través de la instalación del Congreso; y al final terminó respaldando una rebelión peruana en contra de Bolívar, protagonizada

por el coronel Bustamante.

En el Perú, la división militar estaba al mando del general Lara —incondicional de Bolívar—, pero la mayoría de oficiales eran colombianos y dirigidos por Bustamante. Manipulado por Santa Cruz y quizá por Santander, Bustamante depuso a los jefes venezolanos y se manifestó en contra de todo tipo de dictadura. Reunido el Cabildo de Lima, adoptó poderes constitucionales y declaró abrogada la Constitución boliviana y terminados los poderes de Bolívar. La división colombiana fue enviada a Guayaquil, conjuntamente con todos aquellos personajes considerados indeseables para el nuevo Gobierno, como el general Córdova y la misma Manuelita Sáenz, quien no se había detenido en sus maniobras políticas a favor del Libertador.

Bolívar estaba indignado, explotó de furia. La traición de Santander, de Santa Cruz, de Bustamante. Le escribe al vicepresidente masticando su furia, le dice que le ahorre en el futuro la molestia de recibir nuevas cartas suyas. Luego le escribe a Urdaneta: «Santander es un pérfido, según se ve por la carta que ha escrito usted, y no puedo seguir más con él; no tengo confianza ni en su moral ni en su corazón».

Lo que no calibraba Bolívar es que Santander tenía sus propias y quizá legítimas demandas. De ningún modo se habría opuesto a los planes de Bolívar si él hubiera sido el elegido para ocupar la Vicepresidencia reservada para Sucre. Santander era un héroe de la independencia, de la batalla de Boyacá, con gran historial militar y experiencia de gobierno. Además, ¿no era él como vicepresidente de Colombia el llamado a ocupar la Vicepresidencia de la Federación de Naciones? A pesar de que se había opuesto a muchas de las decisiones del Libertador, ¿no habían sido más de una vez sus opiniones las acertadas? En suma, consideraba que poco o nada se le podía reprochar.

En cuanto al héroe de Ayacucho, no sólo habría entendido la designación de Santander, sino que la hubiera agradecido. En realidad, Sucre –que permanecía en La Paz por obediencia a Bolívar– deseaba retirarse a Quito para hacerse con la mujer de sus sueños; carecía totalmente de aquella ambición por el poder y por las riquezas que movían las voluntades de sus coetáneos. Santa Cruz escribe sobre él: «Es preciso precavernos con mil ojos sobre Sucre que en nada se parece al Libertador, siempre franco y siempre justo».

El 12 de junio de 1827 se reunió el Congreso de Colombia convocado por Santander. Primero se ratificó la amnistía para los actos subversivos, lo cual fue un triunfo para Páez, pero luego se abrogaron los poderes especiales dados al Ejecutivo, con lo cual quedaban sin efecto los poderes dados por Bolívar al mismo Páez. Bustamante había sido apresado un mes atrás, pero persistía un movimiento separatista de los departamentos del sur. Bolívar movilizó un gran contingente de tropas para develarlo, e informó oportunamente al Congreso, pero su presencia militar y su poder jugaban en un doble sentido, amedrentaban a los legisladores en su beneficio.

Las discusiones del Congreso se focalizaron entonces en la pertinencia o no de una Convención Constituyente, tal como lo había decretado el Libertador en Venezuela. Los partidarios de Santander pregonaron que dicha convocatoria era anticonstitucional y los de Bolívar trataron de imponerse apoyados en la inminente cercanía de las tropas del Libertador, quien había desembarcado en Cartagena con 800 veteranos. El Congreso, entonces, por ley del 25 de julio de 1827, convocó una convención que debía reunirse en Ocaña el 2 de marzo del siguiente año.

Santander estaba desesperado ante la presencia de Bolívar en Colombia. Declaró que habría preferido la llegada de Morillo a la de Bolívar y que el Libertador traía el humor de Bonaparte al regreso de Egipto. Bolívar no se quedó atrás, a pesar de las leyes aprobadas por el Congreso, ejercía poderes dictatoriales, movilizaba tropas y nombraba y ascendía a funcionarios y oficiales a su libre decisión.

El 10 de septiembre, Bolívar hizo su entrada a una Bogotá que lo esperó con sus calles llenas de fría curiosidad, se encaminó hacia el Congreso y prestó juramento. De inmediato informó al vicepresidente Santander de que había prestado juramento y de que, por tanto, desde ese momento se hacía cargo del poder en toda Colombia. El Libertador se encaminó entonces a la Casa de Gobierno donde le esperaba Santander.

El vicepresidente ofreció su mesa a Bolívar y este la aceptó. Bolívar sabía manejarse a la perfección en estos casos: si hubiera estado ante un problema menor, habría descargado su furia; pero ante un enemigo mayor como lo era Santander, su conducta sabía ser cordial y marcada por una amable superioridad. A la mañana siguiente fue Santander quien visitó a Bolívar en su quinta, lo encontró aún en su alcoba y se excusó formalmente por el asunto de Bustamante. Al final —muy al estilo de Bolívar— terminaron compartiendo viejas anécdotas de su vieja amistad.

El Libertador logró que el Congreso ratificara sus decretos dictatoriales, se enfrascó en la organización del estado colombiano, y aprovechó para nombrar a empleados de su plena confianza. Gobernó con total respeto a la ley, lo cual sirvió para calmar las inquietudes de todos los bandos políticos en Bogotá, aunque no servía de nada para afrontar las conspiraciones en Lima, las insurrecciones en Bolivia y Guayaquil, y las permanentes revueltas en Colombia y Venezuela contra la Constitución boliviana.

De la convención a la dictadura

La frustración de Bolívar iba en aumento, en la misma medida que su salud se iba desmoronando. Sufría permanentemente del estómago y las enfermedades contraídas en quince años de campaña militar lo hacían parecer más viejo y enjuto. Si se lo veía a lo lejos, parecía un pequeño don Quijote sin barbas, pero bastaba con tenerlo cerca y sentir el fuego de su mirada para saber que se estaba ante un hombre superior al común denominador. Sin embargo, la muralla que la historia iba levantando entre él y la gloria producía en su ánimo accesos depresivos, de los que salía por momentos y de pronto con raptos eufóricos.

Para evitar estos vaivenes del alma, Bolívar recurre a su más seguro remedio. Expulsada de Lima y tras fracasar en todos sus intentos por seducir al general Córdova, Manuelita Sáenz recibe la carta del Libertador. En ella Bolívar le dice:

> El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven. Tuyo de alma.

Manuelita llegó y se alojó cerca de palacio. Por las mañanas vestía una fina bata que mostraba a los visitantes sus brazos desnudos, evidenciaba sus firmes muslos y la fuerte redondez de sus caderas; así recibía noticias, daba recados y enviaba mensajes. Por la tarde se vestía de oficial, andrógina y llamativa; y de noche se ponía colorete, se peinaba con elegancia y se paseaba con brillo y coquetería por los mejores salones de Bogotá.

Bolívar había triunfado con la convocatoria al Congreso Constituyente de Ocaña. Nadie mejor que él sabía mover esos hilos. Todos sus triunfos políticos habían sido fruto de asambleas, congresos y convenciones, en ellos se movía como pez en el agua. También sabía amedrentar, deportar y hasta

ejecutar opositores de ser necesario, como la elección manipulada en los colegios electorales del Perú. Sin embargo, ahora se enfrentaba a un hombre que lo conocía demasiado bien y que había consolidado su poder y la adhesión del pueblo colombiano mientras él estaba en el Perú. Bolívar se enfrentaba a un oponente de talla mayor.

Santander realizó una gran campaña proselitista en la elección de diputados para el Congreso Constituyente de Ocaña. Colombia votó a favor del vicepresidente y el Libertador escribe: «La Nueva Granada se ha confederado contra mí y ha buscado a mis enemigos para que triunfen sobre mi opinión y sobre mi nombre. Santander es el ídolo de este pueblo».

Finalmente, en teoría había ganado Bolívar, pero muchos de sus diputados elegidos eran proclives al federalismo y opuestos al centralismo de la Constitución boliviana. El Congreso de Ocaña se instaló el 9 de abril de 1828. El Libertador midió sus fuerzas y supo que la ratificación de la Constitución boliviana era utópica, así que decidió enviar una propuesta constitucional intermedia; al mismo tiempo, instalaba con mil pretextos sus poderosas tropas en Bucaramanga —muy cerca de Ocaña— para dejar caer su sombra.

Bolívar planteó una modificación gradual de la Constitución de Cúcuta, sobre todo para llenar los vacíos identificados a lo largo de sus años de vigencia. Nadie se esperaba ese viraje político del Libertador, pero Santander replicó. El proyecto de Bolívar se consideraba de todos modos un régimen presidencial fuerte, así que en sentido contrario, Santander propuso dividir el país en 20 departamentos, cada uno con su asamblea legislativa, y la creación de un consejo de Estado, cuyas decisiones debían ser acatadas por el presidente.

Bolívar vio y meditó todas y cada una de las actitudes de sus diputados, muchos de ellos ahora partidarios del federalismo y de Santander. Entonces tomó la decisión: ¿podía aquel que llevase el título emérito de Libertador subyugar la voluntad del pueblo como un simple tirano? Pero si no quería una derrota estrepitosa —que desintegraría Colombia y menguaría su poder— debía prevalecer por la fuerza y hacer que apareciera como el producto de la voluntad popular.

El 10 de junio, 20 representantes fieles a Bolívar dejaron la asamblea para privarla del quórum necesario para deliberar y decidir. Casi al mismo tiempo, se produjeron en el interior del país múltiples manifestaciones orientadas a imponer una contradicción, la dictadura del Libertador.

Con el uso de un poder absoluto, Bolívar abrogó la figura de la Vicepresidencia y con ello —con muy poca etiqueta—, Santander fue relevado de todo cargo público. En su proclama al asumir la dictadura, Bolívar evidencia que subestimaba el intelecto del pueblo de Colombia. De manera burda juega con sofismas:

> ¡Colombianos! No os hablaré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas seréis más que libres, seréis respetados; además, bajo la dictadura, ¿quién puede hablar de libertad? ¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!



Simón Bolívar representado en un grabado de 1828.

Lo que no había medido el Libertador es que toda tiranía genera por sí misma el germen de la rebelión. El general La Mar había tomado el poder en el Perú, con la convicción de que debía rehacer la dignidad del país recuperando el Alto Perú y Guayaquil. Gamarra y Santa Cruz, quienes rivalizaban entre ellos en ambición de poder, secundaban al presidente en contra de Bolívar. Aunque para Gamarra el asunto era más personal, el Libertador había sumado entre sus interminables conquistas una escandalosa aventura con su fogosa y enérgica esposa.

El 13 de abril de 1828, en Chuquisaca-Bolivia, se amotinaron unos regimientos bolivianos bajo el grito de «¡Viva Gamarra!» y «¡Mulatos no!», contra la presencia del ejército colombiano. Sucre —de cuya probidad nadie dudaba— enfrentó la situación con coraje, apareciéndose a caballo, de uniforme y sombrero de pico ante la guarnición. Al llegar al patio central del cuartel, un disparo le quemó el brazo. Lo que no le había ocurrido a Sucre en toda la guerra de independencia, le sucedía con sus propios soldados.

Gamarra invadió Bolivia bajo el cínico pretexto de resguardar la vida del héroe de Ayacucho, e hizo que las tropas colombianas abandonaran el país. Sucre se embarcó amargado hacia Guayaquil el 3 de agosto de 1828, la movilidad de su brazo y de su mano derecha estaba afectada y su ejército había sido despedido con el grito humillante de «¡Fuera mulatos!». Sucre tenía otra motivación, había contraído nupcias por procuración y ansiaba estar con su esposa, la marquesa de Solanda.



Agustín Gamarra comenzó la carrera religiosa que abandonó para alistarse en las filas realistas desde 1809. Llegó a teniente coronel, pero se involucró en conspiraciones republicanas y se sumó a la causa de la Independencia al lado del ejército libertador de José San Martín.



Miniatura de Simón Bolívar, 1828.

El 3 de julio, Bolívar lanza una proclama en la que da rienda suelta a sus sentimientos para con los peruanos:

Os convido solamente a alarmaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aún profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos colombianos del Sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora vindicta.

Era la respuesta que La Mar esperaba. El presidente peruano movilizó su escuadra para bloquear los puertos de Colombia y hacerse con Guayaquil.

A finales de julio, mientras Bolívar sólo pensaba en cómo destruir a La Mar; Manuelita —en medio de una reunión subida de copas— tuvo la ocurrencia de disfrazar un muñeco como si fuera Santander y hacerlo fusilar por un destacamento de granaderos para regocijo de los concurrentes. Esto ofendió a Santander, quien cuando supo que se gestaba un atentado contra el Libertador, no movió un dedo por salvarle la vida.

Bolívar quería a Santander lo más lejos de la escena política y lo propone como ministro plenipotenciario en Washington. Santander aceptó, pero conocedor de la conspiración, se opuso a cualquier acto de violencia mientras él se encontrara en Colombia. El asesinato del Libertador se iba a ejecutar en una fiesta de disfraces, pero Bolívar se enfadó por celos provocados por Manuelita y providencialmente se retiró de la escena. Todo estaba ahora planeado para octubre, pero uno de los conspiradores hizo un torpe comentario público que evidenció sus planes. Los atacantes no tenían otra salida: procedían de inmediato o abortaban el proyectado magnicidio.

La conspiración había nacido dentro de un grupo oscuro autodenominado Sociedad Filológica, cuyos miembros estaban imbuidos de los modelos franceses y romanos como Bruto y Casio. La Sociedad tenía una vinculación con la masonería, lo cual hace el ataque a Bolívar mucho más extraño, ya que el Libertador —e incluso José de San Martín— eran miembros de la Logia Masónica.

A la medianoche del 25 de setiembre de 1828, diez hombres al mando del francés Horment irrumpieron en palacio dando gritos de «¡Viva la Libertad!» y «¡Muerte al tirano!». Tres guardianes murieron y uno quedó herido. Era el reflejo de lo acontecido en 1541, cuando de idéntica forma fue asesinado Francisco Pizarro, el conquistador del Perú. ¿Se dio cuenta el Libertador de que su situación de tirano era vista igual que la del conquistador español? Bolívar trató de abrir la puerta de su alcoba, pero Manuelita lo atajó, lo obligó a que se vistiera y lo hizo saltar por la ventana salvándole la vida.

Cuando llegaron los conspiradores preguntaron por Bolívar, Manuela los despistó diciéndoles que se encontraba en el Consejo. El Libertador estaba escondido debajo del puente que cubre el río de San Agustín, empapado de fango y esperando el momento de salir. Tiritando de frío, Bolívar llegó al final a la Plaza Mayor, donde fue recibido por los vecinos con vítores y entusiasmo: «¿Queréis matarme de gozo cuando estoy próximo a morir de dolor?», dijo a punto de desmayarse.

La corona del Libertador

Muy por encima de la amenaza sufrida, Bolívar sentía profundamente la mancha que el atentado dejaba en la historia. Se le había tratado como un tirano y su gloria había sido mancillada. De cualquier modo podía alcanzarlo la muerte menos de aquel modo infame.

Catorce personas fueron ejecutadas por haber conspirado contra el Libertador, aunque el mayor

acusado —Santander— fue indultado y enviado a prisión a Cartagena. El ex vicepresidente, por lo menos, había encubierto la conspiración, pero era demasiado poderoso como para aplicar la pena capital con él.

El general La Mar continuaba con sus maniobras militares al sur de Colombia. El 4 de octubre de 1828, O'Leary comunica a Bolívar que la flota peruana bloqueaba Guayaquil y que el propio La Mar se movilizaba con 4.000 efectivos. Entonces el Libertador encomienda las acciones de guerra y de paz a su hijo político y militar. Por eso, cuando Sucre llega a Guayaquil, Bolívar es más que efusivo:

> Todos mis poderes, buenos y malos, los delego en usted. Haga usted la guerra, haga usted la paz; salve o pierda al sur, usted es el árbitro de sus destinos, y en usted he confiado todas mis esperanzas». En otra carta añade: «Que sepan que yo le he dado a usted el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, usted es uno conmigo excepto en su bondad y en mi fortuna.

Las insurrecciones brotaban a lo largo del país. En Popayán el comandante José María Obando se rebeló en nombre del rey de España y la religión católica. El Libertador envió a Córdova al mando de 1.000 hombres, y postergó su ambicionado proyecto de construir el Canal de Panamá. Ahora la gran preocupación de Bolívar era que Obando se sumase al ejército de La Mar, aunque él mismo usaba la guerra para justificar sus planes de invadir el Perú.

En Tarqui, el 27 de febrero de 1829, Sucre logró una sonada victoria contra los ejércitos de La Mar; con sus 4.500 soldados vencía a 5.000 improvisados efectivos peruanos. Sin embargo, Sucre no quiso humillar al vencido, así que le requirió las mismas condiciones ofrecidas antes de la batalla. El Tratado de Girón fijó las fronteras entre Colombia y el Perú, de acuerdo a como estuvieron definidas por el Virreinato de Nueva Granada y el Virreinato del Perú en 1810, sin embargo La Mar no desocupó Guayaquil aduciendo que en la placa recordatoria de la batalla se vejaba al Perú.



Representación de Simón Bolívar en 1829.

Por su parte, Obando le había cerrado al Libertador las tres salidas hacia el sur y hacia el Perú, así que a Bolívar no le quedó más que negociar haciendo múltiples concesiones al rebelde, nombrándolo general y eximiendo a los pastusos del servicio militar por un año. El Libertador había transigido por conveniencia, pero demostró valentía y temeridad entrando en Pasto el 8 de marzo de 1829, sin seguridad personal y al lado de Obando. Ahí recibió la noticia del triunfo de Sucre ante La Mar y el convenio de paz.

El Libertador montó en cólera, la guerra con el Perú era su pretexto para invadir aquel país. Que Sucre hiciera la guerra estaba bien, pero que otorgara una paz tan benévola le restaba posibilidades para valerse del conflicto. Pero Bolívar no dejó de mover los hilos del poder. Logró voltear a Gamarra a su favor y escribe en mayo de 1829: «Hay mil probabilidades de que estalle una revolución en el Perú contra La Mar y su gobierno. Tal es la intención de Gamarra, que tiene gran confianza en el éxito». Y luego —facilitándole el camino— el mismo La Mar desconoció el Convenio de Girón dándole a Bolívar la oportunidad para reconquistar Guayaquil y satisfacer su sed de poder y revancha.

El 5 de junio, La Mar es derrocado, tal como Bolívar había previsto. El poder en el Perú es asumido por un triunvirato integrado por La Fuente, Gamarra y Santa Cruz, todos ellos afines a Bolívar, aunque actuando todos por conveniencias personales. El día 10 se reintegra Guayaquil a Colombia y el 21 de julio el Libertador ocupa la ciudad.

En el alma del Libertador se ha instalado el fantasma de Napoleón. Sólo con poderes absolutos, Bolívar podía enfrentar el impulso federalista de los pueblos y el afán de sus caudillos de fundar pequeñas repúblicas. ¿Qué pasaría cuando él desapareciera? Lo único seguro era dejar estructuras políticas que permitiesen mantener la unidad de Colombia. Si la Constitución boliviana creaba una

figura presidencial cercana a los poderes de un rey, ahora el Libertador sin ambages pensó en una monarquía.

Sin embargo y de manera fatal, se dio al mismo tiempo en la vida de Bolívar un fenómeno que nunca se había dado: dudó.

Si el fin de vida para el Libertador era alcanzar la gloria, la opinión pública jugaba un rol preponderante en su toma de decisiones. Pensaba que la historia de su vida sería recordada tal como era vista por sus coetáneos, que estos serían los jueces de su paso por la historia de la humanidad. Por ello intentó siempre legitimar su poder, y por ello no se decidía a fundar una monarquía en América, de hecho pensaba que sería visto como una traición a sus ideales republicanos y demócratas.

Como estrategia, Bolívar había sabido negarse, renunciar y rechazar, para luego ser aprobado, ratificado y admitido, ese era parte importante de su juego político; pero actuando siempre con un objetivo político definido. Ahora dudaba, y dudaba, y esta duda lo fue desprestigiando rápidamente.

Primero hizo que la idea se filtrara en el Congreso y en la población todos sabían que Bolívar ya tenía poderes omnímodos y sólo le faltaba la corona para proclamarse rey. Pero ¿quién le sucedería? Para superar el obstáculo generado por la Vicepresidencia Hereditaria y por los celos a Sucre, se llevaron adelante gestiones diplomáticas para instalar como sucesor de Bolívar a un príncipe inglés o francés. También se especuló con que Bolívar se casaría con una princesa francesa y se habla de «Simón I emperador del Perú». Nada de esto es confirmado ni negado oficialmente por el Libertador. De manera privada sí confirmó su compromiso con los planes monárquicos, pero cuando las legaciones y sus seguidores le pidieron definiciones y actos concretos, Bolívar dio marcha atrás. Tras rechazar la corona, aunque hubiera debido ceñírsela, se quedó inmóvil ante un editorial o un pasquín.



Simón Bolívar como estadista y creador de la Constitución Boliviana.

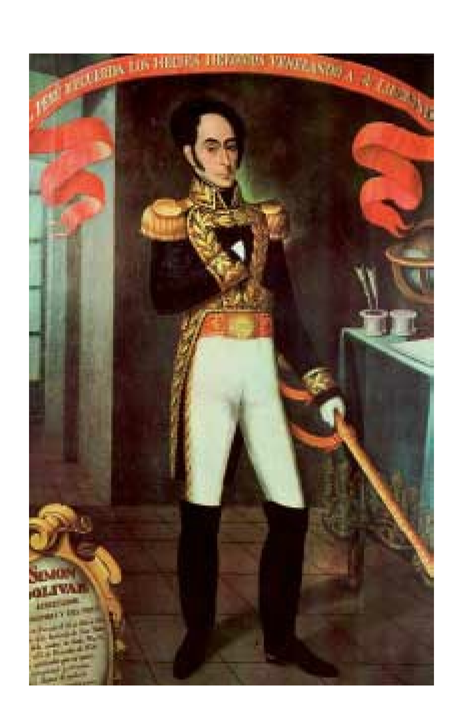
Sus expresiones más sinceras nos hablan empero de su convicción interna. Escribe su *Mirada a*

la América en la que dice que «No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los Tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones combates; la libertad, anarquía, y la vida, un tormento». En septiembre de 1829 escribe a Mosquera: «No quieren monarquías ni vitalicios, menos aún aristocracia; ¿por qué no se ahogan de una vez en el estrepitoso y alegre océano de la anarquía?».

En definitiva, Simón Bolívar debía tomar decisiones, aplicarlas con su energía habitual e imponerlas con su fuerza militar, con su fuerza política o con ambas. Pero esa energía de antes ya no le acompañaba. Sufría cada vez más a menudo de bilis negra y su rostro se hacía cadavérico y su cuerpo se achicaba. Pero toda acción o inacción genera una reacción. El general Córdova se sublevó en nombre de la constitución y la ley, aunque en realidad era en nombre de su apetito personal. Este hecho obliga al Libertador a instalarse en Quito y a posponer su invasión a Lima.

La sangre americana se sigue derramando sin la presencia de España. O'Leary es enviado con 800 hombres para develar la insurrección de Córdova en una batalla es desigual. El 17 de octubre, el general Córdova vencido, herido y en su hospital de campaña, es asesinado por orden de O'Leary.

En Venezuela no se hizo esperar el oportunismo de Páez. Bajo el pretexto de defender el régimen republicano contra los planes monárquicos del Libertador, Páez dio la orden de que se votaran actas pidiendo al Congreso Constitucional convocado por Bolívar que decretara la separación de Venezuela. Arismendi reunió una asamblea de 500 vecinos de Caracas, que decidió desconocer la autoridad de Bolívar y preparar una convención que fundara el Gobierno de Venezuela como una república independiente de Colombia. Entretanto, Páez recibe de la asamblea poderes militares y civiles ilimitados. El 13 de enero de 1830, Páez declara a Venezuela como independiente y soberana.



Simón Bolívar representado por José Gil de Castro en 1830.

El día 15, la majestuosa recepción preparada en Bogotá para Bolívar se apaga de pronto. Las calles y los balcones, el repique de las campanas, las mujeres, los niños, los enemigos y los amigos presencian la figura pálida y enjuta, la voz ronca, apagada y los ojos cóncavos de Bolívar. Todos sintieron estar presenciando los funerales de la Gran Colombia y las exequias del Libertador.

El Congreso Constitucional se instaló el 20 de enero. Como presidente del Congreso, fue

elegido Sucre y como vicepresidente, el obispo de Santa Marta. Bolívar dio su discurso y en él incurrió en un error propio de su salud endeble y del cansancio, que tendría insospechadas consecuencias: «Me retiro —dijo— con la mayor confianza en el acierto de un Congreso presidido por el gran mariscal de Ayacucho, el más digno de los generales de Colombia». Cuando se publica el discurso, Bolívar cambia el texto y escribe «uno de los más dignos».

El Libertador se había sometido a un tratamiento con vomitivos que lo dejó devastado y que lo obligó a dimitir de la Presidencia por razones de salud. Un ataque de bilis le impidió toda gestión pública. Estaba extenuado, su rostro, amarillo y su cuerpo se acababa a pasos agigantados. A pesar de lo evidente, todos pensaron que se trataba de una nueva maniobra política y el Congreso prefirió declararse incompetente para recibir la renuncia de Bolívar. Este tuvo que nombrar al general Domingo Caicedo. como presidente de la República.

El Libertador se recluyó en una casa de campo en Fucha para intentar recuperar sus fuerzas. Ahí, gastado y enflaquecido, recibió la visita de Posada Gutiérrez. Este relata como Bolívar se detuvo a observar una corriente de agua.

> ¿Cuánto tiempo tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se utiliza, como la gloria humana, como la fama. ¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me la arrebatan? ¿Por qué me calumnian? ¡Páez, Páez!

Bolívar se había decidido públicamente a confinarse a su vida privada. Pero aún con el cuerpo a rastras, su vida privada no era más que el ejercicio público del poder.

Epílogo El fin del camino

A pesar de su precario estado de salud, Simón Bolívar logró en Bogotá un Gobierno que le era afín. En realidad, de haberse decidido a consagrar una monarquía con él a la cabeza, lo habría logrado al menos en Nueva Granada. Pero su temor al juicio de la historia y la bilis negra que lo corroía, le impidieron hacerse con el poder absoluto cuando ya lo tenía al alcance de la mano. El Congreso había elegido finalmente a Mosquera como presidente y a Caicedo como vicepresidente, ambos manejables incluso en la posibilidad de hacerlos dimitir a su favor en el momento oportuno.

El Libertador también dejo en Bogotá a su querida Manuelita. No era más que una de las tantas separaciones que hacían posible la relación de aquellos temperamentos ardientes. Aunque puede que Bolívar pensara que sería mejor para su recuperación tener lejos, por el momento, a la fogosa quiteña. También dejo en Bogotá una opinión pública que ya no le quería y que era cada día más cercana a Santander.

El 8 de mayo de 1830 se despidió de sus amigos sin imaginar que no volvería jamás. El fiel Caicedo le presentó un mensaje de despedida que venía suscrito por los más importantes hombres de la ciudad. El Libertador abrazó emocionado a Caicedo y con los ojos húmedos se despidió de los presentes —hombres distinguidos, mujeres y personal diplomático— y se montó en su caballo.



Alegoría de la muerte de Simón Bolívar, autor anónimo. Museo de Arqueología, Antropología e

Pero en aquella despedida de Bogotá hubo un gran ausente, Antonio José de Sucre. Este llegó días antes a la ciudad, pero esa mañana se retrasó y se apenó enormemente por no haber despedido a su amigo, jefe y mentor. Muchos pensaban —y entre ellos estaba Sucre— que Bolívar estaba demasiado enfermo como para verlo de nuevo. Entonces el héroe de Ayacucho escribe al Libertador las palabras más emotivas y sinceras que nadie le había expresado:

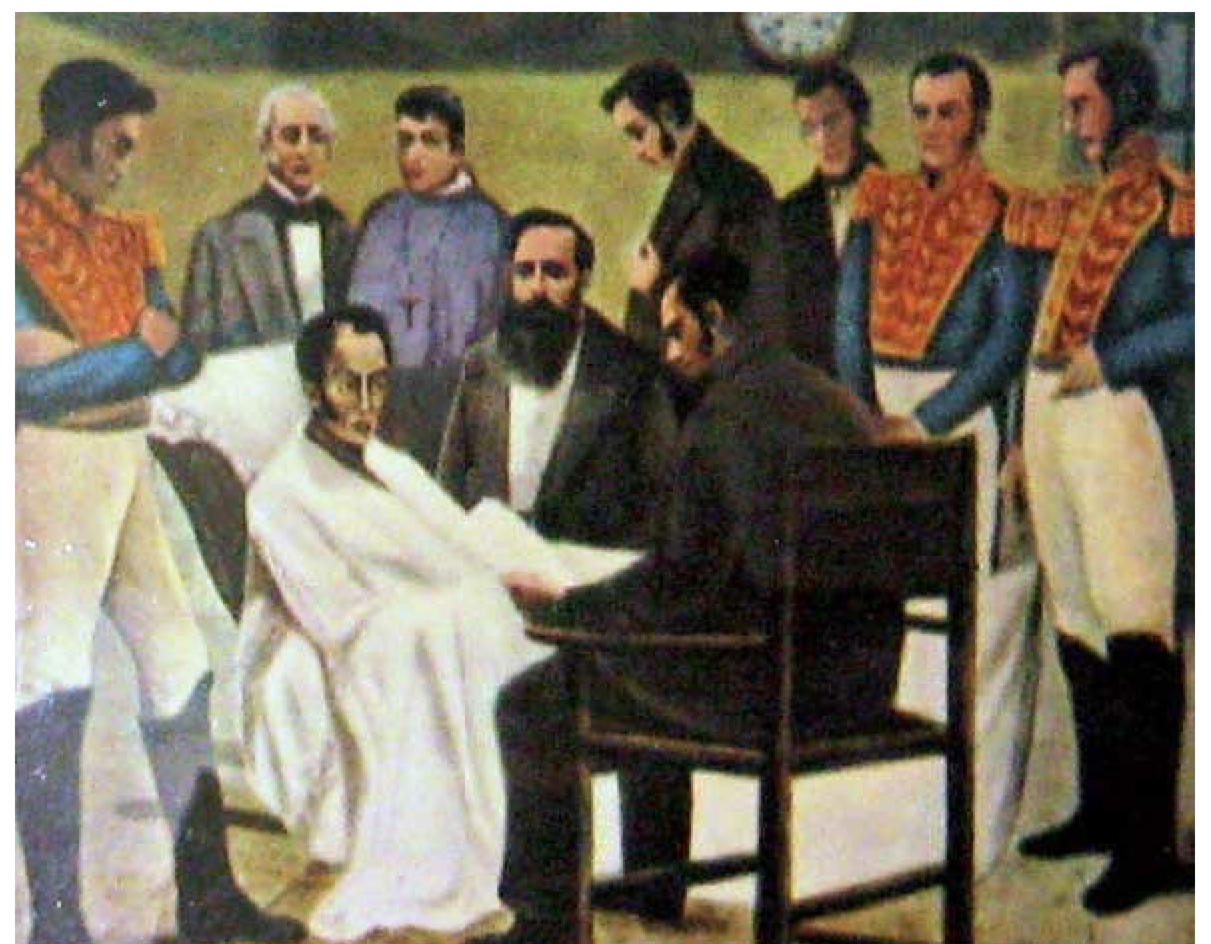
> Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted. Mas, no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted; usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad, la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo de que usted me conservara el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo […] Sea usted feliz y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel amigo, *Antonio José de Sucre*.

Contra lo que Bolívar y todos hubieran esperado, Mosquera aceptó el cargo de presidente. Aquellos hombres que el Libertador había colocado para mantener su poder en la sombra eran también manipulados por los enemigos de Bolívar. La prensa mostraba una actitud hostil hacia el Libertador: lo insultaban, lo vejaban y se quejaban de que el atentado contra su vida hubiera sido fallido. La situación se hacía más tensa para los partidarios de Bolívar presentes en Bogotá.

Sucre había sido mentado por el propio Bolívar como «el más digno de los generales de Colombia» y era considerado como el heredero del Libertador en el continente. Una junta de adversarios del Libertador tomó la decisión de asesinarlo cuando saliese de la ciudad con dirección a su casa en Quito. Todo fue planeado según el camino que tomara. El 4 de junio, Sucre cruzaba un barranco en Berruecos cuando fue emboscado a balazos por unos asesinos puestos por Obando y José Hilario López. El héroe de Ayacucho fue fulminado y su cuerpo cayó muerto.

Para la fiesta del Corpus Christi, el pueblo fabricó dos figuras enormes que representaban el despotismo y la tiranía bajo las formas caricaturizadas del Libertador y de Manuela. Esto era insoportable para la fémina, quien se puso su varonil uniforme militar y, pistola en mano y con la ayuda de tres soldados, embistió contra las grotescas alegorías. La prensa facciosa que dijo que ella había actuado con «insolencia» y «descaro», era la misma que publicara días atrás que «puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar». Pero el fuego de aquella mujer no se amilanaba con nada y ese fuego seguiría vivo hasta 1856, cuando una epidemia de difteria en el puerto peruano de Paita acabaría con su vida.

El 24 de junio, Bolívar llegaba a Cartagena, donde fue recibido como en sus mejores días de gloria y poder. El Libertador había solicitado al Gobierno un pasaporte para salir del país hacia el exilio, pero era un pretexto y esperaba que en cualquier momento se le rogase volver al mando de Colombia. Entonces sí, tal vez, podría imponer su Constitución boliviana o más bien una monárquica. Quizá podría entenderse de nuevo con Páez, como siempre lo había logrado, y evitar la secesión de Colombia. ¿Qué había ahora con el coronel Juan José Flores? Le habían llegado noticias de que este había agregado los departamentos del sur para formar un nuevo país bajo el nombre de Ecuador. Bolívar escribe que «La situación de América es tan singular y tan horrible que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden largo tiempo ni siquiera en una ciudad».



El héroe dicta su última proclama a los colombianos, 10 de diciembre de 1830. *Bolívar en su lecho de muerte,* de F. Puchi. Casa Natal de Bolívar, Caracas, Venezuela.

Estaba el Libertador una noche en una tienda de campaña y sólo acompañado por su sobrino Fernando, cuando llegaron el general Montilla, Juan Marín y otros amigos suyos. Bolívar les inquirió sobre su repentina presencia. «General, han asesinado a Sucre en los montes de Berruecos» dijo Montilla. El Libertador se dio una fuerte palmada en la frente, solicitó que se le dieran todos los detalles y pidió que lo dejaran solo.

Toda la noche estuvo meditando Bolívar. Se acostó muy tarde y se levantó con el alba para seguir paseándose de un lado a otro, sumergido en lo más profundo de sus pensamientos, en los sentimientos de un padre que pierde a un hijo. Pensaba en el corazón de una América filicida que mataba al mejor fruto de sus entrañas, que destruía al hombre que hubiera podido hacer de ella una gran nación. Era la madre que abortaba al más inocente de sus hijos, aquel que no era movido ni por la oscura ambición ni por la gloria luminosa. La guerra de independencia había terminado seis años atrás; la república había generado pequeñas repúblicas y, en su afán de alcanzar la gloria y por hacer de Colombia una gran nación, había terminado como un dictador y quizá hasta terminaría ciñéndose una corona al estilo de Napoleón. ¿Qué clase de raza tenían los americanos como para devorarse unos a otros? ¿No era él mismo parte de aquella raza?

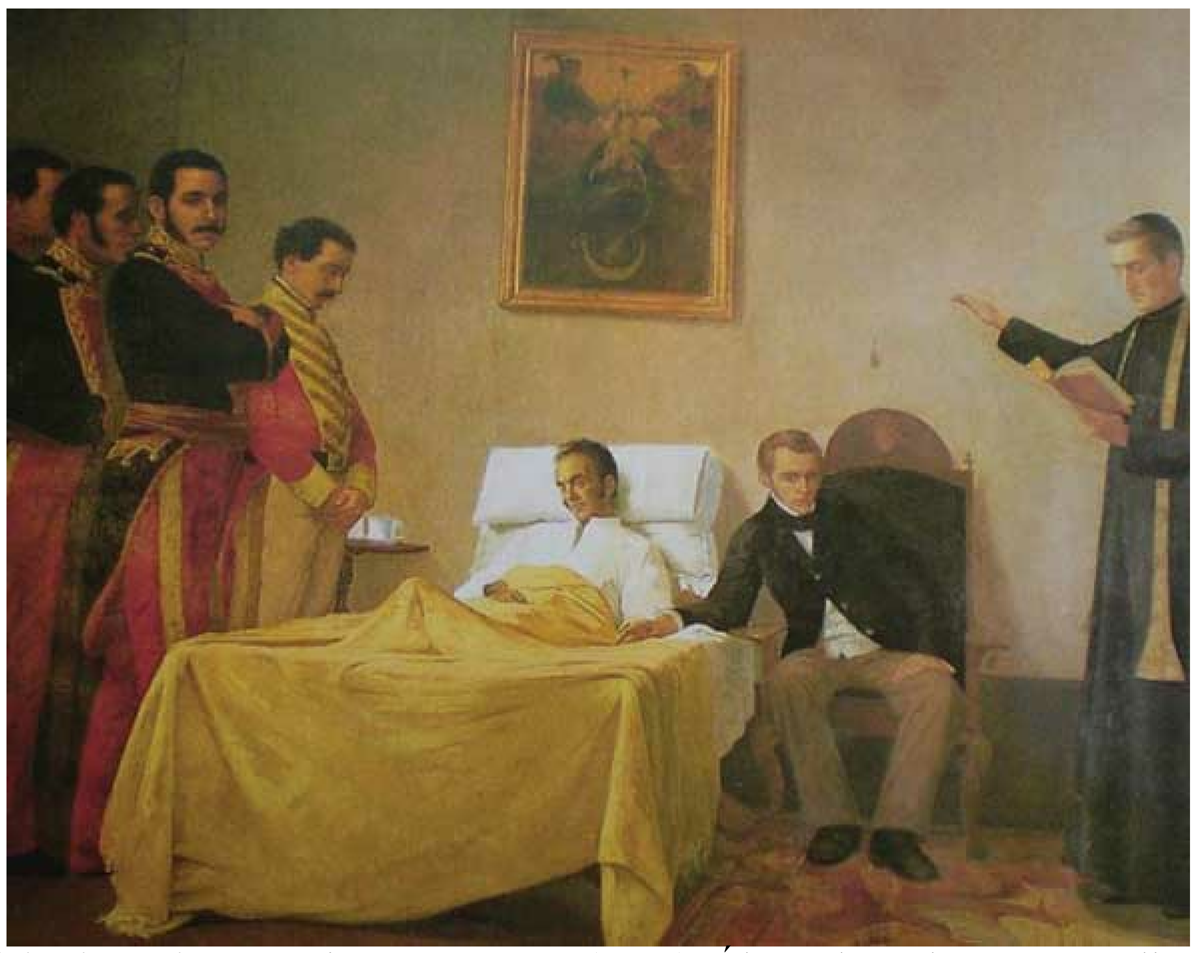
El Libertador tuvo fiebre y esta se le hizo recurrente. Nunca podría curarse del todo del enfriamiento cogido aquella noche. Pero su espíritu era brutalmente fuerte, siempre vencía a su cuerpo y le insuflaba entusiasmo y vigor. No se dejaba vencer, ni siquiera ahora que ya no estaba el héroe de Pichincha, de Ayacucho y de tantas jornadas gloriosas. Trató de reponerse; en una carta a Leandro Palacios le dice: «La opinión pública se ha pronunciado abiertamente en mi favor en las tres secciones de Colombia. En el sur es universal y sin oposición; en Venezuela combaten por mí en una manera heroica. En la Nueva Granada la inmensa mayoría del pueblo, la Iglesia y sobre todo los

militares son afectos a mí».

Entonces, si con el asesinato de Sucre Bolívar había sufrido el más duro golpe en sus afectos, el Congreso de Venezuela le dará el mayor golpe moral. Estando el cubano Yáñez como presidente del Congreso revolucionario de Venezuela, tomó contacto con el Gobierno colombiano para entrar en relaciones y transacciones, pero poniendo énfasis en que Venezuela había visto en Bolívar el origen de todos sus males, y que el riesgo se mantendría en la medida en que este permaneciera en el territorio de Colombia.

El Libertador escribe entonces que «esos canallas del Congreso de Venezuela han cometido, por miedo, la abominación de proscribirme». Desde octubre el medico francés Alexandre Prosper Révérend se encarga de su salud y diagnostica catarro pulmonar crónico, es decir, tuberculosis pulmonar. Pero aún en noviembre el Libertador sigue más atormentado por la decisión del Congreso venezolano que por su enfermedad, y escribe que «es el suceso que me ha afectado más en toda mi vida».

Bolívar sufría también de dolores reumáticos, así que evitó el frío helado de las alturas; tampoco toleraba el calor de las costas por aquello que él llamaba «nervios» y que tenía que ver con la angustia propia de la tisis y de la fiebre. Urdaneta y Manuelita estaban conspirando a su favor en Bogotá. Le escribe al primero que «Los jóvenes demagogos van a imitar la conducta sanguinaria de los godos o de los jacobinos para hacerse temer y seguir por toda la canalla […] guerra a muerte será su grito, y, como nosotros hicimos con los españoles, nos exterminarán».



La muerte del Libertador, Antonio Herrera Toro (1889). Óleo sobre tela. Museo Bolivariano de Caracas, Venezuela.



Estatua de Simón Bolívar en su mausoleo de Caracas.

El Libertador comía muy poco, dormía sólo tres horas al día y tenía fiebres altas. El español don Joaquín de Mier ofreció su estancia de San Pedro Alejandrino en el campo, cerca de Santa Marta, así que el 5 de diciembre el enfermo se embarcó. Por aquellos días se sintió algo mejor y entonces su espíritu no lo dejaba en paz, haciéndole dictar cartas y articular estrategias. Si se escribiera una historia de las paradojas de la Historia, una de las primeras sería sin duda la del Libertador de las colonias americanas de España, agonizando en la estancia de uno de los pocos españoles que quedaron vivos en América.

Révérend tuvo entonces la mala idea de administrarle cantáridas a Bolívar, ya que «la materia morbífica por un movimiento metastático del pecho subía a la cabeza». Los insectos, secos y molidos, fueron aplicados como emplastos marrones sobre la nuca del Libertador. La idea era eliminar los líquidos perniciosos de la bilis negra. El Libertador empeoró gravemente, y tenía tanta fiebre que deliraba. Para distraerlo, llamaron a un grupo de música, aunque lo más probable es que la petición naciera de los oficiales que jugaban a las cartas y charlaban de política en la habitación contigua a la del enfermo.

Montilla llamó al obispo para que le diera los sacramentos a Bolívar. Le tocó al obispo encontrarlo momentáneamente restablecido y despierto. El Libertador se indignó, llamó a su sobrino Fernando y al marido de su sobrina que estaban presentes. Él no podía creer que estuviese tan mal, consideraba inaudito morirse por lo que él llamaba debilidad. Preguntó a sus familiares si pensaban que merecía el auxilio de la religión y le dijeron que sí. Bolívar dejó la hamaca y caminó sostenido por la fuerza de espíritu que lo había sostenido toda su vida. Al fin el Libertador aceptó recibir la extremaunción por parte de un párroco indio.

En su último mensaje, Bolívar deja su testamento político y su expresión más autentica y sincera de su visión para América. El notario Catalino Noguera se hizo cargo de su lectura ante los oficiales presentes:

Al desaparecer del medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros dirigiendo sus oraciones al Cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales. Colombianos, mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

En ese momento, en cuanto el notario terminó de leer la última línea, Bolívar arrancó su voz desde el fondo de sus entrañas: «Sí, al sepulcro…», dijo en medio de las lágrimas de los hombres.

La fiebre siguió consumiendo al Libertador hasta ser incontrolable. En su último delirio decía frases inconexas: «Vámonos, vámonos, esta gente no nos quiere en esta tierra… vamos muchachos… lleven mi equipaje a bordo de la fragata». Lo había alcanzado la muerte y él había alcanzado la gloria, una gloria que ya nadie podía arrancarle. Fue héroe y tirano, libertador y opresor. De alguna manera, la América española había dado a la luz al héroe más humano, al icono más realista, al demócrata y al dictador, al genio político, al estratega y al mismo tiempo, al autor de la dolorosa guerra civil que la emancipó de España.

Don Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios Ponte y Blanco, o El Libertador para la historia, falleció a los 47 años a la una de la tarde del día 17 de diciembre de 1830.



Retrato de Simón Bolívar en 1820.

Bibliografía

BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú.* Lima: El Comercio, 2005.

BLANCO-FOMBONA, Rufino. *Mocedades de Bolívar.* Caracas: Monte Ávila, 1987.

—, *El espíritu de Bolívar.* Caracas: Ministerio de Educación, 1970.

BOLÍVAR, Simón. *Cartas del Libertador.* Caracas: Fundación John Boulton, 1959.

—, *Discusiones, proclamas y epistolario.* Madrid: Editora Nacional, 1981.

BONILLA, Heraclio y SPALDING, Karen. *La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1971.

BULNES, Gonzalo. *Bolívar en el Perú.* Madrid: Editorial America, 1919.

DE MADARIAGA, Salvador. *Bolívar.* Madrid: Lumen, 1951.

HISPANO, Cornelio. *Colombia en la Guerra de Independencia.* Bogota: Kelly, 1972.

—, *Historia secreta de Bolívar.* París/Madrid: Ediciones Literarias, 1924.

LECUNA, Vicente. *La entrevista de Guayaquil.* Caracas: Fundación Vicente Lecuna, 1962.

—, Prólogo. En: *Bolívar y su época: cartas y testimonios de extranjeros notables.* 2 vols. Col. Historia, 11. Caracas: Publicaciones de la Secretaría General de la X Conferencia Interamericana, 1953.

—, *Liberación del Perú, Campañas de Junín y Ayacucho.* Caracas: Litografía del Comercio, 1941.

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. *Bolívar.* México D.F.: EDIAPSA, 1956.

LYNCH, John. *Simón Bolívar.* Barcelona: Editorial Crítica, 2006.

O' LEARY, Simón. *Bolívar en el Perú.* Caracas: Archivo General de la Nación, 1971.

O' LEARY, Daniel Florencio. *Historia de la Independencia americana.* Madrid: Editorial América, 1919.

PERU DE LACROIX, Luis. *Diario de Bucaramanga.* Lima: Nuevo Mundo, 1965.

PONTE, Andrés. *Bolívar y otros ensayos.* Caracas: Cosmos, 1919.

RESTREPO, José Manuel. *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América meridional.* Besanzon: Imprenta de José Jacquin, 1858.

RIVAS VICUÑA, Francisco. *Las guerras de Bolívar.* Santiago de Chile: El Esfuerzo, 1940.

ROEL PINEDA, Virgilio. *Grandezas y miserias de la Independencia.* Lima: Editorial Alfa, 1977.

VARGAS UGARTE, Rubén. *Historia general del Perú.* Lima: Editorial Carlos Milla, 1966.